

Selecciones

del Reader's Digest

PUBLICADA MENSUALMENTE EN 30 PAÍSES Y 13 IDIOMAS

Los doscientos años próximos	17
Así se asesina en las carreteras	22
Gasto público excesivo: la experiencia de Australia	26
Renacentista de la música	
Enriquezca su vocabulario	
El fin es la vida	

ASÍ SE ASESINA EN LAS CARRETERAS

Los 200 años próximos

.....	3
.....	5
.....	9
.....	15

Sección de libros

DONDE EL DÍA DURA UN AÑO

Crónica de un moderno Robinson Crusoe de las nieves ..	111
--	-----

Selecciones del Reader's Digest



TOMO XIII No. 75 ABRIL DE 1977

Revista mensual publicada por
READER'S DIGEST MÉXICO, S.A. DE C.V.

Presidente: Douglas W. London

Editorial

Directora:
Ana Kviat

Jefe de Redacción:
Alfonso Castaño

Redactoras:
Sara Slim, Guadalupe López

Información y Documentación:
Roberto Blum, Audón Coria, Patricia Grosvenor

Secretaria de Redacción:
Magdalena Cortés

Director de Arte: Víctor Magallón
Ayudante: Mónica Carrillo

Administración

READER'S DIGEST MÉXICO, S.A. DE C.V.
Sutursal Argentina

Gerente General: Roberto Marina
Circulación: José Álvarez, César Pérez

EDICIONES INTERNACIONALES
DEL READER'S DIGEST

Director de Operaciones: John A. O'Hara.
Jefe de Redacción: Alain de Lyrot

READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, británica, australiana, canadiense, sudafricana, neozelandesa, india y del Extremo Oriente); ESPAÑOL (ediciones del Caribe, centro-americana, colombiana, chilena, ibérica, mexicana, peruana, rioplatense y venezolana); PORTUGUÉS; SUECO; FINLANDÉS; DANÉS; JAPONÉS; FRANCÉS (ediciones belga, francesa, suiza y canadiense); NORUEGÓ; ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); ITALIANO; HOLANDÉS (ediciones holandesa y belga) y CHINO.

READER'S DIGEST, Pleasantville, N.Y., EE.UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace (que se retiraron en 1973).

© 1977 por Reader's Digest México, S.A. de C.V. Se prohíbe la reproducción total o parcial, en cualquier forma, tanto en español como en otros idiomas, del contenido editorial de este número. Derechos reservados en todo el mundo. Se han efectuado los trámites necesarios, incluso depósitos en los países que así lo requieren. Acogido a la protección de las Convenciones Internacional y Panamericana sobre derechos de autor.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en Argentina No. 1.325.883. Circula por el correo argentino con el carácter de publicación de interés general No. 144.

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volumen XIII, No. 75, abril de 1977. Publicación mensual de Reader's Digest México, S.A. de C.V., México, D.F. Printed in Brazil.

Impreso en Brasil, por Abril S/A — Cultural e Industrial — São Paulo.

Selecciones se vende en las principales
librerías y puestos de periódicos

Argentina (\$A250,00*) — Distribuidora de Revistas Bertran, S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires.

Bolivia (\$b. 20,00*) — Librería Selecciones, S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.

Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas No. 502, 19º andar, Río Janeiro.

Colombia (\$25,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 No. 36-30, Barranquilla, y Apdo. Aéreo No. 4431, Cali; Distribuidora Meridiano, S.A., Carrera 24 No. 24-26, Bogotá, D.E.; José P. García Baylles, Apdo. Aéreo 42-48, Medellín.

Costa Rica (\$7,00*) — Eleazar Calvo Brenes, Apartado 67, San José.

Chile (E° 3500,00*) — Reader's Digest Chile Limitada, Huelén 275, 3er. piso (Casilla 3141), Santiago.

Ecuador (25,00 sucres*) — Librería Selecciones, S.A., Venezuela y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S.A., 9 de Octubre 735 y Boyacá, Guayaquil.

El Salvador (\$2,00*) — Distribuidora Salvadoreña, Ave. España 344, San Salvador.

Estados Unidos (95 cts.*) — American Distributors Magazines, Inc., 7240, N.E. 4th Ave., Miami, 33138, Florida, U.S.A.

Guatemala (\$0,80*) — De la Riva, Hnos., 9a. Avenida No. 10-34, Zona 1, Guatemala.

Honduras (L 1,60*) — Distribuidora de Publicaciones, S. de R. L., 4a. Calle No. 103, Tegucigalpa.

México (\$20,00*) — Distribuidora Intermex, Vallejo 1020, México 16, D.F.

Nicaragua (\$6,00*) — Ramiro Ramírez, Ave. Bolívar Sur No. 302-A, Managua.

Panamá (B 0,80*) — J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Apartado 2052, Panamá.

Paraguay (G.100,00*) — Librería Internacional de Adolfo N. Buzó, Estrella 380, Asunción.

Perú (S/70,00*) — Distribuidora Selecciones del Perú, S.A., Tarma 171/175, Lima.

Puerto Rico (95 cts.*) — Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.

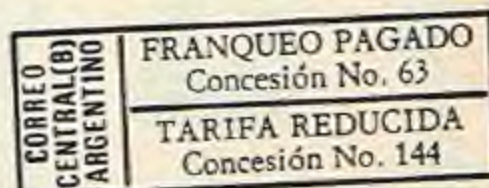
Rep. Dominicana (RD\$0,95*) — Librería Dominicana, Calle Mercedes 45-49, Santo Domingo.

Uruguay (\$N3,50*) — Nelson Careaga, Ciudadela 1373, Montevideo.

Venezuela (Bs. 4,50*) — Distribuidora Continental, S.A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

(*Precio por número suelto)

Adherida al Instituto Verificador de Circulación



Selecciones
del Reader's Digest
Marca Registrada
Reg. U.S. Pat. Off.



**¿Qué
tiene
Hinds Rosada
que
suaviza,
suaviza,
suaviza
tanto
mis
manos?**

Simple. Hinds tiene una combinación exclusiva, donde los más finos aceites emolientes se unen con ricos agentes humectantes y Vitamina A, para brindar la más efectiva protección a tus manos, atacadas por el rigor del frío, el agua, los detergentes... Comienza a usarla y enseguida comprobarás sus resultados. Ya, mientras vas aplicándola notarás como la crema Hinds Rosada es absorbida instantáneamente por tu piel reseca y ésta gana suavidad. Luego, día a día, verás como ocurre un milagro de belleza: tu piel va recobrando más elasticidad, más y más tersura y finalmente tus manos vuelven a mostrar esa atractiva juventud que las hace tan femeninas, tan acariciables... Para manos hermosas: Hinds. Todos los días, en todo momento.

Crema Hinds Rosada con Vitamina A.



Por razones de peso...
tenemos el muy buen gusto
de presentarles a:

Sacarina Bayer



Sí, muy buen gusto y excelente sabor,
esa es su principal virtud
que la diferencia de todo lo conocido.
SACARINA BAYER posee "enhancer"
que es un exclusivo corrector de sabor,
producto de la investigación BAYER.
Desde ahora entonces, basta de calorías,
de hidratos de carbono y por supuesto,
de esos kilos de más: SACARINA
BAYER endulzará plenamente
todos sus momentos.

**Sacarina
Bayer**

"La dulce dieta"



Gajes del oficio

MI MARIDO, que es agente de policía, a menudo tiene que someter a pruebas de equilibrio a ciudadanos detenidos por conducir el automóvil en estado de embriaguez. Una tarde estaba demostrando la manera de seguir "la línea recta" a un señor que andaba un poco alumbrado. Tocándose el talón con la puntera, mi esposo recorrió sin tambalearse, de un extremo a otro, la raya pintada en el piso.

—Ahora —pidió al detenido—, hágame el favor de hacer usted lo mismo que yo.

El alegre caballero miró asombrado a mi esposo. Y luego, echando un vistazo de preocupación a la raya, exclamó:

—¡Cómo! ¿Así, sin red? —P.K.T.

DURANTE el pasado invierno debí acompañar a un grupo de 30 alumnos míos de segunda enseñanza a practicar el esquí cierto fin de semana. Después de inscribirnos en el hotel, tuvimos que tomar por un angosto y largo corredor para llegar a nuestras habitaciones. Al pasar frente a un grupo de adultos que contemplaban la larga proce-

sión de estudiantes que me seguía por el pasillo, uno de los muchachos, tirándome de la manga, preguntó: "Papá, ¿toda la familia tenemos que dormir otra vez en el mismo cuarto?"

—S.F.N.

VESTIDO de negro y con el acostumbrado cuello clerical, estaba yo esperando un autobús en una esquina del centro de la ciudad. Comenzó a llover, así que me acerqué al edificio inmediato para guarecerme. En eso oí golpes en una vidriera y, al volverme a mirar, descubrí que estaba frente a un cine de películas "para adultos". La taquillera, hablándome por la abertura de su ventanilla, me dijo: "Padre, ¿no podría irse un poquito más allá?... Está usted espantando a la clientela".

—Reverendo C.A.

MI OFICINA era privada, pero muy pequeña, así que siempre dejaba la puerta abierta para no sentir claustrofobia. En cierta ocasión en que tenía un catarro muy tenaz, había llevado conmigo un frasco de jarabe para la tos. Desgraciadamente no tuve la precaución de llevar

cuchara. Al sentir que me venía un acceso de tos, saqué mi remedio... pero en el acto pensé en la impresión que causaría en quien, al pasar frente a mi puerta, me sorprendiese bebiendo a pico de botella.

Con el frasco de jarabe a la espalda, me levanté, fui a la puerta, eché un vistazo afuera para asegurarme de que nadie se aproximaba; di rápidamente un paso atrás y, escondido tras la puerta, me eché un buen trago. Después de volver a tapar el frasco, levanté la vista... y vi la cara de un obrero que, sonriendo divertido, limpiaba por fuera la ventana de mi despacho. —B.M.

MI ESPOSA y yo recorriamos una casa situada a la orilla del mar, con la idea de comprarla. El joven vendedor de bienes raíces que nos la mostraba, describía persuasivamente los atractivos de la finca, pero yo no podía menos de mirar con recelo al océano, que me parecía amenazadoramente cercano... sobre todo en un día como aquel, en que un viento tormentoso levantaba grandes olas. Al observar mis medrosas miradas, el joven comentó: "Le aseguro, señor, que nuestras viviendas están construidas sobre arenas muy firmes". —J.R.A.

ANDRÉ es un peinador de considerable habilidad, y los precios que cobra son, por cierto, apropiado reflejo de su talento.

Durante una visita reciente a su salón, oí que una de sus parroquianas protestaba:

—Pero, André, ¿me va a cobrar usted tanto dinero por cortarme apenas un mechón de cabello?

—*Madame* —respondió André en tono ofendido—, soy escultor y, como cualquiera de mi profesión, no cobro por lo que elimino, sino por lo que permito que quede. —J.M.O'H.

UN TRABAJADOR social que llevaba 73 casos de madres solteras, recibió el susto más grande de su vida cuando un compañero de trabajo entró en su oficina para decirle: "Viene a verte una joven que asegura que tú eres el padre de su hijo".

Temiendo que una cliente descontenta estuviera a punto de amenazarlo con una demanda judicial atribuyéndole una paternidad de que era inocente, el joven entreabrió la puerta nerviosamente para lanzar un vistazo a la sala de espera. ¡Imagínese su alivio al ver que quien lo esperaba era su mujer, que estaba encinta! —R.L.B.

MI MARIDO, que tiene un modesto negocio de jardinería, se alegró mucho cuando una agencia de pompas fúnebres solicitó sus servicios. Durante su primera visita a los terrenos de la empresa, acompañado por el director dobló con él una esquina y ambos se encontraron en un jardincito privado. El director, retorciéndose las manos, indicó con una inclinación de cabeza los matorrales secos y amarillos que cubrían el sendero y declaró: "Mucho me temo que mis camelias han pasado a mejor vida". —S. McF.

Préférence

COLORACION CREMA PARA EL CABELLO

...porque usted lo merece.

L'ORÉAL
DE PARIS



Cuando se fueron, mamá
entró, recogió todo y
ordenó la cama.

Palette como si nada.
Lavable. No se plancha.
Sus hermosos colores y
diseños no requieren
cuidados especiales.

Hace 10 minutos
su hija y sus amigas estuvieron en este cuarto.



LÍNEA HOGAR ALPARGATAS



Noticias del mundo de la medicina

MUCHAS MÁS PROBABILIDADES DE QUE SEA NIÑO

LOS ESPECIALISTAS en fecundidad esperan los nacimientos de un grupo singular de niños que tienen hasta un 90 por ciento de probabilidades de ser varones. Fueron concebidos empleando un método nuevo de separación de espermatozoides, cuyo objetivo principal es propiciar el embarazo en matrimonios estériles, pero que también puede aumentar las probabilidades de que nazca un varón, pues en el proceso se separan principalmente gametos Y, que son los que determinan el sexo masculino.

El método consiste en colocar una muestra de semen en un tubo de ensayo con una solución que permite llegar al fondo del tubo a "los mejores nadadores" entre los espermatozoides (generalmente los que tienen el cromosoma Y característico del sexo masculino).

De ello resulta una suspensión muy concentrada de espermatozoides móviles capaces de producir varones en un 65 a 90 por ciento. Este semen se puede introducir directamente en la matriz de la mujer que no ha podido concebir, o bien por la escasez de espermatozoides de su

marido o porque estos son incapaces de penetrar por la mucosa que cubre el cuello uterino.

Varios médicos norteamericanos estudian actualmente el procedimiento, entre ellos el Dr. Robert Glass, jefe de la clínica de esterilidad de la Universidad de California, en San Francisco, y el Dr. W. Paul Dmowski director de la clínica de esterilidad del Hospital y Centro Médico Michael Reese de Chicago.

El fisiólogo Ronald Ericsson, presidente de la Gametrics Limited, de Sausalito (California), elaboró y patentó el procedimiento, y espera tener listo a mediados de 1978 un equipo con todo lo necesario en la técnica de separación, para ofrecerlo en venta a los profesionales de la medicina.

—UPI

LA ESTATURA BAJA

CONSTANTEMENTE oímos decir que las plantas de interior necesitan amor para crecer. Ahora los médicos afirman que sucede lo mismo con los niños. Los que carecen de amor, opinan, pueden ser demasiado bajos para su edad. Son muchos los factores biológicos y hereditarios que inhiben el crecimiento, pero

ahora se agrega a la lista la falta de amor de los padres. Tal condición se designa con la expresión "microsomía de origen sicosocial".

Esta falta de crecimiento es reversible hasta cierto punto. Según el Dr. Robert Blizzard, jefe de pediatría del Hospital de la Universidad de Virginia, en Charlottesville, si trasladan a un niño de una casa donde le falta amor a otra en la que sí se lo prodigan, a menudo empieza en seguida a alcanzar la estatura adecuada. Si lo regresan al hogar anterior, el niño deja de crecer. El Dr. Blizzard y otros especialistas creen que los problemas emocionales de un pequeño privado de cariño le impiden comer y dormir bien. En realidad, el rechazo biológico de sus padres es a veces tan hondo que hasta una corta visita de estos puede provocar una reacción en la sangre del niño.

—*The Floridian*

—*The Floridian*

ADIÓS AL ATAQUE AL HÍGADO

LA MAYORÍA de los franceses (entre ellos muchos médicos) siempre se han asombrado de que los habitantes de otros países no padezcan "ataques al hígado" (*crise de foie*), que es la enfermedad más común

del país. Ahora varios especialistas franceses, conspicuos en hepatología y afecciones gastrointestinales, han declarado que el ataque al hígado es un "mito médico".

La Asociación Francesa para el Estudio del Hígado, fundada recientemente, organizó una conferencia de prensa en París para que los médicos pudieran enumerar las enfermedades que se deberían investigar: la hepatitis viral, la cirrosis, los cálculos biliares y otros padecimientos graves. "Pero la *crise de foie* no existe en ninguna otra parte del mundo. Es sólo un mito", aseguró el Dr. Jean-Pierre Benhamou, director de la nueva asociación. Se venden unos 300 medicamentos "especiales" para el hígado, continuó, y no se ha demostrado su eficacia. Lo más probable es que actúen como placebos.

Indudablemente, dijo el Dr. Benhamou, muchos "ataques al hígado" están relacionados con el exceso de comida y de alcohol, y con una intolerancia a las comidas muy condimentadas. Lo típico es que el ataque empiece por la mañana con dolor de cabeza, lengua pastosa, náuseas y quizá vómitos. Las personas que padecen verdaderas enfermedades del hígado no presentan estos síntomas. —*Times*, de Nueva York

—*Times*, de Nueva York

EL SUSPIRO de una joven se oye desde más lejos que el rugido de un león.

—Proverbio árabe

—Proverbio árabe

Moscú creció y se adiestró en el terror y la miseria de la esclavitud mongólica. Y adquirió su fuerza exclusivamente por ser un consumado maestro en el arte de la esclavitud.

—Karl Marx

—Karl Marx

San Ignacio (Misiones)



más allá del tiempo
Chevy Malibú



En Confianza: elija Chevy, de Chevrolet

Selecciones su lugar está en la biblioteca

**Ahora
CON
GARANTIA**



GRATIS

POR CADA 5
QUE ORDENE,
UNO DE REGALO

Hacer de su valiosa colección de Selecciones una obra de consulta permanente es cuestión de minutos gracias al nuevo encuadernador, de presentación elegante y suntuosa. Sin pegamentos, sin técnicos, usted mismo puede formar una biblioteca de lujo en prácticos volúmenes semestrales, sin otro gasto que el precio reducido del encuadernador. Y, si por algún motivo decide devolverlo, Selecciones le reintegra el importe total que usted abonó.

Es nuestra mejor garantía.

Remita hoy mismo el cupón o adquiéralos personalmente en Cerrito 146, Piso 1°, Bs. Aires.



NO ENVIE DINERO AHORA

PAGARA AL RECIBIRLOS

Deseo recibir _____ Encuadernadores de Selecciones al precio de \$400.- cada uno (incluye gastos de envío).

Si decido devolverlo dentro de los siete días, me reintegrarán el importe que aboné.

NOMBRE _____

CALLE _____ No _____

DTO. _____ LOCALIDAD _____

PCIA. _____

Validez de la oferta 45 días

EN URUGUAY—Dirigirse a Distribuidora Careaga, Ciudadela 1373, Montevideo

EN PARAGUAY—Dirigirse a Librería Internacional Estrella 380, Asunción.

SE 4/77



INDUSTRIA ARGENTINA

ZANGARI

Fernet Branca...y vivir

lo que toda mujer debe saber...



Nace la confianza entre madre e hija... Y en ella se menciona una palabra: Evanol. Es como un legado que tiene por destino el tratamiento de los síntomas dolorosos de la mujer. Evanol proporciona rápido alivio a los malestares y decaimientos que acompañan a los estados menstruales y pre-menstruales. Por eso, de mujer a mujer, siempre...




Evanol
CALMANTE FEMENINO

Mamadou era un paria, un muchacho solitario y sigiloso, pero llegó el día en que ganó un amigo, y con él a toda una familia.

El chico de la máscara negra

POR ARMAND VALIÈRE

EN PRINCIPIO, la boda que se celebraba aquel sábado de junio de 1975 no ofrecía, al parecer, nada de extraordinario. La ceremonia se efectuaba en el soleado piso bajo del modesto Ayuntamiento de Saint-Genis-Laval, en los alrededores de Lyon (Francia). Carole Guitay, joven rubia de 21 años de edad a quien el vestido de satén blanco prestaba un aire frágil, se casaba con Jean Gilbert, de 28, empleado de comercio. El padre de Carole era Jean-Claude Guitay, sargento mayor jubilado.

El testigo principal, joven de raza negra, de unos 28 años, que vestía un magnífico *boubou* bordado de azul, típico de Malí (de donde era originario), se adelantó para poner su firma en el registro. Y acto seguido se volvió hacia la novia, la tomó en brazos y la estrechó con fuerza. Los padres de la desposada se acercaron; y se multiplicaron los abrazos. Zumbaban las cámaras de la televisión, las luces relámpago

brillaban súbitamente, y Mamadou Coulibaly, dejando correr las lágrimas por la gran cicatriz que le desfiguraba desde la nariz a la boca, llamaba más la atención que la misma novia. Pero todos los presentes eran partícipes de una tierna y venturosa ocasión.

La historia de Mamadou y de sus relaciones con la familia Guitay es singular y conmovedora. Comenzó el verano de 1957 en Ségou, en lo que era entonces el Sudán francés, adonde Guitay había sido destacado con Jacqueline, su esposa, y los tres hijos de ambos: Carole, de tres años de edad, Jean-Claude, de siete, y Georges, de diez. Guitay atravesaba a pie el barrio africano, cierta tarde de agosto, cuando una muchedumbre le llamó repentinamente la atención. El sargento se abrió paso entre un círculo de curiosos y se topó con un cuadro terrible: un guarda africano, verdadero gigante, estaba dando estacazos a un chico que tendría diez años.

"Fue algo que no pude soportar", cuenta Guitay. "Ciego de furia, arranqué la estaca de manos de aquel verdugo y le propiné un tremendo golpe antes de que lograra escapar. Entre tanto, el muchacho aprovechó el momento y huyó a todo correr. Hubo un detalle que pude advertir durante el incidente y que me impresionó: el chico llevaba una máscara negra que le cubría la parte inferior de la cara".

Guitay debió purgar 45 días de arresto domiciliario por haber agredido a un guarda africano y haber arrojado luego de su casa al inspector de policía que fue allá con orden de reprimirlo. Pocas semanas después el sargento, hombre delgado, pero nervioso y fuerte, daba ya

el incidente por olvidado, cuando una noche oyó un ruido ahogado bajo la galería de su casa. Por la mañana descubrió la huella de una forma humana en la tierra suelta, como si alguien se hubiera acostado a dormir allí.

A la noche siguiente, decidido a sorprender al intruso, Guitay se levantó a las 4 de la madrugada. Bajó las escaleras de puntillas y vio un chiquillo que estaba durmiendo en un rincón. "Por la máscara que llevaba", cuenta el sargento, "reconocí al momento al muchacho a quien había yo salvado. Lo toqué en el hombro y el chico despertó sobresaltado. ¿Por qué llevas esa máscara?, le pregunté. Él masculló algunas palabras en un francés ininteligible



y se alejó de un salto, dejando tras de sí un montón de harapos y un garrote improvisado con una cámara de automóvil rellena de arena y guijarros".

Guitay supuso que no volvería a ver al niño, pero antes de una semana lo encontró de nuevo en el mismo sitio. Y esa vez el sargento descubrió con sus propios ojos la razón de la máscara.

"El muchacho se había movido durante el sueño, y su máscara, negra y de tela impermeable, se desprendió. El rostro que la máscara ocultaba parecía de pesadilla. El chico tenía hechos pedazos los labios, los dos lados de la mandíbula inferior y casi toda la nariz. La mejilla derecha se le había desgarrado por completo, y la lengua, perfectamente visible por aquel agujero, no era más que una masa informe de carne roja".

El sargento se alejó en silencio. A la mañana siguiente, sin embargo, comenzó a informarse acerca del chiquillo en el barrio africano. Supo entonces que se llamaba Mamadou y que tenía alrededor de 10 años de edad. Dos años antes, jugando con una escopeta de su tío, se había herido accidentalmente de un tiro en la cara. El muchacho tenía familia: la madre, hermanos, hermanas y el padre: un ciego cuya mezquina pensión jamás le habría alcanzado para dar a su hijo el necesario tratamiento. El chiquillo, buscando ocultar su semblante desfigurado, se había hecho la máscara, que no bastaba para protegerlo con-

tra el ridículo y la violencia de que era objeto. Mamadou fue expulsado de la escuela porque lastimó a dos condiscípulos que se burlaban de él, y a partir de ese día se dedicó a vagabundear solitariamente. Corrieron rumores de que su deformidad era lepra y la gente empezó a apartarse de él, por lo cual se vio obligado a hurtar los escasos comestibles con que se mantenía.

Mamadou pasaba todas las noches bajo la galería del sargento, quien solía dejar allí un plato de comida para el muchacho. Pero le costó trabajo ponerlo en contacto con la familia. "Mamadou tenía unos ojos muy vivos, que con la máscara negra parecían aun más penetrantes", recuerda Guitay. "Pero por la parte inferior de la máscara le escurría sin cesar la saliva que salía a través de la herida, abierta aún". Cuando Carole, que tenía entonces tres años de edad, vio a Mamadou por primera vez, corrió dando gritos a refugiarse en brazos de su madre. Y no fue más favorable la reacción inicial de la señora Guitay. "No permitas a ese muchacho enmascarado acercarse a la casa", advirtió a su marido.

"Hay que dejar que las cosas sigan su curso", se decía el sargento. "Todo se arreglará".

Mamadou nunca dejaba sobras en su plato, así que el sargento le aumentaba la ración constantemente. Pero Guitay, picado de curiosidad, lo siguió cierta mañana y descubrió que el muchacho llevaba la comida de más a sus tres hermanos

y hermanas. "Tal descubrimiento causó sensación en mi familia", cuenta el sargento. "Era evidente que Mamadou tenía un corazón de oro. Todos nos sentimos hondamente conmovidos".

Tiempo después, por la noche, sopló un tornado que hizo temblar la casa. Guitay despertó bruscamente, descendió de prisa las escaleras y dio abrigo al muchacho en el piso bajo. A la mañana siguiente, al verlo, Carole lo saludó diciéndole con sencillez: "Buenos días, Mamadou". La niña, al fin, le había perdido el miedo.

Mamadou vacilaba aún para entrar en la casa, pero Guitay ya podía acariciarle la cabeza sin asustarlo. Y a medida que pasaban las semanas, Georges, el hijo mayor del sargento, compartía los esfuerzos de su padre para inspirar confianza al receloso visitante de la familia. De lo alto de la galería descolgaba una vejiga de buey encima precisamente del cubil de Mamadou, tirando del cordel con suavidad. Luego discurrió emplear el mismo medio para pasar una cesta con plátanos y dulces al chico de la máscara. Georges y Mamadou no tardaron mucho en hacer estrecha amistad. A menudo luchaban entre sí por mera diversión y rodaban juntos por el suelo. Georges, que era más fuerte y corpulento, se dejaba a veces vencer por Mamadou.

"Cierta noche", refiere Guitay, "observamos que los dos niños (a quienes llamábamos ya los inseparables) tenían la cabeza metida en

un libro, sentados ambos bajo la galería. Georges había decidido enseñar a su amigo a leer y escribir el francés; a cambio de ello, el rapaz africano le enseñaba el bambara, su dialecto nativo". Antes de seis meses Mamadou se sentía ya como en su casa y jugaba a las canicas con Carole y Jean-Claude, a quienes ayudaba también a cuidar de su gacela domesticada. A todos les hablaba familiarmente de "tú", aunque trataba a los mayores de *Monsieur Chef* y *Madame Chef*; además, dormía en la misma cama que su "hermano" Georges.

En noviembre destinaron a Guitay al oeste del país para el desempeño de una misión. A su regreso a Ségou observó gran tensión en el ambiente, y cuando inscribió a su familia en las tradicionales festividades navideñas del campamento, otras familias decidieron retirarse, y fue necesario cancelar la celebración. Un compañero de Guitay, también suboficial, le explicó: "Compréndelo: quiero que a nuestra vuelta a Francia mis hijos estén completamente sanos, y ustedes hospedan en su casa a un muchacho leproso". Ese año los Guitay celebraron las fiestas en familia, y Mamadou disfrutó por primera vez de una Navidad, en la que todos los Guitay lo obsequiaron.

Llegado el mes de enero de 1958, la hostilidad hacia los Guitay entre las demás familias del destacamento era ya intolerable. Uno de los vecinos reforzó su cerca de espinas con cuatro hilos de alambre de

púas. Lo cierto era que había adquirido tales dimensiones la especie de que el chico enmascarado tenía lepra, que el comandante del batallón ordenó al capitán Paul Rouzaud, médico militar, reconocer al muchacho. El dictamen se fijó en el comedor y decía: "Los resultados de la exploración indican que el chico de nombre Mamadou, que vive actualmente con la familia Guitay, sufre una deformación facial causada por lesiones accidentales, y no por el efecto de alguna enfermedad. En consecuencia, Mamadou queda autorizado a circular libremente dentro del perímetro de este destacamento".

Después de aquello, la situación mejoró notablemente. En septiembre, sin embargo, el chico de la máscara enfermó gravemente de paludismo, y el Dr. Rouzaud consiguió permiso para que lo atendieran en la enfermería del batallón. "El médico tenía su plan", dice Guitay. "Retuvo a Mamadou en la enfermería durante cuatro meses, y para excusarse nos contaba historias sobre el agotamiento del chico. Mamadou iba a visitarnos con regularidad, pero llegó un día en que no volvimos a verlo por casa".

El Dr. Rouzaud decía que el rapaz se había ido a Mopti, aldea situada a 300 kilómetros de Ségou, a visitar a algunos parientes. Trascurrieron meses sin noticias suyas.

Por fin, cierta mañana de mayo de 1959, la señora Guitay vio a un muchacho sentado a la puerta. "Tardé un poco en reconocerlo",

cuenta. "¡El cambio era notable! Mamadou ya no llevaba máscara, y la cara había recobrado su aspecto humano. Le habían reconstruido nariz y mejilla, y le cerraron la herida de la boca. ¡Un milagro!"

Mamadou se echó a reír. "¡Quería darles una sorpresa!" declaró.

El capitán Rouzaud explicó el misterio. Un joven cirujano amigo suyo había ido destacado a Mopti poco antes. No era precisamente un especialista en cirugía reconstructiva, pero a instancias de Rouzaud accedió a operar a Mamadou. Ciertamente, no logró convertirlo en un adonis, pero otra vez había un rostro humano donde sólo se veía una llaga, y el chico ya no necesitaba ocultarse con una máscara.

Desde entonces, lejos de pasar pegado a las paredes cuando atravesaba el pueblo, Mamadou marchaba con la cabeza erguida. Los maravillados africanos le prestaban inusitada atención, y hasta algunos europeos que lo habían tomado por leproso lo invitaron a su casa.

En agosto de 1959 trasladaron a Francia al sargento Guitay. "Nos encontramos entonces ante un problema de conciencia", comenta el militar. "Mamadou, provisto de una nueva cara, se había reintegrado a la comunidad africana, que lo recibió como a un personaje importante. Su familia se le mostraba más solícita, y el muchacho asistía de nuevo a la escuela. Sin embargo, él, en lo personal, hubiera preferido marcharse con nosotros..."

Fue una elección difícil. Pero los

Guitay, a pesar de los ruegos de sus hijos, llegaron a la conclusión de que no estaría bien arrancar a Mamadou de su país natal.

La separación fue desgarradora, y los Guitay perdieron pronto el contacto con Mamadou. Pero nunca olvidaron al muchacho con el paso de los años.

En octubre de 1965, la víspera del día en que iba a cumplir 18 años de edad, Georges Guitay murió de leucemia. Su fallecimiento recrudeció el anhelo del sargento y de su esposa por reunirse con el muchacho a quien seguían considerando "hermano" de su hijo mayor. Pero aún tendrían que esperar casi diez años para ver realizado su deseo.

"Cierta día", refiere Guitay, "habiéndome sintonizado la radiodifusora Europa 1, oímos que el comentarista Pierre Bellemare solicitaba relatos navideños para su acostumbrada serie de fin de año, *Cuentos de la Olla de Barro*. Nosotros le escribimos contándole el caso de Mamadou, pero no confiábamos mucho en el milagro".

Y sin embargo sucedió. El 2 de enero de 1975 Bellemare dio lectura por la radio a la carta del sargento. En Caen acertó a oír esta lectura Gabriel Fleury, cuyo hijo político, Amadou Kamir Doumbia, era redactor de noticias de Radio Malí, en Bamako, la capital. La radiodifusora de Malí retransmitió el episodio. Un mes después Fleury llamaba por teléfono a Guitay para anunciarle: "Ya localizamos a Mamadou". Y así se reanudó el lazo.

Siguió un intercambio de cartas. La de Mamadou comenzaba diciendo: "Papá querido, querida mamá". En ella contaba que había entrado a trabajar en una fábrica de Bamako. Era ya jefe de la sección de pinturas y mantenimiento, y en abril siguiente contraería matrimonio. Mamadou hablaba también de Georges ("al que me será imposible olvidar, porque siempre me protegía") y daba expresión a su gratitud. "Gracias a ustedes he llegado a ser persona en Bamako. ¡Y pensar que puede uno pasar por este mundo sin conocer a gente tan buena como ustedes!"

Luego se convino en que Mamadou iría a Francia para allí pasar un mes con los Guitay. Así pues, el 27 de junio de 1975, después de una separación que duró casi 16 años, Mamadou descendía de un avión en el aeropuerto Charles de Gaulle, en París, y una vez más estrechaba entre sus brazos a sus padres adoptivos.

Durante la velada que siguió a la boda de Carole, Mamadou hizo amistad con los nuevos miembros de la familia: los dos hijos menores del sargento: Thierry, de siete años de edad, y Patrick, de 12, así como los dos vástagos de Jean-Claude. Mamadou insistió en pasar esa noche en la habitación de los niños, explicando: "Quiero protegerlos, como Georges protegía al chico de la máscara negra".

Mamadou se casó con Habi Diakite el 25 de abril de 1975 y ambos son ya padres de un pequeño. ooo

Instantáneas personales

DURANTE una gira de conciertos en el Japón, en 1969, iba yo a tocar en un recital privado para el príncipe heredero Akihito y su familia, todos buenos músicos. El programa que había planeado comprendía un preludio de Debussy, pero un funcionario de la Corte me había advertido de antemano que la princesa heredera Michiko había solicitado especialmente que, en vez de aquel preludio, tocara una de sus piezas favoritas, un *Arabesque* del mismo compositor.

Así pues, ensayé cuidadosamente esta pieza para cumplir la real petición... y me vi envuelto en una disputa doméstica. Poco después de mi matrimonio, mi esposa me había pedido que tocara para ella esa misma breve composición, y yo me había negado, diciendo que era "cosa de niños". Y ahora ella me reprochaba de buen talante: "Naturalmente, para mí no quisiste tocarla, pero, ¡claro!, la cosa cambia tratándose de una princesa".

El recital fue un éxito, y más tarde, mientras mi mujer y yo tomábamos el té con la pareja imperial y sus hijos, no pude menos de relatar la anécdota del *Arabesque*.

Cuando hube terminado, la princesa Michiko, poniéndose en pie, se acercó a mi esposa, la tomó de la mano y con una amable sonrisa le dijo: "Ahora usted y yo podemos compartir esa pieza".

—Andor Foldes, pianista de concierto

DESPUÉS de entregar el poder, en 1969, el ex presidente estadounidense Lyndon Johnson regresó con su familia a Austin (Texas) en el avión presidencial. En Austin trasbordaron para seguir vuelo hasta el rancho de Johnson. Mientras la familia saludaba a viejos amigos que fueron a recibirlos, los tripulantes amontonaron el equipaje junto a la puerta de la cocina y el avión despegó de nuevo.

Cuando la señora Johnson llegó a la antigua casona un rato después, encontró a su hija Lynda, que con grandes dificultades había hallado dos de sus maletas debajo del hacinamiento de bultos y las llevaba trabajosamente al interior de la casa. La señora Johnson, sentándose sobre una maleta, comentó jocosamente: "La carroza se ha convertido en calabaza y todos los ratones han echado a correr".

—L.C.



En pruebas Champion...

Cuando a coches como el suyo se les hizo una afinación, ahorraron de 4 a 5 litros en cada tanque de combustible.

Pruebas recientes de pista y dinamómetro en marcas populares de coches europeos y japoneses mostraron que, como promedio, una afinación con bujías de encendido Champion ahorraron de 4 a 5 litros en cada tanque de combustible. Y con los precios altos de combustible de hoy en día, esto equivale a grandes ahorros de dinero por cada llenada de tanque.

Soló los coches particulares que se encontraron necesitar la afinación fueron probados. Y la afinación que se les hizo incluía las bujías de encendido Champion además de otras partes y servicios necesarios. Más sin embargo, las Champion en sí se acreditaron por casi la mitad de los ahorros de combustible.

Así que si usted cree que estos grandes ahorros les convienen a sus clientes, recomiéndeles que le traigan sus coches —por lo menos cada 16,000 kilómetros— para una afinación con bujías Champion.

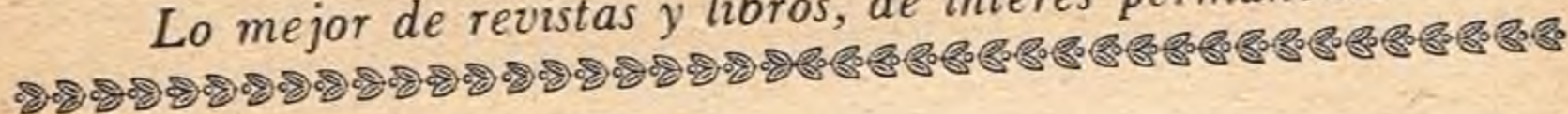
La bujía de encendido más vendida en el mundo.



La bujía más vendida en el mundo.



Lo mejor de revistas y libros, de interés permanente



Los doscientos años próximos

Por ANDREAS DE RHODA

Herman Kahn, fundador y director del Instituto Hudson, "laboratorio de ideas" organizado como institución privada y cuyo objetivo es el estudio de la política de los gobiernos, es autor de *Los doscientos años próximos*: guión para Norteamérica y el mundo, libro recientemente publicado en el cual se rebate la teoría, expuesta en el último decenio, de que es necesario limitar radicalmente el desarrollo, la industrialización y el consumo si queremos salvar nuestra civilización, ya que, según los pesimistas, el mundo se está quedando sin alimentos, sin espacio y sin recursos. Kahn y sus colegas William Brown y Leon Martel, por lo contrario, esperan un futuro "increíblemente brillante", y en este artículo explican las razones de su optimismo.

¿Cuál es la opinión de ustedes sobre los dos siglos próximos? ¿Serán prósperos o catastróficos?

Increíblemente prósperos. Hace 200 años los habitantes del mundo eran indigentes en casi todas partes, estaban a merced de las fuerzas de la naturaleza y su número era escaso. Dentro de otros 200 años los habitantes de casi todo el mundo serán ricos y numerosos, y domi-

narán las fuerzas de la naturaleza. Este período de 400 años, esta tremenda transición, es por lo menos tan importante como el principio de la agricultura, que hace 10.000 años estableció las bases de la civilización.

Hace dos siglos había en la Tierra 750 millones de personas; el producto mundial bruto equivalía a 150.000 millones de dólares y el ingreso por habitante sólo ascendía

a unos 200 dólares al año. Actualmente hay en el mundo más de 4000 millones de seres humanos, el producto mundial bruto es de cinco billones y medio de dólares, y el ingreso por habitante alcanza 1300 anuales. En el año 2176 esperamos que la población mundial habrá llegado a los 15.000 millones de personas, con un producto bruto mundial de 300 billones de dólares y un ingreso anual por habitante equivalente a 20.000 dólares de 1975.

Desde hace muchos años nos ponen en guardia contra la amenaza de la sobrepoblación. Pero ustedes creen que llegará un momento en que el índice de crecimiento demográfico empezará a nivelarse. ¿Por qué razón?

Todos aprendemos rápidamente una buena lección. En 1800 la mujer norteamericana tenía un promedio de siete hijos. Hoy tiene 1,8. ¿La razón de ello? En aquellos días los hijos suponían una fuente de ingresos, pues ayudaban en el trabajo y en la labranza. Eran "bienes de producción". En cambio hoy son "consumidores de bienes". No producen, sino que cuestan dinero. Benjamín Franklin decía que la manera más fácil de enriquecerse un hombre era casarse con una viuda con nueve hijos, lo cual suponía entonces un buen consejo. Hoy lo llevaría a la quiebra.

¿Comprenden esta lección en todas partes?

¡Desde luego! Las estadísticas de las Naciones Unidas indican que en unos 70 países desciende la natalidad

a medida que suben los ingresos. Incluso en los países pobres, los ingresos y la seguridad social dependen del gobierno y de otras instituciones, y no del número de hijos.

Ustedes pronostican que todo el mundo llegará a ser rico, lo cual requeriría un desarrollo muy rápido. ¿A qué ritmo?

Esperamos que de aquí a 1985 se alcanzarán índices de desarrollo de cerca de un seis por ciento en el producto bruto mundial, lo que significa un desarrollo 20 por ciento más acelerado que el conseguido entre 1950 y 1970. Este crecimiento es una especie de autobús: si uno lo alcanza, marcha con él y acelera su propio crecimiento.

Sin embargo, las etapas del desarrollo económico de los países son muy diferentes. ¿Cómo pueden alcanzar todos el autobús?

Uniéndose estrechamente. Consideremos los tipos de la economía actual del mundo: Cerca del 30 por ciento de la humanidad (unos 1200 millones de personas) vive en Europa (incluida la Urss), Japón y los Estados Unidos, naciones que ya son ricas, con un ingreso anual por habitante de unos 4000 dólares.

Tenemos luego 850 millones de personas en los países que van logrando su desarrollo, tales como Brasil, México y Formosa, que están avanzando rápidamente. Tienen ya un ingreso anual de 850 dólares por habitante, y para el año 2000 alcanzarán los 1000 al año.

Luego tenemos cerca de 950 millones de personas en el Asia co-

munista: China, Corea del Norte e Indochina, donde el ingreso anual por habitante es ahora de unos 250 dólares, pero están muy bien organizados en la distribución de bienes. Desde el punto de vista de su nivel de vida, se encuentran en muy buena situación y se están desarrollando rápidamente. En esos países la pobreza no es ya el problema.

¿Quiénes son, en ese caso, los pobres?

Los 1000 millones de personas que sólo tienen un ingreso anual de 100 dólares. De ellas, 800 millones viven en el subcontinente indio, de los cuales 600 millones habitan en la India propiamente dicha.

¿Cómo pueden mejorar rápidamente su nivel de vida estos países?

Existe un nuevo clima para el desarrollo. Las naciones ricas tienen el capital y la tecnología que necesitan las demás, como también mercados en que estos otros países pueden vender sus productos.

¿Qué pueden vender las naciones subdesarrolladas a las ricas?

Cualquier producto de que dispongan. Indonesia, por ejemplo, puede vender sus materias primas. Formosa, su mano de obra especializada. Algunas pueden ofrecer atracciones turísticas, lo cual constituye una de las formas rápidas de obtener dinero.

¿Y qué me dicen del campo de la tecnología?

Actualmente existe algo que llamamos "trasferencia de tecnología". No ofrecemos a los países en desarrollo solamente ciertos conoci-

mientos técnicos, sino las técnicas mismas de que pueden valerse inmediatamente. Para utilizar las pequeñas computadoras de mano no se necesitan especialistas. Cualquiera las puede usar en el momento en que se las den. Y lo mismo sucede, cada vez más, con toda clase de técnicas, desde la que toca a las máquinas herramientas hasta la de las fábricas de acero. De esta manera las naciones ricas ayudan a otros países, que a su vez, en cuanto alcanzan un nivel más alto, se convierten en máquinas para el desarrollo de países más pobres.

Ustedes no parecen compartir la preocupación general por el abismo que separa a los países ricos de los pobres. ¿Por qué?

Porque esas diferencias no son malas. Dan por resultado una especie de vacío que provoca la succión hacia arriba. Algo parecido aconteció con las sucesivas olas de inmigrantes que fueron a Estados Unidos y cambiaron de papel en su ascenso económico. A escala mundial sucede esto mismo en formas mucho más complejas, pero, en ciertos aspectos, incluso más rápidamente.

Se insiste mucho en que los recursos de la Tierra son limitados. ¿Qué opinan ustedes?

Creemos firmemente que no habrán de presentarse problemas serios y a largo plazo en lo que se refiere a la energía y a las materias primas. Durante los 50 años próximos seguramente usaremos una combinación de carbón y de reactores de fisión para obtener energía,

que más tarde será remplazada por la energía solar y la tecnología geotérmica. Esta perspectiva es sin duda muy clara y muy probable.

¿Y qué piensan de las materias primas?

El Club de Roma, pequeño grupo internacional de especialistas en cuestiones ambientales que encabeza a los promotores de la teoría de la limitación del crecimiento, dice, por ejemplo, que se nos está agotando el aluminio. Pues bien, quizá se nos termine la bauxita, de la que actualmente se hace el aluminio, pero no se nos habrán de acabar la docena de otras menas de las cuales podemos obtener este metal. La corteza de la Tierra contiene un ocho por ciento de aluminio. En nuestro libro hacemos un estudio de las materias primas, y no hay en tal campo ningún problema insoluble.

¿Hasta qué punto es grave la escasez de alimentos?

Se trata, básicamente, de propagar aptitudes técnicas y de invertir fondos suficientes. A una población mundial de 15.000 a 30.000 millones de personas se le puede nutrir con los alimentos acostumbrados producidos en la forma acostumbrada, pero ello sería difícil y probablemente habría que duplicar o triplicar su precio. No hay, sin embargo, razón para que no podamos resolver el problema recurriendo a alimentos desacostumbrados producidos del modo acostumbrado (tales como proteínas de organismos monocelulares cultivados en un medio con base de petróleo, o con una

conversión de desechos, papel o madera), o alimentos acostumbrados obtenidos en forma desacostumbrada (por ejemplo, verduras cultivadas en nuevas variantes de soluciones de nutrimentos).

Pero aún queda la contaminación del aire y del agua. ¿No es un gravísimo problema?

Es cosa de prestarle atención, sin duda, y de gastarse en ello el dinero necesario. En realidad, ya se ha atacado la raíz del problema: se han puesto en marcha programas en Norteamérica, en Europa noroccidental y en el Japón, con los que para 1985 se habrá conseguido en buena parte purificar el ambiente. Asimismo, las normas al respecto serán más y más estrictas. A medida que nos enriquecemos, el mundo estará cada vez más limpio. Y serán las normas de la estética las que cada vez nos regirán en grado mayor.

¿No se enfrentarán los países pobres con mayores problemas de contaminación?

Sí, hasta que ellos también se enriquezcan. Los habitantes de los países pobres creen que la peor contaminación es la pobreza, y se dan por satisfechos si pueden cambiar temporalmente el aire puro y el agua limpia por una riqueza de magnitud progresiva.

¿No existe acaso un verdadero peligro de que la tecnología pueda dañar a la Tierra en algunas zonas críticas?

La contaminación constituye un peligro auténtico para la capa de ozono de la atmósfera. Por ser esta

capa poco menos que un vacío, cualquier nuevo elemento que se introduzca en ella puede perjudicarla permanentemente.

Pero, ¿no creen ustedes que el desarrollo industrial debería ser más lento, o detenerse del todo, para no dañar a la Tierra?

Únicamente si tenemos pruebas irrefutables de que sea necesario tal paso. Si fuésemos a detener el avance tecnológico ante cada nuevo grito de alarma, nos encontraríamos con una amenaza aun mayor contra la supervivencia del hombre, ya que se suspendería su crecimiento, es decir, su futuro.

Entonces, ¿creen ustedes que las conclusiones del Club de Roma sobre la necesidad de limitar el desarrollo dañarían si se adoptaran?

Sí. Adoptarlas sería desastroso, desde luego. Aún lo creo así, si bien

hace poco los socios del Club aceptaron la necesidad de que haya cierto desarrollo. Su nuevo punto de vista es aun más pernicioso. Ahora dicen que el crecimiento está bien para los pobres, mas no para los ricos. Si se siguiese tal consejo, las naciones pobres y las que luchan por su desarrollo se verían privadas del motor mismo del crecimiento, es decir, el desarrollo ininterrumpido de las naciones industrializadas, que les es indispensable para su propio progreso.

Su libro ha tenido muy buena acogida. ¿Significa esto que nuestra actitud de depresión y desaliento está cambiando?

Sí. En verdad, por todas partes aparecen evidentes signos de ello. La gente empieza a recobrar el ánimo, a vivir y a pensar positivamente y con esperanza en el porvenir.

CUANDO Lin Shen, presidente de la junta de gobierno de Formosa, enfermó de gravedad en Chungking en 1943, le preguntaron a Wu Chih-huei si él estaría dispuesto a ocupar aquel cargo.

"No podría aceptarlo", repuso Wu. "Si llego a ser presidente de la junta de gobierno, los diplomáticos extranjeros, vestidos de frac, vendrán a presentarme sus credenciales y se agacharán para hacerme una reverencia. Las colas del frac se les moverán de arriba abajo. Y yo no podré dejar de reírme, y si me río, no haré un buen presidente de la junta de gobierno".

—China Yi Ching Magazine, de Formosa

Reglas de tránsito

FRASE inspirada, de un manual de tránsito: "Cada niño es un letrero viviente que dice PRECAUCIÓN". —M.M.

ADVERTENCIA para conducir prudentemente: "Este fin de semana no seamos el tema de alguna noticia que no podamos leer por faltar de este mundo". —J.O.B.

Nadie calificaría de homicidio premeditado a las consecuencias de conducir un automóvil con imprudencia o torpeza; sin embargo, de tal hábito pueden resultar víctimas inocentes e igualmente muertas.

Así se asesina en las carreteras

Por TOM HIRSH

¿ES USTED un homicida en potencia? ¿Su descuido al volante de un automóvil podría dejar la muerte a su paso, exactamente lo mismo que si usted hubiera apretado el gatillo de una pistola? Es una idea repugnante; y sin embargo, ocurre muy a menudo.

Imagínese usted en estas situaciones, que no son nada raras:

1) Va usted conduciendo por una carretera de doble vía a 90 k.p.h., cuando ve un letrero que anuncia la venta de huevos frescos. Impulsivamente resuelve parar. Sin hacer señales, pisa el pedal del freno y vira rápidamente a la izquierda para entrar en la granja, cruzando frente a un automóvil que viene en sentido contrario. El otro conductor frena desesperadamente y usted

apenas alcanza a pasar... pero el otro no tiene tanta suerte. Un camión que venía detrás de él no puede detenerse a tiempo y lo embiste por detrás; mueren el conductor del automóvil y su pasajero.

2) Usted va de vacaciones. La parrilla portaequipajes del techo de su vehículo está cargada de enseres que usted ha cubierto con una vieja cortina de cuarto de baño amarrada con cuerdas. Todo parece seguro, pero usted no ha pensado en la fuerza del viento, capaz de arrancar cualquier cosa de un automóvil que corre velozmente.

En efecto, poco después de iniciado el viaje se revienta una de las cuerdas, y luego otra. De pronto la cortina se suelta del todo y se va a pegar sobre el parabrisas de un au-

tomóvil que viene detrás de usted. El conductor queda repentinamente cegado; aplica los frenos, patina y va a estrellarse contra un muro de hormigón. Perecen un padre, una madre y tres de sus hijos. Sólo sobrevive un niño de cinco años.

3) Es domingo y hace un día hermoso. Usted y su cónyuge admiran el paisaje mientras avanzan por una sinuosa carretera de dos carriles. El límite de velocidad es de 90 k.p.h., pero, para poder gozar de la belleza del panorama, ustedes van sólo a 30. Pronto se forma una hilera de automóviles detrás del suyo. Un adolescente, en un coche modificado para aumentar su potencia, se sale de la fila y acelera todo lo posible. Apenas logra rebasar, y eso gracias a que un auto que venía en dirección contraria doblando la primera curva, se va a la cuneta para evitar un choque de frente. Pero en la maniobra se vuelca. Hay tres muertos y dos heridos graves.

4) Una noche regresa usted tarde de una fiesta. El camino está oscuro y la lluvia cae a cántaros sobre su parabrisas. Usted lleva puestas las luces altas y se encuentra con otro coche al tomar una curva. El otro conductor rápidamente baja sus luces; pero usted, con la mirada turbia y la cabeza no muy despejada, teme perder de vista la carretera y no baja las suyas. La combinación de oscuridad y lluvia con el fulgor deslumbrante de los faros de usted obliga al otro conductor a salirse del pavimento. Patina, pierde el control y choca contra un pos-

te. El pasajero que lo acompaña en el asiento delantero sale lanzado del coche y se mata.

5) Dando vueltas a la manzana en el congestionado tráfico del centro de la ciudad, encuentra usted por fin un lugar donde estacionarse. Acomoda su coche y abre la portezuela para salir. Un joven repartidor de 18 años que va en bicicleta tiene que desviarse súbitamente para evitar estrellarse contra la puerta abierta. Pierde el control y se pasa al carril izquierdo, donde lo arrolla un camión que no pudo frenar a tiempo. El muchacho muere dos horas después en un hospital.

SIN DARSE cuenta, usted quizá haya cometido uno de estos errores, o haya estado muy cerca de cometerlos. Tal vez siguió despreocupadamente su camino, sin percatarse nunca de las tragedias que dejó atrás, ni de los muchos automovilistas a quienes puso en peligro inminente.

El conductor no vive aislado de los demás. Tiene que compartir la carretera. Debe ser tan responsable ante los otros como ante sí mismo. Hay ciertas obligaciones que todos tenemos que aceptar:

Mantenga un ritmo uniforme. Ir serpenteando entre el tráfico, meterse repentinamente delante de otro coche, lanzarse por un espacio estrecho entre dos vehículos o cambiar súbitamente de dirección, son maniobras que pueden causar accidentes. Conducir con excesiva velocidad o demasiada lentitud da lugar a in-

necesarias tentativas de adelantarse, por parte suya o de otro conductor. Si alguien se pirra por rebasarlo, no lo estorbe; por el contrario, ayúdelo.

Haga señales. Las sorpresas son una amenaza en la carretera. Mire antes de abrir la portezuela del lado del tráfico. Cuando se proponga disminuir la marcha, virar o cambiar de carril, utilice las luces del freno y las direccionales con tiempo suficiente para permitir a los otros conductores enterarse con anticipación de lo que usted proyecta hacer. Use el claxon moderadamente, pero úselo cuando se necesita: no como un gruñido de hostilidad, sino para comunicarse y llamar la atención.

Suponga que viaja usted hacia el sur y pasa frente a un automóvil estrellado o algún otro obstáculo en el carril de vía al norte. Pocos segundos después, al doblar una curva, se encuentra con un coche que viene a buena velocidad en dirección al peligro para él desconocido. Dé aviso encendiendo y apagando rápidamente los faros varias veces. Esta señal la utilizan desde hace mucho tiempo los conductores de camiones para prevenir a los demás motoristas contra algún peligro que pueda haber en el camino.

Manténgase a prudente distancia. Ir pisándole los talones al vehículo de adelante es un hábito temerario, culpable de incontables accidentes. Practique la regla de los dos segundos, método sencillo inventado por los peritos en tráfico para ayudar a calcular una distancia prudente

de seguimiento a cualquier velocidad. Para determinar si usted está por lo menos dos segundos detrás del coche de adelante, escoja alguna señal del camino (un poste, una franja de brea en el pavimento) y cuando el coche de adelante llegue a esa marca, empiece a contar: "Mil-doscientos-uno, mil-doscientos-dos". Si usted pasa la marca antes de que haya acabado de contar los dos números, está siguiendo al otro vehículo demasiado de cerca.

Asegure la carga. El equipo colocado encima de la cubierta de un automóvil puede ser un peligro mortal para otros conductores. Si lleva carga, amárrela muy fuertemente. Recuerde también que los remolques con enganches provisionales se pueden soltar. Los enganches del parachoques no son confiables para remolcar a alta velocidad en carretera abierta. Son más seguros los que quedan soldados al vehículo o fijados con pernos.

No pierda la calma. Tenga paciencia ante el volante y sea respetuoso. Los sicólogos afirman que hay más probabilidades de accidente cuando uno está enojado o tenso. Igualmente, cualquier cosa que haga usted para irritar a otro conductor aumentará la probabilidad de tener un accidente. La cortesía es contagiosa. Un ligero acto, como esperar un momento para que otro automovilista pueda salir de su estacionamiento y colocarse en la corriente del tráfico, infundirá por lo menos a dos conductores un espíritu de mayor seguridad.

■ *Cuente con los errores.* Hasta los mejores conductores cometen errores, y es bueno estar preparado para hacerles frente. Concédase espacio adicional para maniobrar en caso de que otro conductor cometa un error de cálculo, o tenga los reflejos embotados por el sueño o el alcohol. Mire adelante con la mente y no

sólo con los ojos. Observe si el comportamiento de otro conductor es irregular. Respete las señales.

No es agradable contemplar el homicidio en la carretera. Pero si usted conduce con habilidad, prudencia y consideración para los demás, no será ni su víctima ni su causante.

El renombre y el reposo no compaginan. —Georg Christoph Lichtenberg

Chiquilladas

UN MUCHACHO de siete años pedía dinero prestado porque quería comprar un pez para su pecera. Le preguntaron cómo lo pagaría, y respondió: "La próxima vez que te pida un préstamo, no me lo des".
—"Peterborough", en el *Daily Telegraph* de Londres

Mis dos hijos pequeños se han entregado con entusiasmo al ajedrez. Estaban jugando una partida Fischer-Spassky la otra noche, cuando mi esposa llegó para conducir a la cama al más pequeño.

Mientras se lo llevaba, en medio de las ruidosas protestas del chico oí claramente que el mayor decía entre dientes: "La reina toma peón. Jaque mate".
—P.B.

HACE POCO una vecina mía llevó a su hijo, de cinco años de edad, a viajar por primera vez en avión. En el aeropuerto el muchacho, lleno de emoción, estuvo admirando los grandes jets, y al subir a bordo del suyo no mostraba ningún nerviosismo. Poco después de haber despegado, el aparato encontró vientos agitados y experimentó fuertes sacudidas. Al observar la cara de preocupación del hijo, la madre le explicó por qué se mecía el avión y le dijo que no había motivo para inquietarse.

—Menos mal —contestó el niño con un suspiro de alivio—. Pensaba que nos habíamos estrellado contra una nube.
—A.O.

COMO TEMA para una composición, el profesor dio a los niños la frase: "Si yo fuera presidente de una compañía..."

Todos los alumnos se inclinaron sobre sus cuadernos y comenzaron a escribir... Todos, menos uno.

—Tú, Cervantes, ¿por qué no escribes? —preguntó el maestro.

—Es que estoy esperando a mi secretaria —dijo el chico.
—F.R.

Gasto público excesivo: la experiencia de Australia

Por ANTHONY PAUL

Tres años de cuantiosos derroches gubernamentales llevaron a una de las naciones más ricas del mundo al borde de la ruina económica. Y los ciudadanos se rebelaron.

EN ABRIL de 1975 la economía australiana se hallaba en las peores condiciones desde la gran depresión. El gobierno laborista del país, de tendencia socialista, acumulaba un déficit del equivalente de 3000 millones de dólares, que representaba el cinco por ciento del producto nacional bruto. Los hombres de negocios habían perdido la confianza, el desempleo había alcanzado el más alto nivel en 30 años y la inflación había ido en aumento hasta llegar a un índice anual de 13,4 por ciento. En Canberra, capital federal de Australia, circulaba este sarcástico chiste: "La única fábrica australiana que trabaja día y noche es la casa de moneda del gobierno".

Ocho meses después el pueblo australiano, en la votación más decisiva de la historia reciente, expulsó del poder al gobierno laborista.

Pero el caso de la administración de los laboristas durante tres años constituye un episodio digno de estudio y que invita a reflexionar en lo que puede suceder incluso a un país con tantas ventajas económicas como Australia, cuando en los comicios ganan el poder quienes propugnan gastos sin medida y un gobierno preponderante.

Australia, "el país afortunado", como los australianos mismos empezaron a llamarlo en el decenio de 1960 a 1969, tiene uno de los niveles de vida más altos del mundo. Con una población de 13,5 millones, produce gran parte de la lana, el trigo y el azúcar de Occidente. Posee abundantes minerales: el 70 por ciento del circón del mundo; casi el monopolio del mineral de titanio; una cuarta parte del uranio de que dispone el bloque de naciones no

comunistas; abundantes reservas de carbón, hierro, cobre, bauxita, plata, plomo y cinc.

A juzgar por las cifras del Banco Mundial, la economía de Australia es también la más igualitaria de Occidente, pues las diferencias entre ricos y pobres son menores que en cualquiera otra parte. Cuando el Partido Laborista ocupó el poder, a fines de 1972, el desempleo era de sólo 2,4 por ciento y la inflación llegaba únicamente al 4,5 anual: proeza económica igualada únicamente por Alemania Occidental. Por proceder de los pozos del país el 70 por ciento del petróleo que necesita, Australia debería haber quedado relativamente a salvo de la inflación mundial provocada por el repentino aumento del precio del petróleo impuesto en 1973 por los países productores. Con todo, ya en 1974 la economía de Australia se encontraba en alarmante desorden. La inflación había llegado hasta el 28 por ciento en un solo mes. ¿Por qué? En un estudio del Fondo Monetario Internacional publicado en julio de 1975, se decía sin ambages: "Los orígenes de la recesión australiana habrán de encontrarse en circunstancias internas".

Fábrica de dinero. Esas circunstancias empezaron a tomar forma a mediados de 1972. Una coalición conservadora del Partido Liberal (representante de la clase media ur-

bana) y del Partido Nacional Campesino (representante de los intereses rurales) había gobernado sin interrupción desde 1949. No obstante el buen manejo administrativo en el desarrollo de la Australia de posguerra, el Partido Liberal, elemento principal de la coalición, parecía haberse estancado después de tanto tiempo en el poder, y en las elecciones de 1972 no pudo contrarrestar el atractivo del dinámico dirigente laborista Gough Whitlam, de 56 años de edad, abogado de Sydney. Así, por primera vez en casi un cuarto de siglo, los australianos, normalmente conservadores, eligieron un gobierno socialista.

A los pocos días de haber asumido el poder, el gobierno de Whitlam acometió la reestructuración de la economía australiana dándole visos socialistas. Se aprobaron nuevas erogaciones destinadas a la educación superior gratuita, mayor ayuda a las escuelas, compensaciones más elevadas a las personas sin trabajo y pensiones de vejez de mayor monta, así como subsidios a los deportes y las artes. "En esos primeros días, pocos nos molestamos en calcular el costo", confesó posteriormente Fred Daly, uno de los ministros de Whitlam. "Gastábamos como si el dinero estuviese pasando de moda".

Casi inmediatamente la inflación se aceleró: el índice de precios de los artículos de consumo se elevó en un 8,2 por ciento en los seis primeros meses de gobierno laborista. El aumento en los beneficios a los desempleados y la liberalización de

ANTHONY PAUL, nacido en Australia, es redactor viajero del *Reader's Digest*, con la misión de analizar los asuntos referentes a los países de Asia y del Pacífico.

requisitos para hacerse acreedor a ellos empezaron a fomentar una mentalidad dependiente del auxilio público. Un economista calculaba que 10.000 personas dejaron de trabajar. Especialmente se cuadruplicaron las dádivas a los desempleados jóvenes, y el número de los llamados *surfies* (vagabundos de las playas) iba en aumento. Se extendió un nuevo estilo de vida: la holganza subsidiada por el gobierno.

Programas inflados. Cuando el régimen laborista preparaba su primer presupuesto (1973 a 1974), algunos funcionarios importantes advirtieron que la economía sólo podría absorber un aumento en los gastos del gobierno equivalente a 1800 millones de dólares. Sin embargo, los laboristas, empeñados en cumplir sus nuevos programas, hicieron que aumentaran las erogaciones en 2300 millones. La inflación resultante se podría haber aliviado con un sistema impositivo sensato, pero el gobierno laborista se había comprometido a no aumentar los impuestos. En vez de ello, anunció una reducción general de 25 por ciento en los aranceles. Al exponer a la competencia extranjera las industrias australianas que gozaban de protección arancelaria, los laboristas calculaban que los precios descenderían necesariamente. Por la misma razón, el gobierno estableció también un Tribunal de Justificación de Precios, con la misión de limitar las utilidades que obtuvieran las empresas.

Esa política fue contraproducente.

Muchas fábricas, desapercibidas para una invasión de artículos importados más baratos, tuvieron que cerrar sus puertas. Como resultado inmediato de la menor producción fabril perdieron su empleo por lo menos 23.000 trabajadores. Y la inflación llegó a un 13 por ciento.

Al mismo tiempo el gobierno laborista empezó a elevar los salarios y los beneficios. Logró la aprobación de un aumento de 17,5 por ciento en los salarios y de una cuarta semana de vacaciones anuales, de todo lo cual disfrutarían los 245.000 empleados federales, y apoyó asimismo un plan de los sindicatos de hacer extensibles esas vacaciones más largas a los trabajadores de la industria privada. En tres años los salarios se elevaron en Australia en un 70 por ciento, mientras que la producción industrial aumentó menos de uno por ciento.

Durante la campaña electoral el Partido Laborista había sostenido que sus lazos con los sindicatos le permitirían negociar más eficazmente con los organismos obreros militantes. Pero durante el primer año del gobierno de Whitlam las huelgas se extendieron y así se perdieron 2.634.000 días de trabajo (un aumento de 31 por ciento respecto al año anterior).

Algunos servidores públicos advirtieron al gobierno laborista que sería necesario reducir el presupuesto de 1974 a 1975 para poner coto a la inflación. Los laboristas vacilaron entre las disputas de sus diversas facciones. Mes tras mes se

presentaron presupuestos contradictorios. La confianza entre el sector comercial disminuyó aun más y el desempleo aumentó. Por último, Whitlam despidió a Frank Crean, su tesorero, y nombró en su lugar al viceprimer ministro Dr. Jim Cairns, representante del ala izquierda del partido.

No tardó en conocerse al nuevo tesorero por el mote de "Dr. Sí", por su incapacidad para decir "no" a sus colegas socialistas, que insistían en llevar adelante sus programas predilectos. Al poco tiempo circulaban por Canberra alarmantes versiones de lo que el *Bulletin*, de Sydney, llamaba "la industria de las dádivas gubernamentales, el sector de mayor crecimiento en la economía australiana". Preocupado porque los gobiernos locales no gastaban todo el dinero que el gobierno federal estaba dispuesto a darles, el Departamento de Desarrollo Urbano y Regional publicó un folleto de 57 páginas titulado *Fuentes de fondos y cómo solicitarlos*. Los diputados se autoasignaron un aumento de 37 por ciento en su sueldo. Cairns presidió una reunión del gabinete en que se suprimió el límite a la contratación de empleados públicos, cuyo número aumentó en un 12,6 por ciento durante los tres años que el Partido Laborista ejerció el gobierno.

Vertiginoso aumento de personal.

Esos crecientes gastos administrativos frustraron trágicamente muchos de los bien intencionados programas introducidos por el gobierno

laborista. Quizá el ejemplo más patético fue el programa de ayuda a los aborígenes que aún quedan en el país. Whitlam, firme en su propósito de aliviar la miseria de la raza autóctona de Australia, patrocinó la triplicación de los gastos en los planes destinados al beneficio de los indígenas. En respuesta a ese apoyo, el Departamento de Asuntos de los Aborígenes se apresuró a duplicar su personal e invirtió gran parte de los nuevos fondos obtenidos en 89 estudios casi inútiles, entre ellos un intento de criar tortugas y cocodrilos. La asistencia social a aquel sector de la población dio origen a una burocracia autosuficiente, en la que una porción enorme del dinero del gobierno se destinaba a trabajadores sociales, administradores, investigadores y consejeros. Peter Samuel, comentarista de asuntos políticos, de Canberra, observaba: "Hubiera bastado con entregar a los aborígenes el presupuesto íntegro del Departamento, para que cada hombre, mujer y niño recibiera 1800 dólares. Pero no; cada uno recibió en promedio 96 dólares".

Al agravarse la recesión y continuar la inflación, el gobierno emprendió un nuevo programa, el más costoso de cuantos había acometido hasta entonces: Medibank, sistema de asistencia médica gratuita para todos, añadió unos 1800 millones de dólares anuales a la carga que ya pesaba sobre los contribuyentes. Los costos médicos empezaron a subir a un ritmo superior incluso al de

la inflación misma. En el primer año de funcionamiento del programa los honorarios de los facultativos aumentaron en un 20 por ciento. Los médicos generales solicitaban innecesarias pruebas patológicas completas a los pacientes, y el costo global de esos análisis se lo cargaban al gobierno. Se afirma que algunos médicos atendían hasta a 20 pacientes por hora en clínicas particulares y pasaban la cuenta al Medibank. El director de la publicación *The Medical Letter* declaró que el Medibank se había convertido en una "máquina que devora inexorablemente muchos millones de dólares".

En total, los gastos federales de Australia llegaron a unos 26.300 millones de dólares en 1975 y 1976, o sea un colosal aumento del 80 por ciento en sólo dos años.

El asunto Khemlani. Tal vez sea natural que un gobierno tan descuidado en el manejo del dinero haya caído a causa de un escándalo financiero: la poco menos que increíble algarada que levantó el llamado asunto Khemlani.

Fue un intento laborista de obtener prestados 4000 millones de "petrodólares" procedentes del Oriente Medio, apartándose de los canales seguidos normalmente por los gobiernos cuando se trata de allegarse fondos. Sin notificar al Parlamento, algunos altos funcionarios del gabinete, Whitlam entre ellos, autorizaron a Rex Connor, ministro de Minerales y Energía, a que gestionara un préstamo, con "propósitos

temporales" no especificados (que se suponía fuesen la nacionalización de grandes fracciones de la industria minera). Su intermediario no habría de ser uno de los grandes bancos de Nueva York o de Londres, tradicionalmente proveedores de la Tesorería australiana, sino un paquistaní traficante en dinero llamado Tirath Hassaram Khemlani, que afirmaba estar en contacto de negocios con algunos jeques árabes muy ricos.

Los detalles del préstamo proyectado subrayaron la invariable falta de consideración del gobierno laborista para con el contribuyente australiano. El préstamo causaría interés compuesto, pero no se haría ninguna amortización durante 20 años. De esa manera, a cambio de 4000 millones de dólares, Australia habría tenido que pagar la asombrosa cantidad de 17.600 millones. Además, Khemlani habría de recibir una "comisión por tramitación" del 2,5 por ciento, o sea ¡cien millones de dólares!

Cuando esos pormenores trascendieron hasta el Parlamento y la prensa, fue tal el alboroto que Whitlam se vio obligado a retirar a Connor el permiso de gestionar el préstamo. Como el ministro continuó negociando discretamente con Khemlani, la prensa lo descubrió también, y Connor se vio obligado a renunciar. A los dos meses el gobierno laborista se derrumbó. Por una votación aplastante, la coalición conservadora volvió a tomar las riendas del poder.

EN MAYO de 1976 el nuevo primer ministro, Malcolm Fraser, durante su primer mensaje televisado a la nación, mencionó algunos axiomas políticos de que se han olvidado recientemente muchos países, además de Australia:

"Durante el último año, aproximadamente", dijo, "se empezó a extender la opinión de que podríamos disfrutarlo todo sin tener realmente que pagarlo. Pero una de las cosas que debemos comprender es

que, cuando los políticos prometen algo, no prometen nada que sea suyo, pues nada suyo tienen que dar. Prometen algo que es de ustedes, y cuanto más prometan los políticos, menos tendrán ustedes para satisfacer sus propias necesidades o las de su familia. Menos habrá entonces para la industria, para las inversiones y para contar con los empleos necesarios al mejoramiento de la verdadera riqueza que nos ofrece Australia".

NO PUEDE considerarse fracasado en este mundo quien le haga a otro más llevadera su carga.

—Charles Dickens

Música celestial

GEORGE Ives, padre de Charles Ives, el más original y extraordinario compositor norteamericano, era él mismo hombre excepcional. Se colocó en un banco de Danbury (Connecticut) para sostener a su familia, pero trabajaba como director de la banda de música de la ciudad a fin de satisfacer su espíritu quijotesco. Como solía oír sonidos que ningún instrumento producía, inventó varios que pudieran emitirlos. Acostumbraba dividir a la banda musical en dos grupos y dar a cada cual una tonada diferente que tocar, y luego los enviaba en diferentes direcciones alrededor del parque para escuchar cómo sonaba la música cuando se reunían. En la ciudad no lo tomaban en serio, pero su hijo Charles, que tocaba en su banda, lo consideraba un gran hombre.

Charles Ives contaba cierta vez que su progenitor solía animar a los ciudadanos de Danbury a que cantaran como pudieran, sin preocuparse si desafinaban. En una ocasión un joven, cuyo sentido musical, según el compositor, estaba limitado por tres años de intensivos estudios en el Conservatorio de Boston, se quejó al director de la banda de la manera de cantar del mejor albañil del pueblo.

—Canta fuera de tono, equivoca las notas, todo —protestó el joven—, además de esa horrible voz ronca... Berrea y desentona como ningún otro. ¡Es espantoso!

—Obsérvalo detenida y reverentemente —aconsejó el director de la banda al estudiante del Conservatorio—. No te fijas demasiado en los sonidos, pues así te perderías la música. No se hace una impetuosa marcha triunfal al cielo con sonidos tenues y delicados. —N.H.

Rechazado por los comisarios culturales de su país, el violonchelista Mstislav Rostropovich ahora toca música que brota de su alma rusa para los públicos de Occidente.



Renacentista de la música

Moscú, febrero de 1971: Mstislav Rostropovich sale al escenario para tocar el violonchelo con una orquesta de estudiantes. Han pasado tres meses desde que escribió una carta en defensa de su amigo Alexandr Solzenitsin, el novelista ganador del Premio Nobel. En la sala, todo el mundo sabe que las autoridades soviéticas han empezado ya a castigar a "Slava" (diminutivo ruso con que lo conocen todos sus amigos) cancelándole sus giras por el extranjero. El público aplaude durante diez minutos, logrando así una de las pocas manifestaciones políticas que en Moscú no se pueden reprimir.

Washington, febrero de 1976: Rostropovich, exiliado a consecuencia de repetidas tentativas políticas para arruinar su carrera artística, dirige la Sinfónica Nacional en un con-

cierto cuyas entradas se han agotado. Al final, levanta al concertino, que enrojece de emoción, en un abrazo efusivo. "Te adoramos Slava", grita una mujer. "¿Cómo fue posible que los rusos te perdieran?"

Aclamado desde hace muchos años como uno de los violonchelistas más grandes del mundo, Rostropovich, de 50 años, ha empezado una nueva carrera como director de orquesta, con base en Washington. Es un hombre cuyo amor por los seres humanos es inseparable de su pasión por la música. Y es ruso, amante profundo de un país y un pueblo que, por el momento, han quedado privados de su arte.

Conforme al nivel de vida soviético, Rostropovich y su esposa, la estrella de la ópera Galina Vishnevskaya, lo tenían todo: un gran apartamento en Moscú, una *dacha* (finca



FOTOS LEONID LUBIANITSKY

POR SUSAN JACOBY

de recreo en el campo), automóviles, sirvientes y (lo que es más raro) la oportunidad de salir frecuentemente del país. Empezaron a comprometer su posición cuando dieron hospitalidad a Solyenitsin y a su familia en una *dacha* de su propiedad. En 1970, al anunciarse el Premio Nobel para Solyenitsin, se difundió ampliamente la noticia de que vivía allí. Sin embargo, la carta en defensa del laureado escritor fue la gota que derramó la cólera del gobierno contra el músico famoso.

Fecha el 31 de octubre de 1970, la misiva iba dirigida a los directores de cuatro periódicos soviéticos. Cuando se negaron a publicarlo, como era de prever, el documento fue entregado a corresponsales extranjeros y publicado en diarios de todo el mundo.

En esa carta, Rostropovich men-

cionaba la larga historia de la intrusión política en las artes. "Conozco muchas obras de Solyenitsin", decía. "Me encantan y considero que su autor ha sufrido ya bastante para haberse ganado el derecho de escribir su verdad. No veo ninguna razón para ocultar la relación que nos une, ahora que se ha desatado una campaña contra él".

La cancelación de los conciertos que Rostropovich había contratado en el extranjero, a fines de 1970 y en 1971, fue la primera andanada de una campaña que osciló entre lo absurdo y lo maligno. Se ordenó a los directores de la nueva edición de la *Gran Enciclopedia Soviética* que suprimieran todas las referencias a Rostropovich. Lo mismo exigieron a los directores de periódicos y revistas.

Posteriormente las autoridades le

aplicaron sanciones más graves. Interrumpieron una sesión de grabación musical en que la Vishnevskaya cantaba y Rostropovich dirigía, y ordenaron al músico que saliera del estudio. Herbert von Karajan invitó a Viena a la Vishnevskaya para grabar *Boris Godunov*; el Ministerio soviético de Cultura le negó el permiso aduciendo el curioso pretexto de que ese papel no era apropiado para la tesitura de su voz.

También cancelaron actuaciones con grandes orquestas soviéticas, y enviaron a Rostropovich y a Vishnevskaya en giras de concierto por poblaciones pequeñas. Los dos célebres artistas encontraban salas medio vacías porque los anuncios no mencionaban a los intérpretes.

Los Rostropovich solicitaron permiso para vivir en el extranjero, y en mayo de 1974 pudieron salir de la Unión Soviética con un visado de dos años. (En mayo de 1976 las autoridades refrendaron los visados por un año, lo cual supone que los soviéticos no tienen intención de privar al matrimonio Rostropovich de su nacionalidad.)

El violonchelista había sufrido una depresión tan profunda por la campaña contra él que, al llegar a Londres, le sorprendió encontrar un sinnúmero de invitaciones para presentarse con orquestas de todo el mundo. "Yo mismo había empezado a creer que a nadie le interesaba escucharme", confiesa. "Cuando vi esas invitaciones, volví corriendo al hotel y acepté contratos que ahora me harían pensarlo dos veces. Pero

entonces me dije: ¡Caray! ¡Puede que mañana ya no me ofrezcan nada!"

En la actualidad Rostropovich parece estar en todas partes de los Estados Unidos y Europa donde se toca música: como violonchelista, acompañando a su esposa en el piano y en su nueva e importante carrera de director de orquesta. Muchos críticos han observado que su calidad de "renacentista de la música" es insólita en una época de especializaciones. Si lo es, no resulta sorprendente que se haya formado en Rusia. Aún hoy, los mejores artistas y científicos soviéticos consideran la excesiva especialización intelectual como un signo de imperdonable estupidez.

Las aficiones musicales de su familia vienen de muy atrás. El abuelo paterno de Rostropovich era pianista. Su padre, Leopold, fue famoso violonchelista. Su abuela materna dirigía un conservatorio en la ciudad de Orenburg, en los Urales. Su madre era pianista.

Rostropovich nació en 1927 en Bakú, en la República soviética de Azerbaiján. Empezó a tocar el piano a los cuatro años de edad ("sin permiso de mis padres") y a estudiar el violonchelo bajo la dirección de su padre a los ocho.

La invasión nazi de 1941 alteró profundamente la vida de los Rostropovich, como sucedió a casi todos los rusos. La familia fue evacuada a Orenburg cuando los ejércitos alemanes se acercaban a Moscú.

En Orenburg, Slava se detenía en un cine local al volver de la escuela

para escuchar a su padre y dos amigos tocar todas las noches antes de que empezara la proyección: "Me acuerdo del público, compuesto de gente vestida con los harapos de la época de la guerra", cuenta, "y de mi padre ante el violonchelo. Llevaba guantes con los dedos cortados, porque no había calefacción".

Leopold Rostropovich murió en 1942, y Slava empezó a presentarse en diferentes conciertos. De uno de ellos dice: "Recuerdo que íbamos hacia otra ciudad en un tren que no tenía calefacción. Éramos seis músicos. Cerré los ojos y deseé quedarme dormido para siempre. ¡Hacía tanto frío! De pronto sentí que empezaba a entrar en calor en la oscuridad y me pareció que iba a sudar. Desperté y vi que tenía encima seis mantas. Cada uno de mis compañeros me había cedido la suya. Siento una gratitud profunda por lo que la gente ha hecho por mí. Con todo mi arte no creo haber empezado siquiera a pagar mi deuda con los demás; ni aun el valor de aquellas mantas".

Después que los ejércitos nazis fueron obligados a retroceder, Rostropovich estudió el violonchelo y composición musical en el Conservatorio de Moscú. Era un músico joven en una época en que este arte, al igual que los demás, estaba sometido a los sofocantes constreñimientos del estalinismo. En 1948 el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética publicó un decreto notorio que condenaba los obras de los grandes

compositores Dmitri Shostakovich, Sergei Prokofiev y otros varios por "disonantes" y "orgánicamente ajenas al pueblo".

En su carta de 1970 en defensa de Solyenitsin, Rostropovich recuerda este decreto: "Cuando uno hojea un periódico de aquellos años", observa, "siente insoportable vergüenza de muchas cosas".

Esos pensamientos parecen muy remotos ahora que trabaja en Occidente. Se apodera de la música con una alegría y una pasión tales que penetran en la carne y en el alma de su auditorio. Al finalizar un concierto de Mstislav Rostropovich, la música pertenece lo mismo al público que al artista.

El violonchelista liga la música con la gente cuando habla de su deseo de consolidar su carrera de director. "Cuando toco el violonchelo, me esfuerzo en expresar mis emociones directamente a través del instrumento. Pero sus posibilidades son limitadas. A veces quisiera que el violonchelo suene como la tuba, el violín o la trompeta, pero es imposible. Ahora, como director, mis dedos hacen participar a muchas personas. Amo a los seres humanos. Yo no dirijo instrumentos, sino a las criaturas de carne y hueso que tocan los instrumentos".

Rostropovich dice que, a su juicio, el papel del director es el de "un veterano entre iguales", y la forma en que trabaja con la Sinfónica Nacional de Washington demuestra su sinceridad. Cierta mañana de febrero la orquesta ensaya

la *Primera sinfonía* de Mahler y parece que la principal dificultad técnica consiste en obtener un *pianísimo* apropiado. "Eso me parece demasiado pesado", dice a las cuerdas. Acaricia suavemente la mano izquierda con la derecha, como si lo hiciera a un cachorro asustado. "Un toque, la sombra de un toque, y nada más". Y suplica a los trompas que le den menos intensidad y más dulzura: "Por favor, esfuércense... háganlo por mí".

En el concierto de esa misma noche, la ligera aspereza que se advertía en el ensayo había desaparecido de los aterciopelados pasajes *pianísimos*. El poderío de la orquesta en los últimos compases puso al público en pie casi antes de que el director bajara la batuta.

Rostropovich asumirá la dirección musical y orquestal de la Sinfónica Nacional de Washington a principios de la temporada de 1977 a 1978. Afirma que meditó el ofrecimiento

"con suma cautela", porque la orquesta reside en la capital de los Estados Unidos. No desea que sus decisiones musicales sugieran un vínculo político con ningún país. "Resolví que la aceptación de esta oferta no podía sino redundar en el bien de mi pueblo y mi país. ¿Cómo podía ser malo que yo compartiera mis dotes con los habitantes de Norteamérica? Sería bueno que también un director norteamericano trabajara con una orquesta de Moscú. Así concibo yo el auténtico intercambio cultural".

Los Rostropovich no han adquirido residencia permanente en Occidente. "Sigo pensando que mi hogar es la casa de Moscú", declara en voz baja. Y en una carta de marzo de 1975 comentaba: "No es culpa mía si me veo obligado a tejer el sueño de mi vida fuera de mi patria, en los teatros de Nueva York, San Francisco, Londres, París, Milán y Munich".



DURANTE una larga enfermedad, mi hermano se dejó crecer el bigote y una frondosa barba. Mientras convalecía en un hotel de campo, donde se le unió su esposa, él resolvió afeitarse, quitándose primero la barba y, al siguiente día, el bigote. Al salir del comedor una mañana, mi cuñada alcanzó a oír que una señora de edad le decía a otra: "No sé quién será esa mujer, pero aquel es el tercer hombre que la ha acompañado a desayunar en una misma semana". —D.J.



LLAMARON a comparecer ante la junta de censura periodística al redactor político de un diario de Alemania Oriental.

—Ha escrito usted una sarta de mentiras —le dijo el jefe de la junta.

—Lo siento mucho —repuso el periodista—. Pueden ustedes imponerme el castigo que merezca.

—¿Castigo? —exclamó el jefe— ¡Pensamos nombrarlo director del diario!

—Times, de Hong Kong



Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MACHALE,
catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología.

DESDE los albores de la literatura "el ser divino puesto en el mundo para atemperar al hombre" ha sido víctima de la sátira y el escarnio masculinos. A fe que hemos sido y somos desagradecidos y poco ecuanímenes, si consideramos que, después de Dios, a la mujer somos en cargo de habernos traído a la vida y de contribuir a que valga la pena vivirla. Como tributo a la mujer hispana, ilustramos en la página siguiente las voces de este ejercicio con citas de 18 de ellas que se han distinguido en las letras y dos en la historia política.

- 1) **acebuche** — A: pez. B: trombón. C: bedel. D: árbol.
- 2) **alquitarar** — A: alisar. B: raer. C: destilar. D: pulir.
- 3) **averígüelo Vargas** — A: expresión que se usa para salir del paso. B: para renegar. C: para otorgar. D: cuando algo es difícil de indagar.
- 4) **bajel** — A: buque. B: reto. C: borla. D: bajío.
- 5) **berrinche** — A: locura. B: bobada. C: rabieta. D: burla.
- 6) **blasonar** — A: bracear. B: presumir. C: echar bravatas. D: orlar, adornar.
- 7) **cantilena** — A: criada de una cantina. B: vasija para llevar agua. C: repetición molesta. D: canción de cuna.
- 8) **caramillo** — A: pitillo. B: chico travieso. C: flauta. D: insecto.
- 9) **cinagética** — A: arte de la caza. B: doctrina de la vida austera. C: película cómica. D: parte de la mecánica.
- 10) **desazón** — A: desvío. B: disgusto. C: asco. D: desaliño.
- 11) **letárgico** — A: retardado. B: letal. C: mortífero. D: soporoso.
- 12) **madoso** — A: sudoroso. B: pegajoso. C: gomoso. D: nervioso.
- 13) **penca** — A: mujer de mala vida. B: animal salvaje. C: garrote. D: hoja con espinas.
- 14) **perlesía** — A: neuralgia. B: atrofia. C: neurosis. D: parálisis.
- 15) **pitanga** — A: árbol. B: ración. C: pito. D: sabor.
- 16) **refractorio** — A: que autoriza con su firma. B: que se puede refrenar. C: rebelde. D: que se ha hecho digno de algún castigo.
- 17) **solar** — A: luz del sol. B: solitario. C: terreno. D: insolación.
- 18) **turgente** — A: patente. B: abultado. C: potente. D: afilado.
- 19) **volteriano** — A: discípulo de Volta. B: natural de Volterra (Italia). C: estadista. D: incrédulo.
- 20) **zaguán** — A: patio. B: zagüero. C: vestíbulo. D: zagua.

Respuestas a
"ENRIQUEZCA
SU
VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

- 1) **acebuche** — D: olivo silvestre. "... sentado en una piedra al pie de un *acebuche*, apoyaba en el tronco su pálido rostro". (Cecilia Bohl de Fáber)
- 2) **alquitarar** — C: destilar en alquitara (alambique). "¡Ay de mí! No estás cerca (madre mía) para verlas... (mis lágrimas) / ¡Son del dolor *alquitara* das perlas!" (Dolores Veintimilla)
- 3) **averíguelo Vargas** — D: frase para aludir a las cosas difíciles de saber o averiguar. Isabel la Católica la ponía al pie de los escritos, quejas, etcétera, que recibía, para que informara el alcalde de corte Don Francisco de Vargas. De ahí su origen.
- 4) **bajel** — A: buque, barco. "Náufragos restos del *bajel* perdido". (Blanca de los Ríos)
- 5) **berrinche** — C: rabieta, enojo grande. "Padecía arrebatos de furor y *berrinches*". (E. Pardo Bazán)
- 6) **blasonar** — B: presumir, jactarse. "Mas *blasonar* no puedes satisfecho / de que triunfa en mí tu tiranía". (Sor Juana Inés de la Cruz)
- 7) **cantilena** — C: repetición continua de alguna cosa. "Y aquí mi voz se mezclaba a tu viva *cantilena*". (Carolina Coronado.) También *cantinelas*.
- 8) **caramillo** — C: flautilla de caña. "Ya viene el afilador / tocando su *caramillo*". (María Enriqueta Camarillo)
- 9) **cinagética** — A: arte de la caza. "...entiende qué es la *cinagética* cuando se persigue un conejo". (Luz Solano Borrero)
- 10) **desazón** — B: disgusto, molestia. "Fuera de la ley, mi corazón / a saltos va en un *desazón*". (Alfonsina Storni)
- 11) **letárgico** — D: soporoso. "Haz que de ese profundo / y *letárgico* sueño se levante". (Salomé Ureña de Henríquez)
- 12) **madoroso** — A: sudoroso, que tiene *mador* (humedad de la piel). "La enferma no se adormecía, torpe y *madorosa*, en consunción letal". (Concha Espina)
- 13) **penca** — D: hoja carnosa con espinas. "(es) la *penca* que produce abrojos". (Clorinda Matto de Turner). También tira de cuero para azotar.
- 14) **perlesía** — D: parálisis "... (que) son las almas sin oración como un cuerpo con *perlesía*..." (Santa Teresa)
- 15) **pitanga** — A: árbol americano de corteza amarga. "Desde el fondo del alma me sube / un sabor de *pitanga* a los labios". (Juana de Ibarbourou)
- 16) **refractario** — C: rebelde, opuesto. "Toda criatura ignorante, *refractaria* a la verdad, es un buen conductor del error y de la injusticia". (Concepción Arenal)
- 17) **solar** — C: terreno donde se edifica. Figuradamente: "...y en el *solar* de tu hijo, de ella (la maestra) hay más que de ti!" (Gabriela Mistral)
- 18) **turgente** — B: abultado, hinchado. "Ya cruje la *turgente* vela". (Gertrudis Gómez de Avellaneda)
- 19) **volteriano** — D: incrédulo; dícese del que afecta impiedad cínica, a la manera de Voltaire, autor y filósofo francés (1694-1778). "No le perdono a *Voltaire* el haberme hecho comprender cosas que nunca había comprendido". (Eugenia de Montijo)
- 20) **zaguán** — C: pieza cubierta que sirve de vestíbulo en la entrada de una casa. "Mis primas bajaron a toda prisa, penetraron en el *zaguán* y empujaron la entornada puerta al fondo..." (Teresa de la Parra)

Calificación

- | | | |
|-------------------------|-----|---------------|
| 20 respuestas acertadas | ... | sobresaliente |
| 15 a 19 acertadas | ... | notable |
| 12 a 14 acertadas | ... | bueno |
| 9 a 11 acertadas | ... | regular |

*La Resurrección es el
milagro central de la fe
cristiana. ¿Qué sucedió
realmente aquella extraña
y confusa mañana,
hace cerca de 2000 años?*

El fin es la vida

POR FREDERICK BUECHNER

BIEN SABÍA Dios que Pilato ya había soportado muchas cosas a los viejos: primero, insistieron en que procesara a aquel hombre por ofensas a la piedad judía, cuando nada podría importar menos al romano que la piedad de los judíos; luego lo habían amenazado con dar malos informes de él si no cedía a sus instancias y mandaba ejecutar al hombre, lo cual acabó haciendo, por supuesto, aunque no sin antes advertir que, para él, aquel a quien acusaban era inocente. Y al día siguiente de cumplida la sentencia allí los tenía de nuevo, importunándolo: el mismo grupo de sumos sacerdotes y fariseos, que seguía machacando a Poncio Pilato con sus quejas y peticiones.

—Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: “Después de tres días resucitaré”. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, porque no vengan quizá de noche

sus discípulos y lo hurten, y digan a la plebe: “Ha resucitado de entre los muertos”. Y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero.

Con toda paciencia les contestó Poncio Pilato:

—Ahí tenéis la guardia: Id y ponedla como os parezca.

Entre todos los grandes pintores del mundo, Rembrandt es el que yo escogería para pintar aquella escena. Le pediría que lo hiciese con luces y sombras: el salón donde Pilato recibe a los delegados, casi enteramente a oscuras. La luz emana principalmente del rostro barbado de los ancianos judíos; rostros piadosos, llenos de arrugas. Al oír la respuesta del romano, los ancianos se miran entre sí, con sus desvaídos ojos muy abiertos de confusión. “Poned la guardia como os parezca...” Pero, ¿será ello muy seguro? Mueven los labios, mas sin emitir sonido alguno. Dios sabe que tienen buenas razones para estar medrosos.

Y es que, bajo el temor que

expresaron los ancianos judíos a Pilato, hay otro miedo: que el crucificado vuelva realmente a la vida, como lo ha prometido; que el cuerpo ahora sepultado, desfigurado por las mutilaciones sufridas en la cruz, vuelva acaso a respirar, a levantarse envuelto en el sudario, para avanzar hacia ellos con su indecible poder.

¿Qué puede hacer un anciano para evitar que se levante el Sol? ¿Cómo pueden unos soldados cerrar el mundo a los milagros? ¿Cómo hemos de hacerlo nosotros?

La técnica de los sacerdotes y fariseos consistió en sellar la tumba con una gran piedra y apostar luego a un grupo de soldados para que montaran guardia; mas, aun para aquella época, esto era un tanto burdo. La cuestión no es tratar de impedir que el suceso ocurra (esto equivaldría a intentar detener el viento con una ametralladora), sino, cada vez que ocurre, explicarlo de algún modo para refutarlo, tergiversarlo, impugnarlo de una forma o de otra. Y nosotros, en la actualidad, encontramos muchas maneras de hacerlo.

Podemos decir que la historia de la Resurrección significa, sencillamente, que las enseñanzas de Jesucristo son inmortales, y que su verdad y sabiduría perdurarán siempre. O podemos afirmar que la Resurrección significa que el espíritu de Jesucristo es inmortal, que Él

mismo vive entre nosotros, en el bien que dejó tras de sí, en la vida de todos los que siguieron su esplendoroso ejemplo. O podemos decir que el lenguaje en que los Evangelios describen la Resurrección de Jesús es un lenguaje poético que da a entender una verdad más profunda que la del lenguaje literal: la llegada de la primavera al retornar la vida a una tierra yerta, el renacimiento de la esperanza en el alma desolada.

Tratamos de señalar que estos son los únicos milagros de que trata la Resurrección; pero no es así. A su manera, todos ellos son milagros, pero no son el milagro, este milagro central al que apunta toda la fe cristiana; pues si aquella extraña y confusa mañana no hubiese ocurrido algo real y verdadero, no habría Nuevo Testamento, no habría Iglesia, no habría cristianismo.

¿Qué creo yo que haya ocurrido realmente en aquella mañana, al tercer día de la muerte de Jesucristo? Cuando yo era joven, ni en sueños habría pensado en hacerle tal pregunta a un sacerdote; y aún hoy, tendría que conocer muy bien a alguno para plantársela. Me refiero al hecho mismo, directo, escueto, al hecho que en cierto modo no se puede siquiera mencionar: ¿Qué creemos que realmente sucedió? De haber estado allí el lector, ¿qué cree que habría visto?

Cierta noche me encontraba sobre el puente de un pequeño carguero inglés en mitad del Atlántico. Hablaba con un joven oficial que es-

FREDERICK Buechner es sacerdote presbiteriano y autor de varios libros, entre ellos *A Long Day's Dying*, *Open Heart* y *The Faces of Jesus*.

taba tratando de distinguir las luces de algún otro barco en el horizonte. Y me explicó que, para ello, no hay que mirar al horizonte mismo, sino al cielo y justamente encima del horizonte preciso. Descubrí que estaba en lo cierto. Y desde entonces he aprendido que este es también el modo de percibir otras cosas.

No creo que, de haber estado yo allí, hubiese mirado directamente a la tumba, al peñasco que la cerraba. No creo que hubiera podido hacerlo, aunque lo hubiese intentado, con aquella luz singular y húmeda, entre la noche y el alba, en la cual no es posible fijar mucho tiempo la mirada sin que el objeto contemplado empiece a desaparecer. No. Yo habría mirado por encima de la tumba, o a un lado.

Uno de los guardias duerme en el suelo; con un brazo rodea su casco; el otro brazo aparece extendido sobre la hierba húmeda. Se agita y murmura en sueños. Luego, tendido de espaldas en la oscuridad, abre de pronto los ojos y ve el fuego de millones de estrellas.

O bien las hojas de un olivo, verdes grisáceas, inmóviles en el aire inmóvil. Nada se mueve. En esto, de alguna parte, se levanta una brisa, fuerte, fresca, con el olor del amanecer: abajo, cada hoja de olivo es del color de la plata.

Una voz grita, viva y dulce, lejana como la voz que oye un niño y lo llama a casa al término de un largo atardecer estival. Luego se oyen pasos apresurados.

De lo que creo que habría visto

y oído si yo hubiera estado allí, no puedo decir más. Nadie puede decirlo con verdad. Creo que ni siquiera los testigos presenciales acertarían a decirnos más, de haber estado cerca y despiertos.

Pero sí puedo decir esto: lo que creo que ocurrió, y con gran fe y gozo proclamo, es que de algún modo Él se levantó, lleno de vida nuevamente y nimbado de gloria. Hablo aquí con toda llaneza, sin fantasías, pese a que yo mismo no comprendo muy bien mi propio lenguaje. Yo no estuve allí para verlo, como tampoco esta mañana estaba despierto para ver salir el Sol; pero lo afirmo con tanta certeza como afirmo que, por la gracia de Dios, el Sol salió hoy por la mañana, pues por ello está el mundo inundado de luz en estos momentos.

Él se levantó. Dijo: "No temáis". Hombre rico, hombre pobre, niño; enfermo, agonizante; hombre que no puede creer, hombre aterrado, hombre perdido. Hombre joven que te queda toda una vida por delante. "No temáis".

Dijo: "Apacienta mis ovejas", y por ello nosotros, como los sumos sacerdotes y los fariseos, tratamos de cerrar herméticamente esa tumba. Porque eso es lo que Él dice siempre: "Apacienta mis ovejas... mis corderos". Y de eso tratamos de librarnos, sabedores de las terribles necesidades de los corderos, sabedores de nuestra propia abundancia, de nuestras propias y terribles necesidades.

Él dijo: "Y estad ciertos que yo

mismo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos".

Ansiedad y temor son los sentimientos que mejor conocemos en el terrible siglo nuestro. Guerras y rumores de guerras. Oímos tantas noticias trágicas que, cuando la nueva es buena, no llegamos a escucharla.

Pero el día de Pascua proclama que todo va bien. Y no lo declaro así con optimismo ciego, sino porque veo el mundo como Jesucristo

lo vio: un mundo destruido, oscuro, alejado de Dios. No obstante, al final se cumple su voluntad y no la nuestra. El amor es el vencedor. La muerte no es el fin. El fin es la vida. Su vida, y nuestras vidas en Él y a través de Él. En profundidades de belleza, misterio y bienaventuranza, la existencia tiene más de lo que haya osado soñar el visionario más insensato. Cristo nuestro Señor ha resucitado.

oooooooooooooooo

Humorismo militar

EL OFICIAL de mando del campamento de la Real Fuerza Aérea resolvió que todos debíamos tomar parte en un simulacro. La mitad del personal iba a atacar la base y la otra mitad a defenderla. El impopular ejercicio se practicaba hacía ya tres horas cuando comenzó a llover. Se disparaban cartuchos de salva con poco entusiasmo a nuestro alrededor. De repente oímos el silbido de dos proyectiles que rebotaron contra el techo del edificio del cuartel general. Casi inmediatamente sonó la sirena, dando la señal de que el ejercicio había terminado, y por los altavoces se oyó la siguiente petición: "El soldado que hizo los dos disparos que ganaron esta guerra, tenga la bondad de presentarse al cuarto de guardia". —E.J.M.

DURANTE la segunda guerra mundial un grupo de soldados australianos iba marchando pesadamente por una selva de Nueva Guinea. De pronto un pájaro muy exótico voló a un árbol que se alzaba delante de ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó uno.

—Un ave del paraíso —le contestaron.

Con un suspiro de cansancio, un tercero observó:

—Pues me parece a mí que la pobre ha venido a parar muy lejos de su tierra. —M.N.

EN ITALIA completábamos nuestra ración de guerra con huevos que comprábamos en el mercado local. A la hora del desayuno los entregábamos para que los friese el cocinero, que se mostraba cada vez más irritado y acabó quejándose a un oficial. Entonces, en la orden del día de la compañía, apareció este aviso: "Todo aquel que quiera desayunar un huevo frito deberá ponerlo sobre la mesa antes de las 6:30 de la mañana". —R.C.



La versión 1976 de la famosa película es básicamente igual que la antigua historia de La bella y la bestia, pero los efectos especiales conseguidos ahora son una maravilla de la magia cinematográfica.

Condensado de "TIME"

King Kong regresa a la pantalla

A DECIR verdad, nada hay tan absurdo como la historia amorosa de la pareja más extraña de la leyenda popular: una bellísima rubia y un simio de más de 12 metros de estatura, de aspecto y maneras feroces, pero en el fondo un desmañado adolescente que se comporta con aparatosa torpeza al enamorarse por vez primera.

A pesar de todo, la antigua película de *King Kong*, estrenada hace 44 años, resultó un éxito, y parece que incluso en nuestros días, presuntamente más refinados, la nueva versión fílmica, que ha costado 24 millones de dólares, va a alcanzar igualmente un triunfo arrollador. ¿Será acaso la victoria definitiva de los efectos especiales sobre el sentido

"TIME" (25-X-1976). © 1976 POR TIME INC., TIME & LIFE BLDG., ROCKEFELLER CENTER, NUEVA YORK, N.Y. 10020.
FOTO: © 1976 POR DINO DE LAURENTIIS CORP. TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

común? ¿O un extraño deleite sexual, portentoso pero presentado con tranquilizadora inocencia? ¿O es sólo un espectacular número teatral?

Todas estas preguntas carecen probablemente de contestación. Pero nadie dudó nunca de la fuerza del tema, por ridículo que parezca en letra de imprenta. *King Kong* fue inventado por Merian Cooper, uno de los precursores de la aviación y productor de cine, quien comprendió intuitivamente que, si bien la leyenda de *La bella y la bestia* perdería gracia al convertir a la bestia en un simio gigantesco, en cambio ganaría en vigor primitivo. Un ser así podría incluso matar a su novia humana si por accidente perdiese el dominio de su temperamento, fundamentalmente inocente y bondadoso.

¡Qué razón tenía Cooper! El *King Kong* original se estrenó en 1933, justamente a raíz de la crisis económica que obligó a Franklin Delano Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos, a cerrar los bancos. Aun así, el filme produjo un ingreso bruto de 90.000 dólares en los cuatro primeros días de su exhibición en Nueva York, y ha conservado su popularidad a través de una serie infinita de reposiciones. Y lo que es más importante, el enorme antropoide, alto como una casa, se ha convertido en elemento esencial de la cultura *pop*, desde las historietas gráficas hasta la propaganda comercial.

Los efectos especiales, por supuesto, son la base misma del atracti-

vo de la película. Ciertamente se puede decir con justicia que el común denominador de los grandes filmes de Hollywood (filmes tan distintos entre sí como *El exorcista*, *Terremoto* y *Tiburón*), que producen millones de dólares, son sus efectos especiales, la magia cinematográfica de que hacen gala. Desde el comienzo del rodaje se creyó que el nuevo *King Kong* se sostendría o fracasaría en razón directa al realismo con que el gigantesco simio apareciese en la pantalla. Pero tal juicio erraba en buena parte.

El director inglés John Guillermin, al tener que hacer frente a un retraso en la producción y al compromiso que él mismo se había impuesto de dejar lista la película en diciembre de 1976, debió empezar el rodaje antes de que nadie tuviese clara idea del aspecto que presentaría *King Kong* ni de la forma en que se le haría operar. Aunque los técnicos encargados de la nueva versión tenían una alta opinión de los efectos especiales del primer *King Kong* (magníficos para su época), nadie quería repetir lo hecho entonces (ni lo hecho posteriormente en centenares de filmes baratos sobre monstruos), esto es, construir un mono en miniatura, colocarlo en decorados a escala, moverlo por medio de fotografía intermitente y combinar luego los trozos de película con aquellos en que figurasen actores vivos. Desde el principio el productor, Dino De Laurentiis, se inclinó por hacer algo gigantesco. Cuando negociaba con Guillermin

el contrato para la dirección cinematográfica, De Laurentiis le dijo a voces: "¡John, te voy a hacer un monstruo de 30 metros de altura!"

Bueno, quizá exageró un poco. En el foro 17 de la Metro-Goldwyn-Mayer hay una criatura que, una vez armada, mide 12 metros de estatura y va montada sobre un armazón de aluminio de tres toneladas y media; su "carne" está hecha de látex y recubierta de 459 kilos de cerdas de cola de caballo cosidas mechón por mechón. Las entrañas del simio están formadas por 950 metros de mangueras hidráulicas y unos 1400 metros de cables eléctricos. Lo mueve un equipo de 20 operarios, cada uno de los cuales manipula una palanca con la que el mono hace un solo movimiento. Todo esto costó 1.700.000 dólares. Y aunque esta ingente construcción se usó a fondo en una secuencia solamente, ha compensado hasta el último centavo gastado en ella. Al ver la película es imposible adivinar dónde termina la actuación del monstruo artificial y dónde empieza la de otras figuras de King Kong más móviles y manejables.

La mayoría de las secuencias en las que se ve a King Kong marchar enfurecido por la selva o vagabundear irritado por la Ciudad de Nueva York, las hizo un hombre vestido de simio: Rick Baker, maquillador, de 25 años de edad, "ligeramente chiflado por los gorilas", que empezó confeccionando disfraces de grandes antropoides para su propio entretenimiento, mucho an-

tes de firmar un contrato con De Laurentiis para dar forma al rostro y la figura de King Kong. Baker se puso uno de sus propios disfraces y empezó a hacer de Kong en decorados a escala, de modo que, siendo él de estatura regular, aparecía en ellos como de 12 metros. El estudio intensivo que había hecho de los antropoides resultó de la mayor utilidad. Comenta Guillermin: "Me pasé varias semanas en diferentes parques zoológicos observando a los gorilas, especialmente en sus movimientos, y me quedé atónito cuando Rick se puso su disfraz simiesco. Parecía un gorila en todos sus gestos y formas de moverse".

A Rick también le divirtió aquello... aunque no siempre. "Me figuro que al desaparecer dentro de mi traje de gorila y golpearme el pecho, se me produce una especie de transferencia de poder. Se siente uno en verdad potente bajo tal disfraz". Por supuesto, no todo era para Rick miel sobre hojuelas, ya que, dentro de su traje de látex cubierto de piel de oso, la temperatura ascendía a 35 o 40° C. y el hombre perdía dos kilos cada día de trabajo a fuerza de sudar. Además, no era dueño de sus movimientos faciales. Tenía que ponerse cinco máscaras diferentes según fuese el talante de King Kong en determinada escena. Las máscaras cambiaban de expresión, pero no a voluntad de Baker: eran los "músculos" faciales hidráulicos, manejados por técnicos, los que distorsionaban las facciones del antropoide dándoles el

aspecto de sonrisa, muecas malhumoradas o furia desatada.

Probablemente la pieza más notable de King Kong es su par de brazos gigantescos, que el gorila emplea principalmente para levantar y acariciar a Jessica Lange, ex modelo de 27 años hoy convertida en actriz, que hace el papel de la amada de King Kong. Las manos miden 1,80 metros de anchura y los brazos pesan 750 kilos cada uno. Se proyectaron y se hicieron por separado del cuerpo del simio y se suspendieron luego de una grúa para levantar a la joven hasta una altura de 10 o 12 metros.

Los enormes dedos se manipulaban hidráulicamente y se llegó a temer que careciesen de suficiente flexibilidad y aplastaran a Jessica accidentalmente. La actriz, sin embargo, no pasó más que un par de malos ratos al ser agarrada por su enamorado. Una vez la mano que la perseguía descendió sobre ella con excesiva brusquedad y la estrujó contra el suelo de la selva hasta hacerle daño. En otra secuencia, cuando King Kong, en vena amorosa, acaricia los hombros y el rostro de la joven, debe darle también una palmadita en la cabeza. Uno de los técnicos calculó mal el movimiento y le atizó un golpe que hizo ver las estrellas a la actriz. El efecto de estas secuencias es tan impresionante como las dificultades que causó su realización, sobre todo cuando se trató de fundir perfectamente las tomas humanas con las del monstruoso simio, lo que se hizo empleando téc-

nicas complejísimas de doble exposición.

A diferencia de Fay Wray, que en la versión original de la película apenas tenía que hacer otra cosa que gritar y desmayarse, el papel de Jessica es el de una joven actriz del cine actual, que por acaso entra en escena al naufragar el yate en que navegaba. Una vez recuperada del choque que le produce el verse alzada la primera vez por King Kong, en un momento espectacular, la actriz lo trata como a los simioscos gerifaltes del mundo cinematográfico con quienes ha tenido que lidiar en su carrera. Ha de hacer uso de todos sus recursos: la impotencia ("Me dan vértigo las alturas"), la ira ("¡Monicaco asqueroso!"), el improvisado análisis psicológico, tras de golpear a su raptor ("Esto es una muestra de inseguridad, como cuando te da por derribar árboles"), e incluso una mañosa seducción ("Mi signo es Libra, ¿cuál es el tuyo?"). Finalmente, la actriz y King Kong inician cierta... bueno, una relación más bien íntima que entre Fay Wray y su gigantesco galán nunca se definió claramente. Teniendo en cuenta que Jessica Lange actuaba, en la mayor parte de estas escenas, frente a un artefacto y no un actor, y que algunas veces trabajaba ante una señal marcada en la pared, en el punto donde luego, en la película terminada, habría de verse al gorila, su interpretación resulta notable.

King Kong tiene también mayor encanto que el de hace 44 años. Ahora ya no mordisquea nerviosa-

mente a los seres humanos, como lo hacía en la primera versión al sentirse angustiado. Uno de los momentos de mayor emoción se produce cuando Jessica, intentando escapar de él, cae en un charco de lodo. El antropoide la levanta tiernamente y con ella a cuestas va al trote hasta una cascada donde le da una buena ducha, la enjuaga luego sumergiéndola en el agua y, por último, teniéndola todavía entre sus manazas, la seca completamente con sus vigorosos resoplidos.

La inocencia de King Kong conmueve al espectador que contempla la suerte singularmente enternecedora del gorila, cuando este se yergue en lo más alto de los edificios del World Trade Center, en Nueva York. De Laurentiis decía no hace mucho en su inglés pronunciado con marcado acento italiano: "Tengo aquí una estupenda aventura, una gran historia de amor. Cuando muere Tiburón, nadie llora, pero cuando muera el gorila, mucha gente se va a echar a llorar".



EL MAR es "agua" sólo en el sentido en que esta es la sustancia que predomina en él. En realidad, el mar es una solución de gases y sales. Un kilómetro cúbico de agua marina contiene 30 millones de toneladas de sal, hasta 10 toneladas de plata, seis de oro, siete de uranio, para no mencionar 120.000 toneladas de calcio.

—*Science and the Sea*



CUANDO mis abuelos vinieron a visitarnos hace poco, mi abuelo se fijó en el automóvil estacionado frente a nuestra casa.

—¿Es tuyo ese auto que está allí afuera? —preguntó.

—A veces —repuso mi padre, sonriendo.

Algo desconcertado, mi abuelo preguntó por qué sólo a veces.

—Pues bien —le explicó mi progenitor—, cuando el auto está recién lavado, pertenece a mi esposa. Si hay un baile en alguna parte, le pertenece a mi hija. Cuando hay juego de fútbol, a mi hijo. A mí sólo me pertenece cuando el tanque de gasolina está vacío.

—R.H.

Solidaridad animal

EN IRVINE (California) la sección local del Sindicato Internacional de Jornaleros se declaró en huelga contra el Lion Country Safari, célebre parque zoológico, en demanda de aumento de salarios para los obreros de mantenimiento del lugar. Cuando los huelguistas aparecieron con sus carteles a la entrada del parque, pronto se les unieron unos manifestantes cuadrúpedos. Marchando al lado de los trabajadores iba un desfile de los animales del zoológico. Las jirafas llevaban colgados letreros en que pedían cuellos menos largos; los camellos, otros en que exigían tres gibas, y los elefantes ostentaban carteles que rezaban: "Aplastemos las teclas de los pianos".

—UPI

“Mujeres y niños primero”

POR EL CAPITÁN P. S. SHARP

LA TARDE del miércoles 25 de febrero de 1852 era cálida y despejada en Simon's Bay (Sudáfrica) cuando 638 soldados, tripulantes y pasajeros se preparaban para la última etapa de su viaje a bordo del *Birkenhead*, barco inglés de transporte de tropas. La nave había partido de Irlanda el 7 de enero con refuerzos para los regimientos que combatían en la octava guerra fronteriza, en el Eastern Cape. Entre las personas que iban a bordo había 20 mujeres y niños que iban a reunirse con sus maridos o padres.

La travesía había sido un viaje de luna de miel para el alférez Lawrence Metford, destinado al sexto batallón de infantería, y su novia, Maria Falkiner, natural de Irlanda. Metford se despidió de Maria, quien desembarcó en Simon's Bay, donde pasaría un largo lapso de soledad y espera en país extraño. Ninguno de los dos pudo imaginar entonces que su separación sería definitiva. Antes de que pasaran nueve horas, Metford y unas 440



personas más iban a morir en circunstancias que establecerían una singular tradición de disciplina y valor frente al peligro en alta mar.

El *Birkenhead*, navío de 1900 toneladas, era un vapor construido de acero, impulsado por ruedas de paletas y aparejado con tres mástiles. Tenía 64 metros de eslora y, con sus máquinas de 560 h.p., en condiciones favorables, navegaba a ocho nudos. Al mando de su tripulación, eficaz y bien disciplinada, iba el experimentado capitán Robert Salmond, de la Real Armada inglesa.

A las 6 de la tarde el *Birkenhead* levó anclas. Navegando a través de

CUADRO DE THOMAS HEMY, REPRODUCIDO CON AUTORIZACIÓN DEL MUSEO BLACK WATCH, DE PERTH (ESCOCIA).
FOTO: DR. W. H. FINDLAY.



False Bay (Bahía Falsa), la tripulación cayó pronto en la ordenada rutina de una travesía costera. El Sol no tardaría en ponerse tras la escarpada península, y los soldados disfrutaban en cubierta del aire puro y refrescante. A popa, cerca del tambor de la rueda de babor, el marinero encargado de sondear anunciaba el braceaje con un sonsonete.

En la oscuridad, el *Birkenhead* pasó frente al cabo Hangklip, en el extremo sudoriental de False Bay. Allí la tierra se extiende en una gran ensenada y luego sigue, ha-

PERCY SHARP, que empezó su carrera de marino en 1940, es capitán ayudante de puerto en Table Bay (Ciudad del Cabo).

*Y entonces, entre ternos,
plegarias y premuras y ruina,
débiles gritos, débiles
preguntas que sin respuesta
quedaban,
la orden del coronel se recibió,
y así sobre cubierta
para luego morir se nos formó.*

—SIR FRANCIS DOYLE

ciendo una curva, hacia Danger Point (Punta Peligrosa), 27 millas más lejos. Entre ambos lugares el agua es profunda, pero la profundidad disminuye rápidamente cerca de la Punta. Quizá tratando de apresurar la travesía, el capitán Salmond marcó un rumbo que pasaba a tres millas de Danger Point.

Todo marchaba bien cuando el capitán Salmond dejó el barco en manos del guardia de turno y se retiró. Un vigía observó la tierra tres puntos a babor, y el que sondeaba ya no conseguía marcar las brazas, pues la profundidad era mayor que la longitud de 25 brazas de su sonda. Sin embargo, fuera por un error de brújula o por una corriente que empujara hacia la costa, el hecho es que el barco navegaba oblicuamente hacia los mortíferos bajos... y hacia la tragedia. Apenas había terminado el centinela de dar las "cuatro campanadas" que anunciaban las 2 de la madrugada, cuando ocurrió un choque terrible y desgarrador contra una roca sumergida, que rasgó la plancha delantera de la quilla.

Despertado por la sacudida, el capitán Salmond se precipitó a cubierta y ordenó que pararan las máquinas. Apreció rápidamente la mala situación en que se hallaba su barco e intuyó la enormidad del desastre. Entonces, con calma, ordenó a sus oficiales y tripulantes que hicieran subir a cubierta a las mujeres y los niños, y que echaran al agua los botes salvavidas, cuyo número era de ocho, escasamente con espacio para una tercera parte de los pasajeros y la tripulación.

Con el primer alud terrible de agua que se precipitó en el barco, muchos soldados se ahogaron en sus hamacas, en la cubierta inferior destinada a la tropa. Otros, más afortunados, salieron de abajo, atropelladamente, topándose y empujándose unos a otros en su precipitación. Se requería serenidad para dominar entonces a los soldados y demostró tenerla el teniente coronel Alexander Seton, el oficial militar de más alta graduación que venía a bordo. Seton dijo a sus oficiales, en términos claros y vigorosos, que mantuvieran el orden y se asegurasen de que fueran obedecidas las instrucciones del capitán Salmond. Este ordenó que las máquinas dieran marcha atrás, sin duda con la esperanza de librar de la roca a su averiado barco. Fue un error fatal. Abajo, Charles Renwick, primer maquinista ayudante, observó con horror que la sentina de estribor se combaba hacia arriba y que el agua se precipitaba adentro por el boquete abierto en

la plancha, con lo cual varios fogoneros se ahogaron. Tambaleándose, Renwick subió a cubierta y corrió a popa a informar al capitán.

Para entonces la situación era crítica. Algunos botes salvavidas no podían utilizarse porque su aparejo estaba podrido, y las violentas sacudidas del navío dificultaban más todavía los esfuerzos para botar los restantes. En aquel caos, sólo se bajaron al mar tres botes: dos cúteres y una lancha. Las mujeres y los niños estaban aterrorizados, y los hicieron bajar por el costado del barco hasta uno de los cúteres, que quedó a cargo de Rowland Richards, ayudante del capitán. La actitud tranquila y firme de los oficiales calmó a los soldados y marineros, y los botes se apartaron del navío.

Dando bandazos y rozando contra las rocas, la parte delantera del barco se desprendió. Los horrorizados ocupantes de los botes vieron que la proa del barco se empinaba vuelta al cielo al venirse abajo el palo de trinquete y oyeron los gritos desesperados de los hombres que caían al mar.

La proa desapareció bajo el agua, y cuando se rompió el último de sus estayes, la alta chimenea cayó estrepitosamente, cual árbol derribado. Algunos soldados murieron destrozados y otros resultaron brutalmente heridos, pero se mantuvo firme la disciplina. Formaron a popa a los restantes, con lo cual quedó preparada la escena para el dramático momento final. El capitán Sal-

mond, que había mostrado gran serenidad y resolución durante todo este tiempo, trepó entonces un poco por el aparejo de mesana y dio a voces su última orden.

Según el cirujano Robert Bowen, el capitán dijo: "Los que sepan nadar harán muy bien en lanzarse al agua y tratar de salvar la vida". Sin embargo, el capitán Edward Wright, segundo en jerarquía entre los oficiales del ejército que iban en el barco, afirma: "El capitán pidió a todos los oficiales y soldados capaces de nadar que saltaran por la borda y trataran de alcanzar los botes salvavidas". Fuera cual fuese el sentido de las palabras del capitán Salmond, el hecho es que los oficiales del ejército entendieron al instante las consecuencias. El teniente coronel Seton se puso de un salto ante las filas de soldados y les dirigió el llamamiento que trasformaría aquella situación trágica en hazaña perdurable de heroísmo y sacrificio:

"¡Firmes! Les ruego que no se precipiten sobre los botes de las mujeres y los niños. Los hundirían".

En su mayoría los soldados procedían de familias humildes, pues era una época en que el duro servicio militar venía a aliviar la carga opresiva de la pobreza. Su breve carrera en el ejército no era suficiente para haberles inculcado la ciega disciplina de los veteranos curtidos en el servicio. Sin embargo, teniendo que afrontar esta terrible decisión, de pie en la inclinada cubierta de un barco que cabeceaba, a punto de zozobrar, la inmensa ma-

yoría respondió al llamamiento de Seton: sólo tres abandonaron la formación y se lanzaron al agua por la borda; los demás, unos 200 soldados, se dispusieron a morir.

Su espera no fue larga. En unos minutos el zarandeado buque se rompió por el medio con horrible rechinar de hierro y crujir de madera. La cubierta de popa se inclinó hacia atrás, y algunos de los hombres resbalaron, saltaron o fueron arrojados a las aguas, que vorazmente se cerraron sobre el casco roto de la nave. Poco después sólo se veían sobre las olas el mastelero mayor y la cofa. El fin del capitán del *Birkenhead* llegó súbitamente. Cuando trataba de llegar a un tablón que flotaba en el mar, Robert Salmond, alcanzado por un mástil, se hundió.

Los que escaparon del remolino del hundimiento tuvieron que afrontar un nuevo horror: ¡tiburones! "Vi a dos hombres desaparecer dando un grito", contó Cornet Bond. "En esos momentos el mar estaba cubierto de formas que luchaban con el agua, mientras el griterío por los botes era terrible".

El barco había zozobrado a unos 2300 metros de Danger Point, pero el haber sabido esto no habría llevado ningún consuelo a los desesperados naufragos. En tales condiciones, incluso unos pocos centenares de metros habrían sido demasiado para las fuerzas de la mayoría de ellos. Los que corrieron con suerte (Edward Wright entre ellos) se las arreglaron para asirse a alguno de

los restos flotantes del naufragio y la corriente los arrastró a la costa.

Entonces recayó una dura responsabilidad sobre el joven Rowland Richards. A lo largo de esta costa, batida por las olas, hay pocos lugares donde pueda llevarse un bote a tierra sin peligro. Al ver que su embarcación estaba casi en las rompientes y en peligro de zozobrar, Richards bogó hacia atrás, mar adentro, y advirtió a los otros botes que se alejaran de allí. Al clarear el día, el cúter de Richards navegaba hacia el noroeste.

De pronto uno de los que iban con Richards dio un grito: "¡Miren! ¡Un barco!"

Los ocupantes del bote volvieron mar afuera los ojos cansados y orlados de sal. En efecto, vieron una goleta. Los que iban a los remos bogaron con fuerza en persecución desesperada, mas sólo para conocer el gusto amargo de la frustración cuando la embarcación se alejó sin verlos siquiera.

Horas después reapareció el mismo barco. Era la goleta *Lioness*, mandada por su armador y capitán, Thomas Ramsden, que había encontrado un bote salvavidas y ya volvía en busca de otros sobrevivientes. Después de hacer pasar a bordo a los ocupantes del cúter de Richards, se dirigió al sitio del naufragio. Allí le esperaba un espectáculo asombroso: 35 soldados asidos al mastelero mayor y la cofa de la embarcación perdida. Eran entonces las 2 y pico de la tarde; por tanto, aquellos hombres habían pasado

12 horas aferrados a su precaria percha. Ramsden los rescató y puso rumbo al puerto.

Entre tanto, el tercer bote salvavidas había tocado tierra en D'Urban Cove, a 18 millas del lugar del naufragio, con nueve sobrevivientes a bordo. Otros lograron nadar hasta la costa. En total, sobrevivieron 193 personas, lastimoso número si se tiene en cuenta que fueron 638 las que habían zarpado de Simon's Bay. Cuando se dio razón de todas ellas, la pobre Maria Metford debió afrontar la brutal tragedia de la viudez menos de una semana después de haber concluido su luna de miel en el barco. "Acabo de ir a verla", escribía un oficial en una carta dirigida a los suyos, "y parece más muerta que viva".

El tribunal militar de la Armada, en Portsmouth (Inglaterra), juzgó culpable al difunto capitán Salmond por navegar demasiado cerca de la costa, pero atenuó este juicio el elogio hecho a su serenidad y valentía en los 20 minutos del desastre. Por ironía del destino, su error hizo posible una demostración de heroísmo que jamás ha sido superada y que estableció para siempre el precepto que ordena: "Mujeres y niños primero".

El firme valor mostrado por los oficiales y soldados a bordo del *Birkenhead* pasó a formar parte de la tradición naval con el nombre de El ejercicio Birkenhead: caso legendario que hoy se recuerda cuando los fuertes han de socorrer a los débiles en alta mar.

Apuntes de todas partes

THUBTEN Norbu, hermano del Dalai Lama, escribe acerca del Tíbet: "El calendario tibetano tiene días buenos y también malos, pero una costumbre muy sensata del país nos permite quitarle cualquier fecha desfavorable; así, por ejemplo, en vez de contar el fatídico 13, sencillamente lo soslayamos contando el 14 dos veces". —W.H.H.

EL ITINERARIO aéreo más corto del mundo es el que cubre la distancia de una milla y media aérea entre Papa Westray y Westray, en las islas Orcadas, situadas frente a la punta norte de la costa de Escocia. "El vuelo debe efectuarse, según el plan, en dos minutos", dice el piloto Andy Alsop. "Pero cuando hago el viaje con viento favorable, puedo reducir ese tiempo a 70 segundos". —Q.M.

CUANDO un niño manchú llega a la edad de aprender a andar, sus padres, en muchos casos, le bordan en la punta de los zapatos sendas cabezas de tigre. Esperan ahuyentar así a los malos espíritus, y que el chiquillo adquiera la firmeza de paso de aquel animal. —T.T.F.

EL GANADOR de la "grabación más original" en un concurso de graba-

ciones de la vida silvestre en Inglaterra, fue un señor de Gloucestershire que presentó una cinta magnetofónica con el ruido de un caracol al masticar lechuga. —F.W.F.

LOS BOMBEROS de Casper (Wyoming) gozan de una insólita prestación: un baño sauna. Después de apagar incendios a temperaturas de 35° C. bajo cero, comenta el jefe, "enviamos a los bomberos al sauna, donde se descongelan y quedan listos para combatir el próximo fuego". —W.S.J.

CIERTA expedición arqueológica que excavaba las ruinas de la antigua ciudad de Afrodisia, en Turquía, descubrió a la entrada de los baños públicos una inscripción en que se leía: "El cliente será responsable de la pérdida de cualquier cantidad de dinero que lleve en monederos o en cinturones no registrados al entrar". —K.T.E.

HAY MANÍA por los tapacubos de automóvil en Yugoslavia. El nuevo símbolo de prosperidad de los trabajadores migratorios de este país consiste en colgar a la puerta de su casa un tapacubos de coche norteamericano. Los obreros que regresan de desempeñar trabajos bien

remunerados en otros países de Europa gustan de ostentar su riqueza comprando un auto extranjero gran-



de, de preferencia norteamericano. Y algunas de las casas más elegantes están decoradas con accesorios de automóvil.

—N.S.

LETREROS colocados junto a los peldaños que se han fijado a varios árboles grandes en un parque nacional de África: "En caso de em-



bestida de rinoceronte, suba ocho pies (2,43 m); si se trata de un elefante, trepar 14 (4,26 m) sería más prudente".

—B.B.

UNO DE los elementos más conocidos del paisaje de Holanda es el molino de viento, que allá tiene en sus aspas un modo de comunicarse. La clave está en la posición de las cuatro velas. Si detienen la de arriba marcando la una del reloj, significa que hay buenas noticias, como el nacimiento de un niño, por ejemplo. Si hay una muerte, el aspa que queda arriba indicará las 11. Para

anunciar un matrimonio las dos velas superiores, decoradas con banderolas, oropel, flechas de Cupido, coronas de flores y corazones de papel, estarán señalando la 1:50. Y a veces de las aspas colgarán dos jaulas: una para el novio y otra para la novia.

—N.L.B.

UN TRIBUNAL japonés suspendió la construcción de un camino que habría destruido un bosque de cedros de 500 años de antigüedad, aunque el costo de desviar la carretera sería del equivalente de unos 48 millones de dólares. El juez dictaminó: "Si se dispone de tiempo y dinero, se puede hacer una carretera, pero nadie será capaz de reponer una parte de nuestra herencia cultural una vez que se haya destruido".

—I.W.

A LA Comisión de Festejos del Bicentenario de Estados Unidos, en Buckeye Lake (Ohio) le negaron permiso para celebrar un desfile, porque una nueva ley hacía responsable al Estado de las heridas acci-



dentales que ocurrieran. Así pues, la Comisión resolvió celebrar un "desfile al revés". Los participantes se estuvieron quietos en su sitio, mientras fue pasando a su lado el público que quiso verlos.

—UPI

La "Rosa del Norte" de Tailandia

Aunque los viajeros ya la "descubrieron", esta ciudad sigue ejerciendo exótica e invariable atracción.

Por WILLIAM WARREN

EMPEZABA a refrescar el aire, cierto anochecer de octubre, cuando detuve el automóvil en lo alto de una colina que domina un ancho valle, a 700 kilómetros al norte de Bangkok y de la atmósfera sofocante y contaminada de esta ciudad, situada a nivel del mar. A mis pies se extendían verdes arrozales y huertos. Un dorado templo budista brillaba a lo lejos, y una carreta de anchos ejes, tirada por bueyes, rodaba lentamente por un camino. Sobre los árboles se veían los tejados de una ciudad, y más allá otras colinas que a lo lejos se convertían en montañas azules. Al momento se disiparon

Un templo de Chiang Mai, construido en su mayor parte con madera de teca.





Montañeses en un rato de descanso

las tensiones acumuladas en nueve horas al volante. Me hallaba de regreso en Chiang Mai, la "Rosa del Norte", lugar que desde hace mucho tiempo me tiene subyugado con su especial encanto.

Hace unos 15 años, siendo yo recién llegado al Asia, algunos amigos míos de Bangkok insistieron en

que fuera a visitar la ciudad norteña, que es la segunda de Tailandia, aunque sólo tiene unos 85.000 habitantes. En aquel retiro montañoso contemplaría yo los más hermosos paisajes y el mejor clima del país, según me dijo uno de aquellos amigos. Otros me aseguraron que encontraría las mejores artesanías, las mujeres más bellas, la mayor profusión de templos, el más auténtico gusto de la tradicional vida tailandesa.

Allá fui, pues, con la intención de quedarme tres días. Permanecí dos semanas y he vuelto al lugar siempre que me ha sido posible, para descubrir en cada visita que hice nuevos deleites. Yo sabía que, desde mi último viaje tres años antes, Chiang Mai ya había sido descubierta por los viajeros interna-



Sombrillas puestas a secar al sol en la "aldea de las sombrillas"



"Danza de las uñas" en una procesión kathin

cionales. Ahora está unida a Bangkok por un vuelo diario y una carretera abierta al tráfico en 1969. En el año de 1975 más de 100.000 turistas visitaron a Chiang Mai, y la ciudad figura en la actualidad como la atracción más popular de Tailandia, después de Bangkok. No podía menos de preguntarme hasta qué punto sus legendarias bellezas sobrevivirían a tanta atención.

Pero me preocupaba infundadamente. A pesar de los grandes hoteles modernos, los restaurantes extranjeros y los autobuses turísticos con clima artificial, la atmósfera

propia de Chiang Mai casi no ha variado.

Chiang Mai fue fundada en 1296 por el rey Mengrai después de unir varios principados del norte y de celebrar un pacto de amistad con el reino de Sukhothai, situado al sur. Una leyenda asegura que el asiento de la ciudad fue elegido como consecuencia de haberse observado allí una notable concentración de animales albinos, considerados de buen agüero: dos ciervos *sanbhur* (especie ahora extinguida), dos ciervos ladrones, y un ratón con cinco ratoncitos, todos blancos.

Noventa mil hombres trabajaron para terminar, en sólo cuatro meses, los muros originales de la ciudad, y el templo Wat Chiangman, construido en 1297, aún está en pie con su célebre Buda de cristal, al que se atribuye el poder de hacer llover y de mantener alejados a los malos espíritus. Todos los años, el primero de abril, al culminar la temporada de sequía, llevan al Buda por toda la ciudad en procesión.

La ciudad tiene cerca de 100 templos budistas, de los cuales hay más de 1000 en la provincia. Los templos se caracterizan por su obra de madera de teca primorosamente labrada. Muchos se adornan con delicadas tracerías cubiertas de relucientes gemas artificiales y con ángeles de aspecto infantil.

Chiang Mai pasó a formar parte de Tailandia a fines del siglo XVIII, pero permaneció aislada, tanto en lo geográfico como en lo cultural. En 1867 los primeros misioneros protestantes tardaban meses enteros en llegar allá desde Bangkok, viajando en parte por el río y en parte a lomo de elefante. De hecho, el viaje a Chiang Mai siguió siendo una ardua empresa hasta muy entrado el presente siglo, pues el ferrocarril no se inauguró hasta 1921. Incluso hoy, no obstante la influencia de la televisión, el cine y el turismo, aún tiene sus propias costumbres y tradiciones, su propio dialecto y su cocina propia.

Paseando por la población no tarda uno en advertir la especial calidad que la distingue. Chiang Mai

no es en sí una ciudad excepcionalmente bonita, a pesar del río Ping que la atraviesa por el centro, y de las montañas y las selvas frescas que la rodean. La impresión que causa es consecuencia de una combinación de detalles que forman una especie de mosaico.

En las umbrosas calles de los barrios residenciales, las casas de madera, incluso las de familias acomodadas, tienden a ser sencillas. Están casi escondidas en huertos de árboles frutales: mango, chayote, guanábana, guayaba y una frutilla parda con sabor a nuez llamada *lamyai*, producto del norte muy estimado. En los pórticos y los troncos de los árboles florecen orquídeas silvestres en increíble profusión, formando cascadas azules, amarillas y de color de malva. Casi todas las casas tienen a la puerta una tinaja de barro colmada de agua fresca para apagar la sed de los viandantes.

Aún suele encontrarse en el corazón de la ciudad gente de alguna tribu que ha bajado de las distantes montañas para hacer compras. En el mercado principal vi una muchacha meo que bien podía haberse escapado del cuaderno de dibujo de algún viajero medieval. Luciendo una falda plegada de *batik* con un ceñidor de encendido color rojo, un turbante rojo dos veces más grande que la cabeza y montones de pesada joyería de plata, examinaba algunas palanganas de plástico como si se tratara de objetos insólitamente preciosos.

Las tribus, étnicamente diferen-

tes, de las cuales existen unas 20, van desde conjuntos numerosos y refinados, como los meos, hasta grupos casi desconocidos, como el de los phi thong luang, o "espíritus de las hojas amarillas". Aunque las seis tribus principales se han asentado en aldeas permanentes, una de las cuales incluso se ha convertido en punto de escala en el circuito turístico, otras más pequeñas son nómadas y se desplazan más o menos libremente, cruzando las fronteras de Birmania y Laos, y viviendo en lugares apenas citados en los mapas y donde no hay caminos. Hasta hace poco los únicos, forasteros que tenían bastante contacto con ellos eran misioneros cristianos dispuestos a vivir a una distancia de dos o tres semanas de caminata desde la ciudad más próxima, y mercaderes que los visitaban para comprar el opio que durante siglos ha sido su producción más importante. Sin embargo, últimamente las tribus han atraído el interés de las autoridades tailandesas, de la UNESCO y del fondo de las Naciones Unidas contra el abuso de drogas, quienes esperan convencerlas de que renuncien al cultivo del opio.

Cuando visité a Chiang Mai por primera vez, las artesanías tribales (hermosos bordados, sutiles telas caseras y joyas de plata espléndidamente repujada) eran conocidas únicamente por un puñado de personas que las obtenían de los misioneros. En la actualidad hay media docena de lugares que sólo venden artículos de las tribus montañosas.

Chiang Mai ha sido también celebrada durante muchos años por sus propias artesanías locales. Mucho tiempo atrás se congregó a los diferentes artesanos en aldeas especializadas, a extramuros de la ciudad. Todavía existe un villorrio de nombre Bor Sarng dedicado enteramente a producir sombrillas pintadas con alegres colores.

Un día, al ir por la calle Wua Lai, llamada también "Calle de la Plata", oí a todo lo largo de ella un rítmico golpetear sobre metal. Las vitrinas de las tiendas estaban llenas de tazas ligeras y elegantes destinadas a las ceremonias. Aunque parezca extraño, la principal fuente del metal, desde hace muchos años, son viejas monedas acuñadas en los días del *raj* (o dominio) británico en Birmania. Ni en Chiang Mai ni en sus alrededores hay mineral de plata, ni lo ha habido nunca.

No lejos de allí se encuentra "la aldea de la laca". Las mejores piezas de laca se empiezan con finas tiras de bambú que se entretejen hasta darles la forma deseada. A continuación las revisten con una delgada capa de resina, las ponen a secar, las pulen con ceniza o con arcilla en polvo, y luego las vuelven a recubrir. Se dan de tres a diez capas de laca antes de pulir la pieza hasta dejarla resplandeciente, y antes de aplicarle los dibujos, por lo general en pan de oro. El fabricar una de tales tazas, que se venden por el equivalente de 50 centavos de dólar, es trabajo de varias semanas.

Gran número de tiendas venden figuras talladas en madera de teca, especialmente elefantes, símbolo de longevidad. En otro tiempo había manadas de elefantes salvajes en las selvas, pero en la actualidad casi todos han sido capturados y domesticados. Cierta día fui en automóvil hasta un bosque, a unos 50 kilómetros de la población, para observar a un grupo de elefantes en su labor, que consistía en arrastrar troncos de teca desde un claro del bosque hasta el río, cuyas aguas los llevarían flotando a los aserraderos.

Al terminar el trabajo los elefantes fueron conducidos al río para que se regalaran con un baño. Los animales se zambulleron en la corriente parda y veloz, echándose agua sobre el lomo con la trompa, mientras los cornacas los limpiaban con cepillos de mango largo. En la selva fresca e inmóvil, la escena resultaba inmemorial y mágica.

Por desgracia, mi visita a Chiang Mai tocaba a su fin, pero todavía tuve tiempo de presenciar los *kathin*, ceremonias propiciatorias que se celebran concluida la cuaresma budista. Grupos de personas, en muchos casos empleados de una misma casa comercial, recogen dinero para algún templo y luego componen alegres procesiones para llevar sus regalos a los monjes.

Presencié los preparativos de un numeroso *kathin* para ponerse en marcha. Los músicos eran jóvenes vestidos con traje escarlata, adornado de oro, y llevaban platillos, batinetes y largos tambores de cuero.

Las muchachas, con ajustada blusa de seda y *sarong* ricamente bordado, lucían largas uñas curvas de latón, con las cuales ejecutarían la famosa *fawn lep* o "danza de las uñas". Otras alistaban un "árbol del dinero": una gran rama en que las hojas iban remplazadas por billetes de banco, cuyo número aumentaría con las aportaciones de los espectadores a lo largo del camino al templo.

A una señal, los tambores empezaron a sonar a ritmo frenético, las bailarinas se situaron tras ellos, un viejo camión, donde iba el árbol del dinero, arrancó trabajosamente y la procesión tomó por la calle principal. El tráfico se detuvo. En los cruces las muchachas bailaban y recogían nuevos donativos para el árbol del dinero. Mucho tiempo después de haber perdido de vista la procesión, seguía yo escuchando el batir de los tambores, que se confundía gradualmente con los ruidos habituales de la ciudad.

Recordé que la siguiente Luna llena marcaría el momento de celebrar la *Loy Krathong*, la más importante de las festividades anuales de Chiang Mai, durante la cual miles de diminutas lámparas flotantes, con forma de flor de loto, se abandonan a la corriente como homenaje a los espíritus del río. Habría desfiles, concursos de belleza, danzas de las uñas, banquetes. Era una lástima tener que partir. Pero yo sabía que regresaría en cuanto me fuera posible, incapaz de resistir al encanto inalterable de Chiang Mai. ❧❧❧

*El amor se manifiesta a veces
de extrañas maneras...*

Algún día se lo diré a mis hijos

POR ERMA BOMBECK

“**T**ú no me quieres!” ¿Cuántas veces nos habrán espetado este reproche nuestros hijos? ¿Y cuántas, como madres o padres, nos habremos aguantado las ganas de decirles lo mucho que los queremos?

Algún día, cuando estén en edad de comprender los móviles de la conducta de una madre, les diré a mis hijos:

Te amaba lo suficiente para fastidiarte preguntando, cada vez que salías, adónde ibas, quién te acompañaba y a qué hora volverías a casa.

Te amaba lo suficiente para callarme mi opinión y dejarte descubrir por ti mismo que aquel amigo que habías escogido tan cuidadosamente era un pelma cualquiera.

Te amaba lo suficiente para hacerte devolver la pastilla de chocolate que ya mordías y confesar al tendero que la habías hurtado.

Te amaba lo suficiente para estarme dos horas viendo cómo ponías en orden tu habitación, tarea que yo habría despachado en 15 minutos.

Te amaba lo suficiente para no buscar disculpas a tus impertinencias y a tus malos modales.

Te amaba lo suficiente para no tener en cuenta lo que “todas las otras madres” hacían o decían.

Te amaba lo suficiente para adivinar tus mentiras... y perdonártelas después de confirmarlas.

Te amaba lo suficiente para dejarte tropezar, caer y fracasar para que aprendieras a valerte por ti mismo.

Te amaba lo suficiente para aceptarte tal como eres, sin pensar en lo que yo querría de ti.

Y sobre todo, te amaba lo suficiente para negarte algo a sabiendas de que me detestarías. Eso era lo más difícil de todo.

¿Qué hacer para evitar los ronquidos, que significan el fin de las ilusiones románticas?

Se puede dejar de roncar

Por MARCIA COHEN

LOS AUTÉNTICOS ronquidos rasgan el silencio de la noche cual pesado camión de carga que acelera con el escape abierto. Tan formidable estruendo destroza el sistema nervioso del oyente con el mismo efecto devastador de una sierra de cadena en la tala de bosques. En la oscuridad de una madrugada insomne, al borde de la paranoia, los ronquidos se antojan un acto agresivo: "Soy el rey y mi sueño es sagrado", parece decirnos el roncador. "Vosotros, simples vasallos, debéis permanecer despiertos".

Claro está que a plena luz del día, una vez restablecida en su integridad nuestra capacidad de raciocinio, juzgaremos absurda la atribución de móviles psicológicos a un hecho puramente fisiológico. Los ronquidos no son otra cosa que la vibración de la lengua y el velo del paladar en estado de flaccidez. Generalmente se debe a que se relajan los músculos de la faringe, y el relajamiento de ninguna manera es un acto agresivo. Es decir, la persona que ronca no lo hace con la intención de incomodar a nadie.

Según ciertos cálculos, ronca el 15 por ciento de la población total, y quizá hasta el 50 de la gente de edad avanzada. Winston Churchill figuró entre los roncadores renombrados, según Marcus Boulware, director del Programa de Lenguaje y Audición de la Universidad Agronómica y Mecánica de Florida, y autor del libro *Snoring*. Al decir de Boulware, roncan por igual hombres y mujeres. La vejez, las alergias, la inflamación de las amígdalas, las deformaciones nasales, las prótesis dentales mal ajustadas y los excesos al fumar, ingerir bebidas alcohólicas y comer son factores que agravan el mal. No todos los roncadores están sobrados de kilos, pero entre ellos figura un número de

CONDENSADO DE "LADIES' HOME JOURNAL" (OCTUBRE DE 1976). © 1976 POR DOWNE PUBLISHING, INC.,
641 LEXINGTON AVE., NUEVA YORK, N.Y. 10022.

gordos suficientemente grande para establecer cierta relación causal entre los dos fenómenos.

Roncar puede representar una advertencia de peligro. La persona que lo hace durante toda la noche, y se siente excesivamente cansada de día, posiblemente sufra de apnea. Mientras duerme, el roncador quizá produzca de repente un ruido explosivo, y deje de respirar durante unos cuantos segundos hasta poco más de dos minutos. Este paro respiratorio representa una sobrecarga para el organismo, y puede dar origen a la hipertensión arterial y a diversas afecciones cardíacas.

Únicamente una proporción reducida de los roncadores padece la apnea durante el sueño, y 90 por ciento de estos casos son del sexo masculino. Hasta la fecha la única cura radical que se conoce para este mal es la traqueotomía, esto es, una abertura que se hace en la tráquea, el conducto por el cual circula el aire que respiramos.

Pero suprimir los ronquidos comunes y corrientes es algo totalmente distinto. Entre las medidas terapéuticas que recomiendan los especialistas, figuran las siguientes:

Autohipnosis: Según Boulware, el hábito de roncar puede curarse mediante la autosugestión, que es una forma de autohipnosis. La persona que ronca deberá repetirse a sí misma: "No voy a roncar ni esta noche ni ninguna otra". Tiene que contar con la ayuda de otra persona encargada de despertarlo cada vez que ronque, y, antes de dor-

mirse de nuevo, deberá concentrar la mente en llegar a dominar el mecanismo de los ronquidos, es decir, los músculos de la parte posterior de la garganta. Boulware mismo se pasó "cientos de horas" practicando lo que él describe como "sueño crepuscular", o sea, mantenerse en el estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Durante todo este tiempo el mencionado autor conservaba cerrada la boca, y por tanto dejaba de roncar. El siguiente paso, explica Boulware, consistió "en encargarse esa misma tarea a la parte subconsciente de la mente".

Pelota anti-ronquidos: Este método de impedir los ronquidos tuvo su origen en una original costumbre, corriente en los tiempos de la guerra de independencia de los Estados Unidos, y que consistía en coser esferitas metálicas en el dorso de las camisas de noche para evitar que los combatientes durmieran tumbados de espaldas, postura que propicia los ronquidos. En lugar de estos pesos metálicos, quizá hoy resulte más práctico meter una pelota de tenis dentro de un calcetín y fijarlo en la espalda de la chaqueta del pijama. Sólo que este procedimiento tiene una grave falla: puesto que el roncador contumaz se queda dormido sobre cualquier superficie, pronto se habitúa a dormir como un bendito sobre la pelota de tenis.

Tapones para los oídos: Los hay de caucho, plástico o cera de abeja, y son capaces de amortiguar un ruido fuerte, aunque no bastan para impedir la percepción de ronquidos

de muy alta sonoridad. Los más fuertes pueden alcanzar una intensidad de 69 decibelios, esto es, apenas por debajo de los 70 a 90 producidos por los taladros neumáticos que se emplean para fragmentar el hormigón.

Almohadas: La persona que acostumbra roncar se coloca una almohada ordinaria debajo de la barbilla, de manera que le mantenga cerrada la boca. "El cojín puede conservarse en tal posición apoyando en él un brazo o los dos", escribe Boulware, y añade: "De esa forma es posible que una persona duerma durante muchas horas sin roncar".

Horario escalonado para acostarse a dormir: A veces resulta eficaz si la "víctima" de los ronquidos de otro se acuesta y se queda dormida antes que el roncador inicie su serenata. La mayoría de los condenados a soportar ronquidos se quejan más de no poder conciliar el sueño al acostarse, que de despertar en plena noche.

Cirugía: Se trata de una medida radical, indicada únicamente en caso de que existan anormalidades estructurales de las vías respirato-

rias, como deformaciones graves de la nariz y la garganta. Pocos cirujanos estarán dispuestos a practicar operaciones de este tipo sólo para evitar que el paciente ronque.

Algunos terapeutas creen que las disputas conyugales por los ronquidos de uno de los consortes son sólo un pretexto que enmascara conflictos de otro tipo. Otros estudiosos de la materia han llegado a sugerir que roncar quizá sea la manifestación de un sentimiento de insuficiencia o de una desilusión, o pudiera ser que las personas ronquen porque están contentas. Así como el perrito hambriento disfruta de su comida, la persona que ronca se regodea en su sueño. O dicho en otros términos, se siente en santa paz consigo misma y con el mundo.

Tal es, por tanto, el estado de la cuestión. Los especialistas no se han puesto de acuerdo con respecto a este fenómeno. Si el lector está seguro de tener la solución del problema, le aconsejamos que escriba un libro para explicarla. Sin duda será un éxito, pues todo el mundo sigue esperando un buen remedio... y mientras tanto, roncando.

Nada es peor que ser alabado por un canalla.

—Robert Schumann

La buena suerte es una oportunidad aprovechada.

—L.T.

JAWAHARLAL NEHRU: Cuanto más viejo soy, más juzgo a las personas por su carácter y no por sus ideas.

—André Malraux en *Anti-Memoirs*

TENEMOS que resignarnos a ir envejeciendo, ya que este es el único medio conocido hasta hoy para vivir mucho tiempo.

—D.F.A.



El proyectil que más temen los rusos

La tecnología moderna ha transformado un concepto antiguo en una prodigiosa arma nueva

Por RALPH KINNEY BENNETT

Brotó de debajo del mar cual un géiser blanco, un esbelto cilindro de 6,40 metros de longitud. De unas ranuras abiertas en sus costados brillantes y lisos salieron pequeñas aletas y estabilizadores, al mismo tiempo que se encendía un turborreactor y lo hacía subir a 300 metros de altura.

Inclinándose lateralmente, descendió en ángulo hasta unos 15 metros por encima de la superficie y apuntó raudamente hacia tierra. Poco después pasaba sobre un conjunto verde y borroso de árboles, campos y techos. Para los habitantes de la región, fue un ruido y una sombra que desaparecieron al punto.

Ante él, a lo lejos, se dibujaba una colina. Dentro del cilindro, una computadora no más grande que una hogaza modulaba una orden a través del sistema de dirección; el proyectil se elevó ligeramente, salvó la colina y descendió por la ladera opuesta. Durante más de una hora devoró kilómetros pegado al contorno del paisaje. Por último voló sobre una llanura ondulada y fijó su fría mirada electrónica en una faja de cemento y una línea de aviones con estrellas rojas pintadas en sus costados. El viaje del cilindro volador terminó en un relámpago de exterminio y un rugido de destrucción absoluta. Allí, y en miles más de objetivos militares de diversas regiones de la Unión Soviética, los Estados Unidos respondían a un ataque nuclear inicialmente lanzado contra ellos.

En estado de guerra, así funcionaría un proyectil de crucero disparado desde el mar (SLCM, en inglés). Por su asombrosa exactitud y porque puede eludir el radar del enemigo, el proyectil de crucero es ahora de lo más prometedor como medio de mejorar la capacidad estratégica norteamericana ante el constante reforzamiento militar de los soviéticos.

El primer proyectil de crucero que entró en servicio (fundamentalmente era un avión sin piloto y lleno de explosivos) apareció durante la segunda guerra mundial, cuando los ingenieros de Hitler produjeron la "bomba voladora" que aterrizó a Inglaterra. Poste-

riormente los Estados Unidos perfeccionaron sus propios proyectiles de crucero: el Matador en 1950, y la Maza en 1959. Ahora, tras extensas investigaciones y pruebas con prototipos, se encuentran listas para entrar en plena producción dos nuevas versiones de esta arma, si el Congreso estadounidense aprueba el gasto: el proyectil de crucero lanzado desde el aire (ALCM), de la Fuerza Aérea, de 4,25 metros de longitud, que puede ser llevado bajo las alas o en el compartimiento de bombas de un bombardero y lanzado desde distancias de 1100 kilómetros del blanco; y el SLCM, construido para la Marina y designado Tomahawk, que se dispara desde los tubos lanzatorpedos de los submarinos y que tiene un alcance de por lo menos 3700 kilómetros.

Cuesta relativamente poco construir cualquiera de estos dos proyectiles, pues en ellos se aprovechan los sistemas ya perfeccionados que sirvieron para otros programas. Los dos emplean el mismo motor turbo-reactor y los principales componentes del sistema de dirección. Se calcula que el costo promedio de cada uno de esos proyectiles es de unos 600.000 dólares, escasamente la décima parte del costo de un proyectil balístico intercontinental (ICBM).

El proyectil que más temen los soviéticos es el de la Marina, pues el Tomahawk vuela tan bajo que no puede descubrirlo el radar entre la confusa masa de imágenes a nivel del horizonte. Y así no presenta al enemigo el punto flaco de cual-

quier proyectil de crucero: su poca velocidad (800 k.p.h.), que ordinariamente lo convertiría en presa fácil de los proyectiles o cañones antiaéreos disparados desde tierra y dirigidos por radar.

El secreto de su extraordinaria característica de vuelo se encuentra en el sistema de dirección, llamado TERCOM o comparación de terreno. El Tomahawk lleva en su computadora una biblioteca electrónica de mapas precisos, que muestran diversas rutas hacia determinados objetivos en la Unión Soviética. Mientras el proyectil avanza a poca altura de la superficie terrestre, su sistema de dirección envía señales para "leer" el terreno abajo y a los lados. Después compara lo que "ve" (colinas, ríos, valles, llanuras) con el mapa correcto de su biblioteca. Si el proyectil se ha desviado, en milésimas de segundo salen hacia las superficies de control impulsos que lo vuelven a su ruta. Todo el mecanismo de dirección que va dentro del proyectil ocupa un espacio de sólo unos 28 decímetros cúbicos y pesa menos de 40 kilos.

Por su poca velocidad, los proyectiles de crucero casi no se pueden considerar armas provocadoras, para dar el "primer golpe". Sin embargo, amenazan a la Unión Soviética en dos formas distintas:

1. *Ponen en peligro toda la capacidad bélica soviética.* La lista o "paquete" que ahora tienen los Estados Unidos de objetivos militares en la Unión Soviética contiene unos 40.000: catálogo asombroso

de emplazamientos subterráneos de proyectiles, fábricas de tanques, cuarteles de tropa y depósitos de armamento, bases aéreas, diques para submarinos e instalaciones de radar. La mayoría de esos objetivos se encuentran agrupados cerca de las más importantes ciudades soviéticas. Por su exactitud excepcional, los proyectiles de crucero que se lanzaran contra esos blancos muy probablemente estallarían a menos de 10 metros del centro del objetivo mismo, con lo que se reduciría al mínimo el peligro de que cayeran en centros de población. Tal precisión también permite emplear misiles nucleares más pequeños y aun explosivos comunes, para destruir, por ejemplo, una instalación militar de defensa antiaérea.

Así pues, los proyectiles de crucero son un medio para atacar, en un plazo de horas, virtualmente todos los elementos de la capacidad bélica de la Unión Soviética. Los blancos "urgentes por razón del tiempo" (sobre todo los arsenales de proyectiles teledirigidos) recibirían primeramente el impacto de los misiles balísticos norteamericanos, que irían desde el lugar de lanzamiento hasta el punto de detonación en unos 25 minutos. Los proyectiles de crucero, "lentos, pero seguros" hablando en términos relativos, saldrían en pos de objetivos secundarios, aunque no menos decisivos.

2. *Obligarían a los soviéticos a modificar profundamente sus erogaciones en armamento.* En el curso

de varios años los soviéticos pueden erigir una defensa contra los proyectiles de crucero. Por ejemplo tendrían que perfeccionar mucho sus actuales sistemas de radar. "Eso es precisamente lo que quisiéramos que hiciesen", declara Malcolm Currie, director de Investigación e Ingeniería de la Defensa en el Pentágono. "Les costaría varios miles de millones de dólares, y así los obligaríamos a gastar en la defensa en vez de dedicar ese dinero a los medios de ataque".

El nuevo interés de los norteamericanos por el proyectil de crucero se despertó en los acuerdos de limitación de armamentos estratégicos (SALT I), concertados en 1972, cuando renunciaron en la mesa de negociaciones a un sistema de proyectiles antibalísticos (ABM) evidentemente superior y dieron a los rusos superioridad cuantitativa en proyectiles balísticos intercontinentales (ICBM). En el Pentágono, y especialmente entre los jefes del Estado Mayor Conjunto, se llegó a la convicción de que los Estados Unidos habían cedido demasiado en nombre de la *détente* o relajamiento de tensiones. El secretario de la Defensa, Melvin Laird, propuso entonces que se perfeccionara el proyectil de crucero como parte de un conjunto de "iniciativas estratégicas". Gracias a los adelantos inesperadamente rápidos en los sistemas de dirección, en la microelectrónica y en la miniaturización de los misiles propiamente dichos, o cabezas de los cohetes de guerra, y a la ma-

yor eficacia de los pequeños motores turborreactores, el proyectil de crucero se ha convertido realmente en un arma nueva.

Los soviéticos se han sentido profundamente afectados por esos adelantos, pues su propio proyectil de crucero (el pesado y difícil de manejar SS-N-3, conocido como Shaddock o Toronja) se lanza desde un submarino, tiene un alcance de unos 1000 kilómetros y generalmente se le guía hacia su objetivo por señales enviadas desde un barco o avión que se encuentre en la zona. No es extraño que los rusos pretendan que se restrinja la producción de los proyectiles de crucero norteamericanos.

La era de distensión se ha caracterizado por la voluntad soviética de negociar cuando las pláticas pueden servir para anular alguna ventaja de los estadounidenses. Robert Hotz, director general de *Aviation Week & Space Technology*, publicación de prestigio internacional, y observador asiduo de las actuales negociaciones sobre limitación de armamentos, afirma: "Los Estados Unidos quedaron muy superados en estrategia durante SALT I por el clásico gambito ruso del peón por el caballo. Los Estados Unidos prescindieron de su tecnología superior en proyectiles de defensa, a cambio de una limitación en el sistema soviético contra proyectiles que es extremadamente ineficaz". Posteriormente los rusos violaron repetidas veces los acuerdos de SALT I para recuperar el terreno tecnoló-

gico perdido, al probar en secreto y modificar 1000 lanzadores antiaéreos existentes de tal suerte que sirvan para disparar los proyectiles antibalísticos.

El Krémelin parece dispuesto a utilizar el mismo gambito en el caso del proyectil de crucero. En Vladivostok, en noviembre de 1974, el presidente Ford y el primer ministro soviético Leonid Brezhnev convinieron en "rematar la carrera armamentista", acordando que cada país limitara a un total de 2400 sus lanzadores estratégicos. Aunque en esa junta no se mencionó el proyectil de crucero, en las siguientes semanas fue evidente que los negociadores soviéticos habían tenido muy en mente esa arma: sostuvieron que el límite de 2400 lanzadores incluía a los proyectiles de crucero. Los negociadores norteamericanos se opusieron y durante un año apenas avanzaron las negociaciones.

Por último, en enero de 1976, los rusos presentaron una propuesta modificada, consistente en que el Tomahawk no se empleara en submarinos, sino que se instalara solamente en 25 barcos de superficie. Sugirieron, además, que su alcance se limitara a 600 kilómetros, con lo que virtualmente quedaba eliminado como arma contra la gran masa continental soviética. Los Estados Unidos podrían tener proyectiles de

crucero lanzados desde el aire, pero todos los bombarderos que llevaran diez o más proyectiles de crucero contarían como lanzadores MIRV (vehículos de reingreso con cabezas múltiples, apuntadas independientemente). Puesto que el máximo permitido, según se propone es de 1320 lanzadores MIRV de Estados Unidos, de los cuales actualmente se encuentran desplegados 1286, la propuesta soviética permitiría únicamente el empleo de 34 aviones que llevaran proyectiles de crucero. A cambio de esa concesión los soviéticos se han limitado a ofrecer seguridades de que su bombardero conocido como Backfire (cuyo radio de acción aún está en disputa) no tendrá en la Unión Soviética bases de despegue desde las cuales pueda atacar a los Estados Unidos sin necesidad de reabastecerse de combustible en el aire.

Tal es la situación actual, aunque hay algo que parece muy claro: si los Estados Unidos acceden a esas propuestas, los soviéticos se habrán librado casi por completo de la amenaza que pesa sobre ellos con el proyectil de crucero norteamericano. El hecho mismo de que Moscú continúe esforzándose para llegar a un acuerdo tan unilateral, prueba que el proyectil de crucero es un arma formidable contra el deseo soviético de la superioridad militar.



MI PADRE puso una puerta vieja cerca del cubo de la basura, escribió en ella "Favor de llevarse esto" y dejó una propina.

Al día siguiente el dinero ya no estaba, y sobre la puerta habían escrito: "Muchas gracias".

—G.I.W.

Sentido para mi existencia

Por JOAN MILLS

*La soledad nos puede llevar a la tristeza
del aislamiento y la desesperación,
pero también, si se procede con juicio, al gozo
del conocimiento de nosotros mismos.*

DESDE mi nacimiento hasta la edad madura (durante más de 40 años) viví en el seno de la familia. Crecí en el círculo de una familia y formé otra. La familia constituía el centro mismo de mis días, de mis pensamientos y deseos. Pero luego el tiempo y las circunstancias se combinaron para alterar el curso de mi vida.

Mi padre murió. Mi matrimonio terminó en divorcio. Mi madre se volvió endeble y sonreía confusa cuando la besaba. "¿Quién es esta mujer que tanto se parece a Joanie?" la oí preguntar a su enfermera. Mis tres hijos eran ya mayores y hacían su vida cada vez más fuera de casa, y yo me aproximaba a lo que nunca había imaginado: a una existencia solitaria.

Llegó una mañana duramente decisiva: mi última mañana en la casa que había albergado tan gran

parte de la vida familiar. Palpé las paredes en señal de despedida y me sentí rodeada de espectros, invadida de un tierno pesar que abrazaba mi historia entera. Recordé las brillantes energías que tuvieron mis padres tiempo atrás, la dulce esperanza que animó los comienzos de mi matrimonio. Evocaba yo a los niños gateando, arrastrando un juguete y otro con un cordel, me parecía oír voces infantiles en el prado. Lloré por los cumpleaños, por las fiestas de Navidad, las comidas diarias servidas para nosotros cinco.

Y luego seguí al camión de mudanzas hasta la aldea vecina, a un diminuto apartamento que me aturdió con su extrañeza. Al oscurecer, rendida de cansancio, me senté en aquella solitaria quietud, y sufrí al pensar que tal vez permanecería sola durante el resto de mi existencia.

Es cierto que tenía hijos y amigos con quienes contar, pero no se me escapaba que, si no conseguía hacer de mí misma mi mejor recurso, nunca me sobrepondría a los temores que me embargaban.

En voz alta, para estar segura de oírlo, dije: *Ahora todo depende de mí*. Decidí que, de algún modo, asumiría la responsabilidad de mi salud, mi riqueza y mi felicidad. Establecería mis propias conexiones con el mundo y daría sentido a mi existencia. Tendría que ser mi propia compañía, mi crítica y mi consejera, de forma que estuviera asequible cuando necesitara auxiliarme a mí misma.

Al principio el solo sobrevivir parecía difícil. ¿Por qué? Yo era mujer madura. Me las había visto con casas, con la familia, con autos y obligaciones mundanas. Me había bandeado con nacimientos, muertes, huesos rotos, inundaciones e incendios. Entonces, ¿por qué me parecía estar aprendiéndolo todo por primera vez?

Consternada, pero decidida, martillé hasta lastimarme el pulgar... pero fijé en la pared los estantes. Hice frente al ratón que, atrapado en el aparador, azotaba enloquecido sus paredes. Estudié la jerga de las formas fiscales. Y cuando alguien me preguntaba: "¿Cómo está usted?" respondía: "¡Muy bien!" Poco a poco me fui sintiendo más segura, y luego intrépida. Celebraba cada uno de mis éxitos exclamando: "¡Mírenme! ¡Salí adelante!"

Había vivido convencida de la

fuerza y competencia de los otros, nunca de las mías propias. Ahora, deslumbrada, descubría que mis capacidades eran positivas. Era como encontrar una fortuna en el forro de una chaqueta vieja.

Aún había ocasiones penosas. Pero el estar sola tenía una ventaja: el espacio que me rodeaba daba cabida a la luz, iluminaba perspectivas que nunca había vislumbrado en medio de la familia. Comencé a comprender que en el mundo había mucho más de lo que yo percibí hasta entonces. Veía ante mis ojos una profusión de opciones; más modos de pensar y sentir, de ser y de obrar que los imaginados antes por mí.

"Esta es una curiosa aventura", escribí a una amiga. "No parece que esté aprendiendo nada que sirva especialmente para vivir a solas, como, por ejemplo, dónde comprar un pavo para una sola persona. En cambio, sigo descubriendo verdades que resultan útiles en cualquier parte y en cualquier tiempo: quién soy y cuáles son mis capacidades; qué vasto y diverso es el mundo".

Supongo que habré leído mil explicaciones de lo que es la felicidad. Yo tengo ahora mi propia explicación: cuando experimento o vivo algo que me interesa (un día radiante o un dulce silencio entre amigos, por ejemplo), la felicidad viene por sí misma. Llegué a la conclusión de que, por tanto, la dicha comienza con el hecho de interesarse, comienza en mí misma. El interés surge del ser íntimo, como

el amor; sale al exterior y se integra a la vida. Y eso es lo que yo quería: esta integración.

Sentí que me inundaba entonces un enorme torrente de optimismo. Sabía que me interesaban muchísimas cosas, y sabía bien cuáles eran. Si me interesaba en grado suficiente, la vida cobraría sentido. Me interesaban especialmente las personas. Para mí, ninguna otra cosa había tenido una significación comparable a la de las vidas humanas que formaban parte de mi existencia. Amigos, familiares, extraños bienvenidos; personas con quienes había trabajado; o de las cuales había leído u oído hablar; o que habían despertado mi curiosidad en algún lugar público.

Me interesaba conocer y ser conocida. Sentimientos, sueños, acciones, intimidades, secretos: todo importaba. El toque de una mano, tomar en brazos un recién nacido, el poder de una mirada. Incluso el escribir era, para mí, un medio de buscar la comunicación con otras personas.

Puedo gozar de todo esto, pensé, y me sentí inmensamente mejor. Podía seguir, como siempre, encontrando y apreciando a las personas y disfrutando su compañía. Mis hijos, con toda su independencia, no estaban perdidos para mí. Habíamos alcanzado un nuevo nivel de generoso placer al vernos madurar unos a otros, separadamente, sin duda, pero sin dejar de constituir una familia. Podía incluso incluirme a mí misma entre la gente por la que

me interesaba. Había aprendido a valorar mi propia compañía. Así, una serenidad duradera, una confianza en mí misma y en la vida remplazaron a la ansiedad que antes había sentido.

Buscando una oportunidad de ser útil, me puse a trabajar de archivera voluntaria en un servicio de sanidad mental cuya oficina principal se hallaba frente a mi casa. Llegué a entregarme tan de lleno a mi labor que el personal me adiestró en terapéutica. Con el tiempo me invitaron a participar en conferencias de profesionales, al principio en la ciudad más cercana, después en la más cercana región, y luego (¡el primer gran viaje de mi vida!) en Inglaterra y Gales.

"¡Cruza la calle y conocerás el mundo!" me decía maravillada.

Mis horizontes se ampliaban sin cesar a medida que me arriesgaba a utilizar otras oportunidades y a embarcarme en otras pruebas. Pero fue en mi población natal donde asimilé mi experiencia y donde alcancé mis bienes más inmediatos. Encontré paz y bienestar. La vida funcionaba debidamente para mí, mi hija y mis dos hijos. El mayor, el que había crecido haciéndome cobrar conciencia de mis defectos, me dio un día la sorpresa de abrazarme estrechamente y decirme: "¡Eres una mujer notable, mamá!" Y añadió: "Lo que no puedo entender es por qué razón no lo he advertido hasta ahora".

Recuerdo cierta noche en que los cuatro, en una rara reunión, estu-

vimos charlando hasta muy tarde. Después estuve desvelada, reflexionando en la amplitud de las maduras ideas de mis hijos, en su capacidad para interesarse por otros y por ellos mismos, en su vigorosa personalidad y su compasión.

¿Se casarían? ¿Tendrían hijos? Estaban mejor preparados para ambas cosas de lo que había estado yo misma. Y con tristeza pensé: *Viví mi vida en orden equivocado.*

Pero tal pesar ya desapareció. Soy algo más de lo que he sido durante estos años de vivir sola. Me ha for-

mado cuanto he conocido o hecho. Fui niña, y esposa y madre; tan educada por los pequeños a quienes mecí como por la presencia de mi madre, la voz de mi padre y el elástico optimismo de mi esposo.

Ahora he aprendido las lecciones de la soledad, sin duda imperfectamente, pero, no obstante, con provecho. Creo que es precioso saber que no estoy sola, ni aun aquí. Soy parte integrante de un mundo de infinitas posibilidades, donde la felicidad puede ser la merecida recompensa de nuestro interés.



Los rusos parecen estar cayendo poco a poco en las costumbres materialistas de Occidente, según el informe anual del *Advertising Standards Authority*.

En 1941, la *Enciclopedia Rusa* definía la publicidad así: "Palabrería; un medio de estafar a la gente y de imponerle mercancías con frecuencia inservibles o de valor dudoso".

Sin embargo, la *Gran Enciclopedia Soviética* de 1972 describe la publicidad de este modo: "La forma de popularizar mercancías con el propósito de venderlas, de fomentar su demanda, de familiarizar a los consumidores con su calidad y sus características particulares y con los lugares donde se venden; asimismo, es una explicación de los diversos modos de emplearlas".

—Times de Londres



EL LIBRO *Para conducir hábilmente por el método policiaco*, de John Miles, explica cómo prever lo que puede suceder, o "leer el camino", según dice él. Uno de los ejemplos se refiere al gran corredor argentino Juan Manuel Fangio, que corría con su Alfa Romeo el Grand Prix de Mónaco, celebrado en las sinuosas y estrechas carreteras de Montecarlo. Al llegar a una curva ciega muy difícil, Fangio notó algo extraño en el público: faltaba la acostumbrada mancha blanca, borrosa. Aplicó los frenos hasta llegar al recodo. Al no ver la mancha, razonó al instante que la multitud debía de estar mirando a otro lado, en vez de observar aproximarse su auto, así que todos tendrían que estar mirando algo que les interesaba más. Efectivamente, así era: contemplaban un hacinamiento de coches; casi la mitad de los que participaban en la carrera se habían estrellado.

—Davies

LA PRIMERA vez que Arthur Mitchell bailó en una representación del Ballet de la Ciudad de Nueva York, oyó a una señora del auditorio que exclamaba con incredulidad: "Mira, tienen un negro en la compañía". Arthur no

hizo caso del comentario, y siguió bailando tan bien que se ganó una ovación.

Fue aquella la primera vez que un negro aparecía en un papel estelar con una gran compañía de ballet, hace ya 22 años. Después

Llevó el ballet a los tugurios de Harlem

Arthur Mitchell introdujo el baile clásico en el barrio negro neoyorquino de Harlem, y de allí partió a la conquista del mundo entero.



POR PONCHITTA PIERCE

de ser reconocido internacionalmente como uno de los principales bailarines del prestigioso Ballet de la Ciudad de Nueva York, Arthur Mitchell está ahora demostrando a centenares de niños y niñas negros que ellos también pueden bailar el baile clásico si así lo desean. Para ello fundó en 1968 una escuela de artes que se llama el Teatro de la Danza de Harlem. Hasta la fecha se han matriculado en ella unos 8000 estudiantes, la mayoría negros. Algunos de sus graduados han ingresado en compañías de ballet y danza moderna y han bailado en los grandes teatros neoyorquinos y en la televisión. Algunos, como Ben Vereen, ya son estrellas.

La mayor parte de los niños que asisten al Teatro de la Danza nunca serán profesionales, pero la disciplina que adquieren con el baile, y especialmente en el ballet, tendrá gran importancia en otros aspectos de su vida. Los padres se maravillan de los cambios que experimentan sus hijos: algunos chicos que habían abandonado la escuela han vuelto a las aulas; otros, faltos de confianza en sí mismos y que estaban atrasados en los estudios, han demostrado notable mejoría en sus calificaciones.

"Ballet con alma". Lo extraordinario del Teatro de la Danza es que haya florecido en Harlem, barrio de Nueva York que para muchas personas sólo evoca tugurios, tráfico de estupefacientes y delincuencia. Situado en una tranquila calle residencial de casas de apartamentos

para familias de bajos ingresos, el edificio del Teatro de la Danza, de tres pisos, de ladrillo pardo y negros baldosines, no indica por su aspecto exterior la intensa actividad que se desarrolla dentro. Cuando salen de la escuela, los niños acuden en tropel a las clases del Teatro. En un vasto estudio, un grupo de chicos de ocho a diez años de edad se ejercita haciendo *pliés* junto a la barra de ejercicios. En otro, niños y niñas adolescentes se deslizan por el piso al compás de música de tambores. En el piso alto, otros chicos toman clases de guitarra mientras que, en el sótano, adolescentes y adultos aprenden a cortar y coser disfraces. Unos estudiantes se preparan para tramoyistas, diseñadores de iluminación o administradores de compañías teatrales, y para relaciones públicas. Toda esta instrucción la reciben por dos o tres dólares a la semana. Los estudiantes universitarios y los adultos pagan 25 dólares mensuales. Muchos estudiantes gozan de becas con dotación completa.

El Teatro de la Danza de Harlem es mucho más que una simple escuela de artes. Poco después de haberlo fundado, Mitchell formó también una compañía permanente de ballet clásico con personal negro exclusivamente, la primera de este tipo en el mundo. Contados eran los bailarines que tenían experiencia profesional al incorporarse al grupo. En efecto, casi todos eran alumnos de la escuela de Mitchell, pero lo que otras compañías tardan de nue-

ve a diez años en aprender, el Teatro de la Danza de Harlem lo logró en tres, con gran sorpresa de los especialistas, que no creían posible tal cosa.

La compañía hizo su presentación en Nueva York en 1971, en el Museo Guggenheim. Tres años después los bailarines estaban ya en Broadway, el centro teatral neoyorquino, signo seguro de que habían "llegado" en el mundo de la danza. Algunos meses más tarde el Teatro de la Danza dio su primera función en Londres en el Teatro Sadler's Wells, con lleno sin precedentes. A los ingleses les encantaron estos bailarines entusiastas y su estilo (en que se combina el ballet clásico con la fuerza y ritmo de la danza africana), descrito por Arthur Mitchell como "ballet clásico con alma".

Desde entonces la compañía ha visitado muchos países europeos. Ha representado ante el rey Olav V de Noruega, lo mismo que, en el Palladium de Londres, ante la Reina Madre de Inglaterra.

Monumento vivo. Arthur Mitchell, a los 43 años de edad, es hombre de elevada estatura, aspecto atlético, gran simpatía personal y extraordinaria energía y entusiasmo. Siendo un bailarín de primera, es también gran organizador y administrador. Cuando anunció que se proponía enseñar el ballet a los jóvenes negros, sus oyentes no se impresionaron. Muchos comentaron sencillamente que el cuerpo de los negros no se hizo para el ballet: pies excesivamente grandes o dema-

siado planos; huesos muy voluminosos o glúteos insuficientemente planos.

El asesinato de Martin Luther King, ocurrido en abril de 1968, espoleó a Arthur a entrar en acción. Estaba en un aeropuerto, en viaje al Brasil, donde trabajaba en la organización de una compañía nacional de ballet, cuando recibió la noticia. Profunda y dolorosamente impresionado, se preguntó: "¿Qué podré hacer yo en su memoria?" Y resolvió consagrarle un monumento vivo en Harlem.

Tres meses después empezó a ofrecer sus primeras clases de ballet en el sótano de la Escuela de Artes de Harlem, fundada años antes por Dorothy Maynor, soprano mundialmente famosa. Cuando los chicos se asomaban a ver qué pasaba allí, Mitchell los invitaba a entrar. Un amigo recuerda: "Lo cierto es que Arthur salía, agarraba a los chicos y los metía casi a rastras".

Era especialmente difícil atraer a los muchachos, porque decían que eso de bailar era cosa de mujeres. Pero Arthur les explicaba que el baile es tan difícil y tan exigente en materia de disciplina como los deportes. "¿Saben ustedes", les preguntaba, "que los bailarines gastan en una clase de 90 minutos más energía que un futbolista en todo un juego?" La barrera se rompió cuando unos muchachos se mostraron interesados. "¿Pero tenemos que usar mallas?" le preguntaron. Arthur les permitió que practicasen en pantalones cortos de mezclilla.

En 1971 el Teatro de la Danza contaba ya con 800 alumnos, que acudieron atraídos por lo moderado de las cuotas y por la excelencia de los instructores. Karel Shook, que había sido maestro particular de baile del propio Mitchell, vino de Europa, donde era profesor de baile y coreógrafo del Ballet Nacional de Holanda, para ocupar el cargo de codirector del Teatro. Entre los demás instructores figuran Mary Hinkson, en otro tiempo una de las primeras danzarinas de la Compañía de Martha Graham, y Tanaquil LeClercq, antes una de las principales bailarinas del Ballet de la Ciudad de Nueva York. La poliomielitis puso fin a la carrera de Tanaquil, quien ahora da sus clases instalada en una silla de ruedas, valiéndose de las manos para marcar la coreografía y precisar movimientos.

A medida que la escuela y la compañía crecían, Mitchell se mudó dos veces, primero a un desván y luego al sótano de una iglesia, con tuberías agujereadas y pisos pandeados. Para entonces empezó a buscar una sede permanente. Encontró una vieja fábrica, sucia de grasa, pero con grandes espacios abiertos y techos elevados. Para poderla comprar pidió ayuda a la esposa de Bernard Gimbel (de la cadena Gimbel de tiendas), que era entusiasta del Teatro de la Danza. La señora recorrió el edificio y preguntó cuánto le costaría. "Ciento diez mil dólares", le contestó Arthur con voz casi inaudible. Cuando la señora Gimbel dijo que la Fundación Bernard y

Alva Gimbel lo compraría, Arthur no pudo reprimir las lágrimas.

"Hombre de lucha". A pesar del gran prestigio que ha conquistado, el Teatro de la Danza no se olvidó de la gente de Harlem. Todos los meses ofrece una función gratuita para la comunidad, y entonces una multitud de vecinos acude a ver representaciones de la compañía de baile y desfiles de modas montados por el departamento de costura de la escuela. Para difundir más entre la gente del barrio el conocimiento del ballet, el Teatro de la Danza organiza Semanas de Artes, durante las cuales se ofrece a los niños, a los ancianos y a personas incapacitadas la oportunidad de asistir a una conferencia-exhibición y una representación de ballet. Los niños, muchos de los cuales no han visto antes a un bailarín de ballet, corren a interrogar a los artistas después del espectáculo: "¿Cómo se siente uno bailando en la punta de los pies? ¿Es difícil? ¿Yo también podría aprender?"

El propio Arthur Mitchell es la mejor respuesta a tales preguntas. Lo mismo que la mayoría de sus estudiantes, fue un niño pobre. En una fiesta escolar, cierta maestra que lo vio ejecutar un vigoroso baile típico del barrio, le aconsejó que solicitara el ingreso en la Escuela Secundaria de Artes Interpretativas, de la Ciudad de Nueva York, institución que, junto con su programa corriente de estudios académicos, proporciona enseñanzas de música, danza y teatro. A modo de examen

de admisión, le pidieron que preparara un número de baile de dos minutos. Arthur, que jamás había recibido instrucción formal en la danza, pidió ayuda a un viejo actor de variedades. Disfrazado con un frac prestado y corbata blanca, el muchacho ejecutó un zapateado, al estilo de Fred Astaire, tan bien que lo aceptaron en el acto.

Al terminar sus estudios, Arthur ganó el premio anual de baile que otorgaba la escuela. Le ofrecieron dos becas, de las cuales escogió una de la Escuela de Ballet Norteamericano, que es la escuela oficial de la compañía denominada Ballet de la Ciudad de Nueva York. Su director, Lincoln Kirstein, le dijo que tendría que hacer un esfuerzo sobrehumano si aspiraba a ingresar en el cuerpo de ballet. "Yo soy hombre de lucha", comenta Arthur, "y cuando Kirstein me dijo eso, me propuse triunfar".

Siendo todavía estudiante de la Escuela de Ballet Norteamericano, Arthur hizo su estreno en Broadway en 1954. Al año siguiente, estando en gira por Europa con una compañía de baile moderno, recibió

un telegrama del famoso coreógrafo George Balanchine, en que lo invitaba a ingresar en su Ballet de la Ciudad de Nueva York en forma permanente. Mitchell fue el primer negro que se incorporó a esta célebre compañía. Se encontraba en el cenit de su carrera con ese conjunto cuando, en 1970, se separó para entregarse por entero al Teatro de la Danza de Harlem.

El siguiente paso. En la actualidad Arthur se encuentra muy ocupado planeando el futuro de la escuela. Espera poder construir un gimnasio en un terreno contiguo que está desocupado. Asegura que algún día el Teatro de la Danza tendrá a algunos de sus miembros en el equipo olímpico de gimnasia de los Estados Unidos.

Como meta más inmediata, sin embargo, Arthur concentra todos sus esfuerzos en mejorar la compañía de ballet. "Cuando comenzamos, tuvimos que luchar denodadamente para convertirnos en una compañía de importancia, lo que ya somos en la actualidad", me dijo. "El siguiente paso es convertirnos en una gran compañía".



CUANDO estaba en escena, el actor francés Lucien Guitry solía hacer prolongadas pausas antes de decir sus réplicas. Cierta día una admiradora comentó con él:

—El texto es muy bello, pero en sus silencios es donde me parece usted especialmente admirable.

—Los silencios son míos, señora —respondió Guitry.

—APP

Máximas contemporáneas

"¿LA VIDA? Me gusta derramarla sin medirla".

—P.B.



ERRAR es humano, pero más lo es echar a otros la culpa de nuestros yerros. —B.G.

SI UNO quiere oír todas las conversaciones a que es capaz de atender, hará bien en ponerse un vendaje en la frente. —B.V.

NO PARECE tan pequeño el mundo al hombre que corre tras de su sombrero en un día ventoso. —Anónimo

QUIEN en verdad sabe de qué habla, no encuentra razón para levantar la voz. —Leonardo de Vinci

LA POLÍTICA es como patinar en ruedas. Se va, en parte, adonde se desea, y en parte adonde nos lleven esos malditos patines. —H.F.A.

CUANDO vamos envejeciendo, la belleza se convierte en cualidad interior. —Ralph Waldo Emerson

NUNCA he permitido que la escuela estorbe mi educación. —Mark Twain

NO CUMPLIR una cita es una patente falta de honradez. Lo mismo da quitar a otro su dinero que su tiempo. —Horace Mann

LA PREOCUPACIÓN es el traidor emboscado en nuestras filas; humedece nuestra pólvora y nos hace fallar la puntería. —W.G.J.

LA HISTORIA se repite. Ese es uno de sus inconvenientes. —C.D.

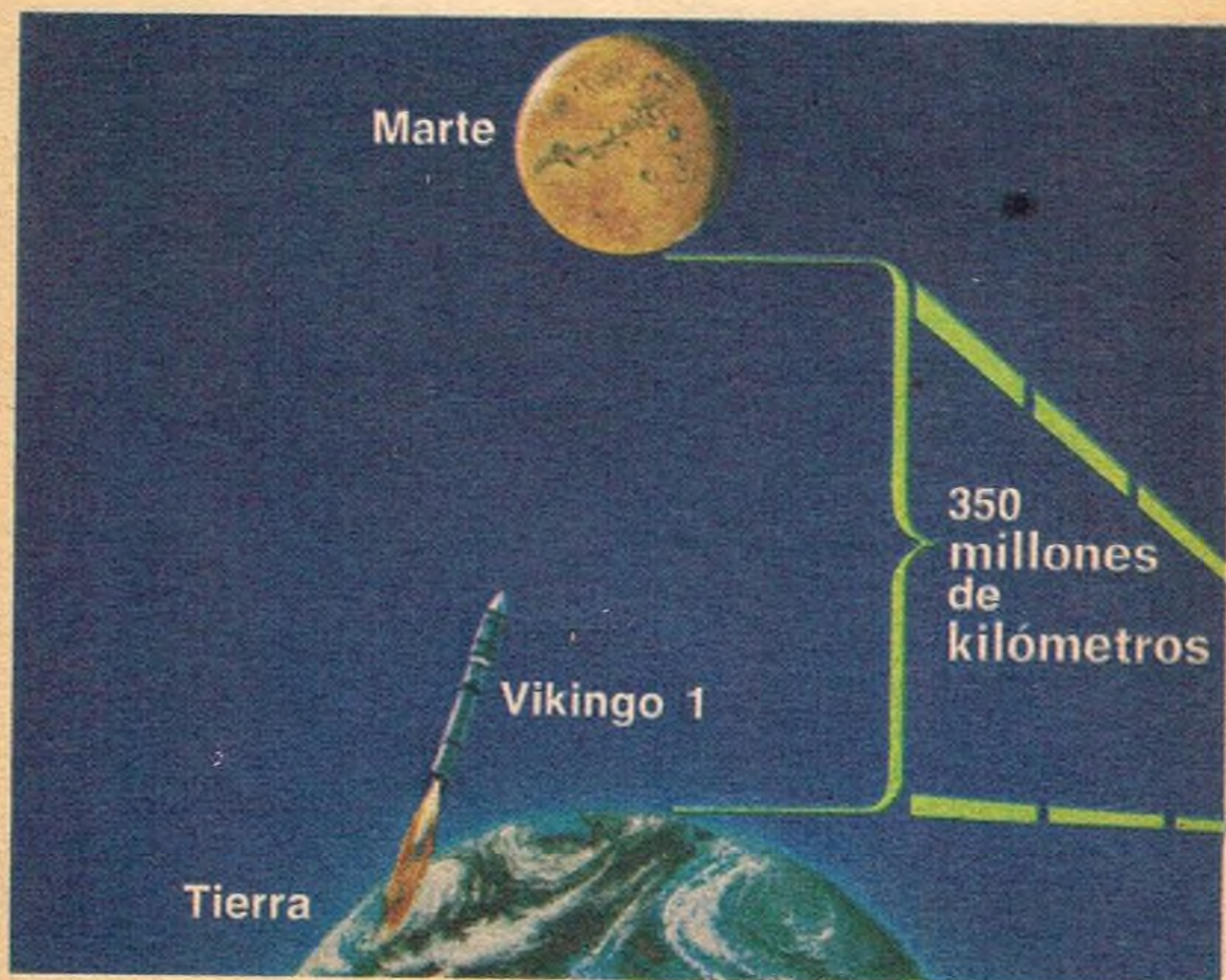
UNA DE las dificultades que afligen al mundo actual es que hay muchas personas dispuestas a meter su cuchara, pero poco inclinadas a ayudar a cocinar la sopa. —H.A.

¡CUÁN LEJOS ESTÁN LAS ESTRELLAS!

La nave espacial Vikingo 1, recorriendo 740 millones de kilómetros a un promedio de 92.000 k.p.h., tardó once meses en llegar al planeta Marte, entonces a 350 millones de kilómetros de distancia. Pero meditemos en lo infinitesimal que resulta esta distancia comparada con la que hay entre la Tierra y algunas estrellas.

Referimos al lector a los cuadros que aparecen en la parte inferior de esta página y en la opuesta.

Sencillamente, ¿no resulta inconcebible para la mente humana la vastedad del misterioso universo?





La escala de la izquierda representa la distancia en años de luz entre la Tierra y varias estrellas.

Si colocáramos en esta página a la Estrella polar, tendríamos que extender la hoja un metro. Para abarcar a Andrómeda, la galaxia más cercana, sería necesario alargar la página cuatro kilómetros. Para incluir los objetos más remotos del universo, habría que prolongarla unos 20.000.

Un año de luz equivale a unos 9,5 billones de kilómetros, o sea, la distancia que recorre la luz en un año a una velocidad de 299.792,5 *kilómetros por segundo*. Si la distancia entre la Tierra y Marte (que aquí aparece como un puntito rojo) se representara a escala, sería sólo de seis millonésimas de milímetro (micromilímetros). La estrella más cercana a la Tierra está a 4,3 años de luz. Considere el lector otras distancias estelares.

Un sicólogo nos hace seis recomendaciones, de extensa aplicación, para mejorar y fortalecer la unión conyugal cuando está viciada y en mengua.

Terapia para matrimonios enfermos

POR DANIEL SUGARMAN

Condensado de la revista "NORTHWEST"

COMO SICÓLOGO clínico que soy, sé que hay separaciones sensatas y divorcios inevitables, pero a un número muchísimo mayor de matrimonios se les podría infundir nueva vida con la aplicación oportuna de alguna de las actuales técnicas de terapia matrimonial. Tal como el debido conocimiento de los primeros auxilios físicos puede salvar a una persona de perecer ahogada o de una insolación, conocer algo de primeros auxilios sicológicos puede ayudar a salvar un matrimonio vacilante. Las medidas capaces de auxiliar a una pareja en este caso son engañosamente sencillas:

Decidámonos a hacer un éxito de nuestro matrimonio. Es preciso tomar la decisión consciente de mantener la unión y esforzarse en mejorarla. Durante muchos años las

palabras "voluntad", "decisión" y otras por el estilo fueron impopulares entre los sicólogos, que daban desmedida importancia a la expresión de las emociones personales. Ahora, en cambio, revive el interés por la fuerza que puede emanar de una decisión firme y de mantenerla. En mi labor con matrimonios en dificultades, he podido advertir que un número sorprendente de ellos jamás se consagró auténticamente a hacer del suyo un matrimonio feliz. Uno de mis pacientes, por ejemplo, me relató que, aun al comprometerse, pensaba: "Total, si no resulta, me queda siempre el recurso de divorciarme". Amaba a su esposa, pero esa actitud frívola hacia el matrimonio estuvo a punto de arruinar sicológicamente tanto a él mismo como a su mujer y sus dos hijos. Acudió a mí en busca de ayu-

da al cabo de cinco años de matrimonio.

Los desacuerdos maritales de la pareja, que se estaban cocinando desde hacía meses, estallaron tras una disputa entre ellos a raíz de que el marido, impulsivamente, compró un costoso automóvil. Al poco tiempo él se marchó de casa, pero después de dos breves aventuras amorosas, llegó a la conclusión de que deseaba reconciliarse con su esposa.

Cuando hablé con él, le hice ver que en realidad jamás se había consagrado consciente y voluntariamente al triunfo de su matrimonio. Tenía que cerrarse la puerta de escape de un ilusorio divorcio y dedicar sus energías a reparar la situación conyugal antes que a buscarle sustitutos. Fortalecido por la decisión del marido y nutrido con la ayuda y el interés de la esposa, el matrimonio comenzó a marchar viento en popa.

Entablar diálogo. Jamás he conocido a un matrimonio desavenido en que la comunicación no fuera uno de los problemas. Cuando las frágiles líneas de comunicación entre marido y mujer se interrumpen, resulta imposible intercambiar ideas importantes.

Hay una útil técnica de diálogo en que cada cónyuge expresa por escrito sentimientos relativos a algún tema de importancia, como el amor, la vida o los hijos. Luego se intercambian estas comunicaciones

escritas y la pareja las analiza buscando llegar a un entendimiento mutuo.

En el ejercicio de mi profesión suelo aconsejar a las parejas que inventen sus propias técnicas para dialogar. Recomiendo a algunas que den un paseo juntos después de la comida para hablar de los problemas del día. En el caso de otros matrimonios da mejores resultados una llamada telefónica a mediodía o una carta semanal. Insisto en la importancia de escuchar atentamente lo que el cónyuge tenga que decir. La necesidad de defender la propia posición causa con demasiada frecuencia una especie de electricidad estática que impide recibir alguna señal importante.

No hay que fingir. A menudo acuden a mi consultorio parejas cuya unión parece estarse desmoronando sin causa aparente. En el curso de las visitas me enteró de que entre los esposos existen heridas enconadas, resentimientos que la pareja no ha compartido. Cuando se tiene el valor de ventilarlos, el matrimonio puede empezar a fortalecerse.

Uno de mis pacientes no podía comprender la razón de que su mujer se hallara en estado de depresión casi constante. En el curso de una sesión a solas con ella me enteré de que, desde hacía cinco años, no experimentaba ninguna satisfacción en sus relaciones carnales con su marido. Sin embargo, para no herir su orgullo masculino fingía un placer que no sentía. Este

constante engaño constituía una pesada carga emocional, así que insté a la señora a hablar del problema con su esposo, y ver qué resultaba de ello. Lo hizo así y, después del choque ocasionado por tal revelación, ambos decidieron buscar consejo profesional para su problema sexual. Gracias a la creciente comprensión mutua, lograron resolver sus dificultades en un plazo notablemente corto.

¿Serán culpa nuestra los rasgos desagradables del cónyuge? Muchas veces es tentador echar la culpa al consorte de algún rasgo irritante. Sin embargo, los sicólogos especializados en la terapia matrimonial han podido percatarse, y en grado creciente, de que muchas personas contribuyen notablemente a que su cónyuge se comporte así.

No hace mucho cierto señor se lamentaba conmigo de que su esposa era una perfecta hipocondriaca. En el curso de mi estudio de la pareja me enteré de que él era muy poco efusivo y que ella anhelaba más atenciones. Sin embargo, se las prodigaba cuando estaba enferma. Así pues, inconscientemente, la esposa empezó poco a poco a quejarse de enfermedades casi constantemente, lo que tuvo como consecuencia que, incluso con mi intervención, el marido tardara bastante en comprender que él mismo había contribuido a dar a su mujer el carácter que tanto le molestaba.

El caso encierra una lección: cuando surgen problemas maritales, la pareja debe hacer un detenido

examen de conciencia y tomar nota de lo que cada uno puede estar haciendo, inocente o inconscientemente, para fomentar la depresión o la actitud desagradable que manifiesta su consorte.

Es menester dar un respiro a nuestra unión. Muchas veces, en mis tratos con matrimonios desaseados, encuentro que se atribuye excesiva importancia a eso de la "convivencia". Muchos maridos y mujeres, en su empeño de practicar la convivencia, pierden su individualidad. Los mejores matrimonios que conozco están constituidos por dos personas cabales que se conducen con reciprocidad, no por dos "medias personas" que se ahogan sin cesar una a otra.

Si descubrimos que el matrimonio se vuelve insípido, quizá sea tiempo de ampliar el campo de nuestros intereses. Ocurrió que cierta señora, que se aburría mortalmente, halló un trabajo muy interesante. Al principio su marido se sintió desdichado y molesto, pero entonces él comprendió a qué grado había llegado a depender de ella, de su encanto personal y su don de gentes, por lo que decidió obrar por cuenta propia. Y comenzó a cultivar a sus propias amistades. Cuando fueron pasando menos tiempo juntos, empezaron a sentirse más unidos.

Conviene comprender la función de lo romántico. Lo romántico suele ser celebrado como si fuera la panacea. En nuestra sociedad, tan inclinada al erotismo, muchas personas sienten que de algo se privan si no

están constantemente "enamoradas" de su consorte. Es importante para todos comprender que hay momentos inevitables de murria e incertidumbre, incluso en los matrimonios más felices.

En un matrimonio estable, los primeros fuegos de romántica excitación suelen aplacarse gradualmente hasta convertirse en el suave fulgor del amor satisfecho. Menos

llamativo, pero más confortante, el amor maduro nos exalta sin exponernos a los riesgos de ese imperioso anhelo que experimentamos en los comienzos de la atracción romántica. La felicidad conyugal sigue siendo una de las vivencias más satisfactorias del ser humano. Para alcanzarla, sin embargo, hacen falta comprensión, tiempo y cuidadoso cultivo.

AL JUBILARSE la bibliotecaria, sus colegas le regalaron una bella pulsera de plata con la inscripción: "¡Silencio!"

—W.W.B.

NINGUNO que esté correctamente informado con respecto al pasado se sentirá inclinado a mirar el presente con displicencia o desesperación.

—T. B. Macaulay

Anuncios clasificados

EN EL *Times* de Londres: "Buscamos un actor para hacer el papel de Beethoven en una película modesta. Debe ser buen pianista".

DE UN diario de Shropshire (Inglaterra): "El viejo cementerio de la iglesia está en el más completo abandono, sobre todo porque desde hace más de 30 años no ha habido un solo entierro allí. Iniciaremos una campaña para conseguir cadáveres voluntarios y remediar esta situación".

—"Peterborough", en el *Daily Telegraph*, de Londres

DESPUÉS de unas elecciones, el diario *Examiner* de Peterborough (Ontario) publicó el siguiente aviso: "Ciudadanos de Omemee: Aca-so no haya yo obtenido la cantidad suficiente de votos en las elecciones del lunes pasado, pero tengo la impresión de haber logrado el voto de calidad. Mil gracias a quienes me apoyaron. Mi esposa expresa su gratitud a quienes votaron contra mí. Roger McQuade".

EN EL periódico de los empleados y obreros de una fábrica rusa en Novgorod apareció el siguiente aviso: "Se ruega al ladrón que tomó una regla de cálculo Vychmann perteneciente al ingeniero Nicolaiev, que tenga la bondad de mandar una confirmación por escrito al dueño. La gerencia se niega a sustituirla sin una prueba documentada de la pérdida sufrida por el ingeniero Nicolaiev".

—*Paris-Match*

El mundo del caballito del diablo

En la paz del ambiente campestre, la deslumbrante libélula da una nota de aventura.

POR MIKE TOMKIES

CERNÍASE ante mí como un helicóptero de las hadas, con sus largas alas de gasa resplandecientes a la luz solar que inundaba la laguna. Sus grandes ojos saltones, tachonados de incontables lentes, lanzaban sobre los míos destellos metálicos. Reprimiendo un glacial estremecimiento ante aquella pavorosa mirada primitiva, desplegué mi red de cazar mariposas... pero en vano. Con desdeñosa facilidad, el animalito sencillamente invirtió el plano de sus alas y saltó hacia atrás en forma que ningún otro insecto podría igualar.

Formando con sus seis negras patas y sus mandíbulas abiertas un cucharón mortal, atravesó velozmente una nube de mosquitos

y se tragó una docena de una sola pasada. Mientras los masticaba con aparente hastío, vio de pronto un moscón azul que zumbaba por encima. Soltó instantáneamente los mosquitos, viró hacia arriba con un frágil batir de alas y, arrojándose contra aquella presa más valiosa, se la arrebató al cielo.

Yo era entonces un chico de 12 años, vivía en la ciudad y pasaba unas vacaciones en el campo. Fue la primera vez que veía un caballito del diablo. Entonces me pareció lo que todavía me parece 35 años después: un glorioso gavián del aire, el intrépido as de la aviación del reino de los insectos. Viéndolo cazar infatigablemente sobre las cañas de la laguna, quise poseer esa criatura increíble, ardorosamente inquieta; pero cuando al fin la atrapé y me di cuenta de que atada, aun cuando fuera con el más sutil hilo de seda, nunca podría volar realmente libre, la solté otra vez y me contenté con admirarla desde lejos.

Después descubrí que este insecto extraordinario volaba ya 200 millones de años antes de que apareciera el primer dinosaurio gigantesco, y unos 300 millones de años antes del amanecer de los antecesores del hombre. Los primeros restos fósiles (de un monstruo de 68,5 centímetros de envergadura) se encontraron en unas vetas carboníferas de Commeny, cerca de Saint Étienne (Francia). La libélula (o caballito del diablo) es fascinante para la ciencia porque ella y la cachipolla son los únicos sobrevivientes de los

antiguos órdenes de arquípteros (insectos que no pueden plegar las alas hacia atrás). Incluso el insecto que conocemos hoy volaba ya hace 150 millones de años, y entre las formas modernas es el más viejo depredador volante.

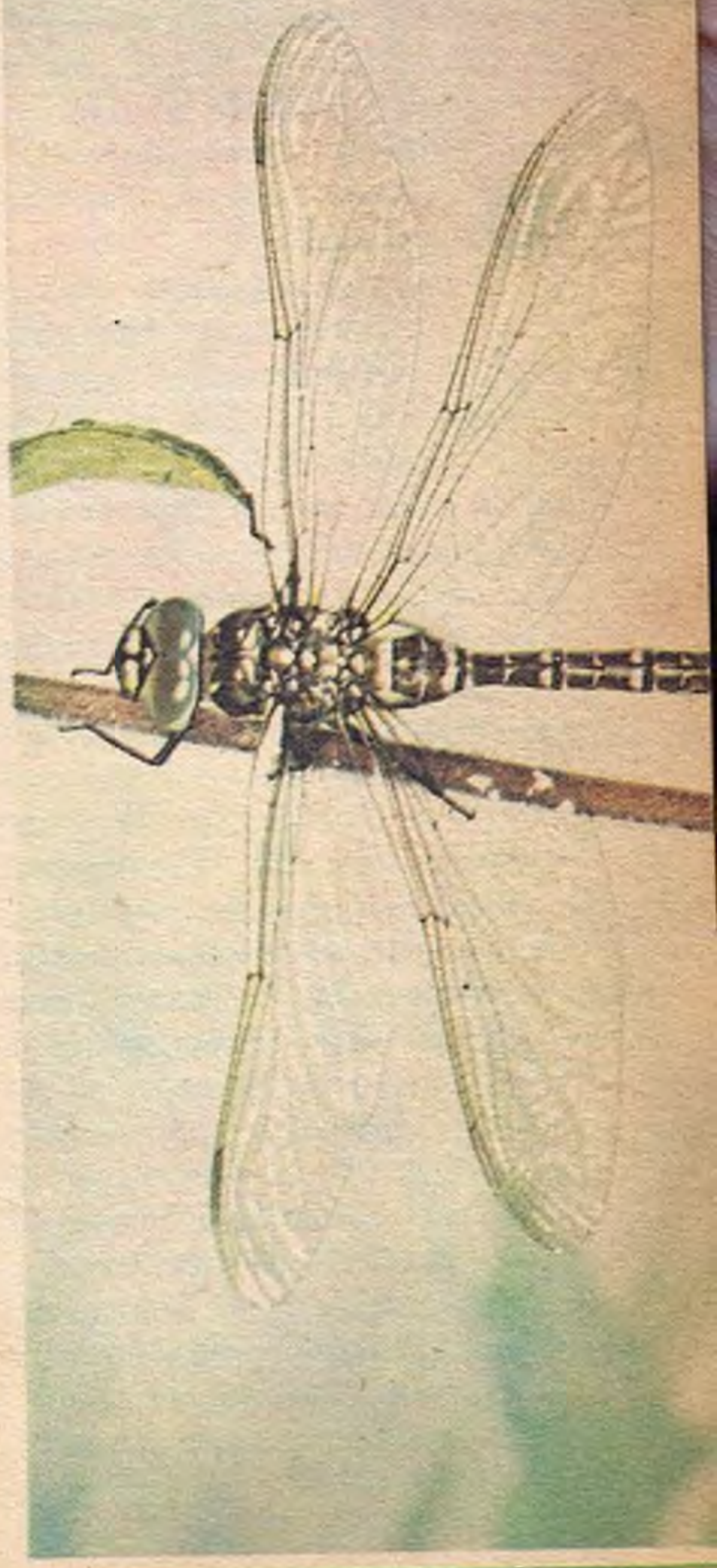
Comparado con el resto de la numerosa clase de los insectos, el orden odonatos (dentados) a que pertenece la libélula, es reducido, pues sólo cuenta unas 5000 especies. Tres de ellas reciben nombres populares que las caracterizan: damiselas, flechadores y "halconeros".

Las damiselas, de estructura delicada y vuelo débil, son las verdaderas náyades de la campiña. Aletean entre los juncuales como minúsculas varitas mágicas de luz trémula y rara vez se alejan de la laguna donde nacieron. Los flechadores esperan posados en algún tallo y se lanzan de pronto sobre algún insecto que pase; con su cuerpo corto, grueso (más que el de la damisela), y sus alas pequeñas, confían su seguridad (como un *jet* saltador) a un arranque veloz.

Los halconeros son los verdaderos amos del aire y cazan resueltamente en las lagunas nativas, en los ríos o los lagos, y se lanzan a atravesar las praderas lejos del agua y aun vuelan sobre los bosques persiguiendo insectos que están muy fuera del alcance de sus primos más pequeños. Audaces y curiosos, vuelan a veces por las calles y hasta entran en las casas. Toman el sol en las

Aeshna juncea, especie común, de gran tamaño, de una familia del orden de los odonatos.

BISSEROY/BRUCE COLEMAN



paredes, en los árboles y las piedras, pues su visión excepcionalmente aguda les permite advertir a tiempo y evitar los peligros.

El caballito del diablo es sin duda un cazador bien equipado, a quien la naturaleza otorgó un arma singular: la curiosa "máscara" córnea, extensión articulada de la mandíbula inferior, que sobresale de la cabeza y puede atrapar pequeñas criaturas acuáticas.

Cada dos semanas, poco más o menos, la ninfa se siente incómoda porque la piel le viene muy apretada, hasta que se le raja por la espalda, y entonces la desecha. A medida que el insecto crece, le aparecen diminutas alas rudimentarias y los ojos se le agrandan. Además de las agallas, mediante las cuales aspira el oxígeno que necesita, le brotan a los lados del cuerpo pequeños espiráculos: agujeritos para el aire a través de los cuales el caballito respirará un día. Finalmente, con la piel más estrecha que nunca, se siente sofocar y, desesperado por obtener oxígeno, trepa por un junco fuerte hasta unos 30 centímetros o más por encima del agua.

Entonces ocurre la más notable metamorfosis de la naturaleza; el insecto pasa de ninfa a adulto en una sola etapa dramática. Desecada por la brisa, la piel de la ninfa se raja de repente. El animal jadea violentamente, libera de su prisión el tórax, los abultados ojos y cuatro alas húmedas. Una vez que se le han secado las patas y que las siente firmes, se agarra de su vieja piel,

cuyos ganchos de los pies están todavía enterrados en el tallo, y saca fuera el resto del cuerpo.

Rápidamente el corazón envía sangre a las huecas membranas y venas de las alas. Estas, como un globo que se llenara de aire, se desarrugan y en menos de 10 minutos aumentan de 15 milímetros a cerca de cinco centímetros de longitud. Poco a poco se ponen rígidas y transparentes, excepción hecha de la armazón de nervios. El caballito del diablo trepa poco a poco por el tallo. Mientras permanece allí, exhausto su nuevo cuerpo de ocho centímetros, empiezan a asomar los que serán sus hermosos colores.

Aquel es el momento más vulnerable en la vida del caballito del diablo. Una trucha o un pájaro que pase podría atraparlo, pero por el momento no hace caso del peligro, maravillado como está por el milagro que le ha ocurrido. Puede volver libremente la cabeza en todas direcciones. Sus dos grandes ojos compuestos (formados por 28.000 lentes que le llenan la mayor parte de la cara, además de los tres ojos simples que tiene en la frente) le dan una visión extraordinariamente eficiente de 220 grados. Si uno solo de sus lentes hexagonales percibe un movimiento rápido, los reflejos instantáneos de su nuevo sistema nervioso, además de su habilidad para la acrobacia aérea, le permiten investigar sin pérdida de tiempo, lograr una captura o emprender la fuga.

La boca del insecto tiene dientes

fuertes, de manera que puede masticar la presa sin detenerse en su vuelo. Posee también órganos del gusto que le permiten rechazar rápidamente cualquier bocado peligroso. Las patas son gruesas y cerdosas, ideales para el cucharón que usará al atrapar otros insectos en vuelo. Su largo abdomen, útil para mantener el equilibrio, es al mismo tiempo un timón. Sus magníficas alas están articuladas al tórax y puede mover cada una de ellas independientemente, de manera que, en facilidad para la acrobacia aérea, supera a la mayor parte de las aves, ya no se diga a los insectos. Si lo necesita, es capaz de volar a 40 k.p.h., lo cual es excepcionalmente rápido considerando su tamaño y su peso.

Durante un par de horas permanece allí y, cuando ya el sol lo ha calentado, vuelve la cabeza, levanta primero una pata delantera y luego la otra. Sacude las alas una vez... dos veces; luego estas vibran al unísono haciéndole trepidar el cuerpo como si fuera un viejo biplano que calienta el motor en la pista; vibran más y más rápidamente hasta que son un simple borrón en el espacio. Con un impulso final, el caballito del diablo se alza en el aire y se aleja en su primer vuelo. Tres días después, volando sobre las aneas, refulge como el metal bruñido. Al rayo de sol los colores de su cuerpo estallan en llamas de vivos tornasolados.

La libélula fascina desde hace mucho tiempo al hombre. Los poe-

tas han cantado sus alabanzas, y compositores tales como Strauss y Rimski-Korsakov la han representado en sus obras. Los artistas orientales, particularmente en Japón, la pintan a menudo sobre seda y loza, o la plasman en bronce y en plata. Uno de los primeros aviones experimentales de Francia, el *Demoiselle*, debe su nombre a la libélula damisela.

Con excepción de las regiones polares, las libélulas se encuentran en todas partes del mundo donde haya agua dulce permanente. De vez en cuando son sociables: se han visto enjambres de 150 o más flechadores cazando juntos en las orillas de los ríos tropicales. Inmensos enjambres de *libélulas de cuatro manchas* (flechadores) han aparecido en las costas de Kent y Sussex procedentes de Helgoland y otros puntos del continente europeo. En 1947 una hueste de rojos *Sympetrum striolatum* "invadió" a Irlanda y se descubrió que venían de España y Portugal tras efectuar un vuelo sin escalas de casi 1000 kilómetros.

Algunos caballitos del diablo alcanzan velocidades increíbles. Un entomólogo, el finado Dr. Robin Tillyard, tomó el tiempo de un gran halconero australiano: 98,65 k.p.h. sobre una distancia corta. Una de las libélulas más grandes del mundo, que vive en la América tropical, es la *Megaloprepus coerulatus*, que mide 13 centímetros de longitud y 18 de envergadura. Los naturales de la región no la molestan ni la matan, pues subsiste la

creencia de que es un alma recién liberada de su cuerpo.

También en Europa abundan las supersticiones; una de ellas es que los adultos alados viven sólo un día. Aun cuando las damiselas viven una semana o dos, los poderosos flechadores y los halconeros pueden volar durante dos meses o más. El pariente más cercano del caballito del diablo, la cachipolla, es muy inferior y es la que vive solamente un día, poco más o menos.

Durante muchos siglos la gente del campo ha tenido miedo de las libélulas y las ha llamado mataballos, médicos de culebras, víboras voladoras, zurcidoras del diablo. A los niños se les decía que, si no se portaban bien, la libélula les iba a coser la boca y las orejas. En realidad el insecto ni muerde ni pica, y lejos de hacer el trabajo del diablo, desempeña una labor inmensamente beneficiosa.

Una libélula halconera consume durante su vida muchos millares de larvas y mosquitos adultos, que en la naturaleza son los más eficaces asesinos del hombre. Revolotean alrededor de los caballos, las vacas, las ovejas y los ciervos para capturar los peligrosos reznos o larvas de moscardón que se alojan como parásitos en el estómago de los animales, o para cazar al moscón verde cuyas crías se alimentan de las heridas que sufren a veces las ovejas. También matan otros insectos portadores de microbios, como la moscarda azul, la mosca doméstica, la avispa, las mariposas y jejenes.

Por desgracia para el hombre y para la naturaleza, la libélula está escaseando progresivamente. Con los métodos de agricultura intensiva y la urbanización, las antiguas lagunas que constituyen sus principales criaderos desaparecen rápidamente, ya porque se rellenen o se contaminen, o porque se permita en ellas la sedimentación. Algunas especies de caballito del diablo, obligadas a vivir en los lagos o las corrientes de los ríos, son presa fácil de las anguilas, de los peces y de la velocidad de las aguas.

Jamás dejó de maravillarme cuando observo el trabajo de un halconero. Durante el verano de 1975, desde principios de julio hasta mediados de octubre, un gran macho azul de la variedad *Aeshna Communis* patrulló con regularidad los jardines y bosques de mi lejana cabaña, en las montañas de Escocia. Trabajaba sistemáticamente haciendo "ochos" en el aire, algunos hasta de 150 metros de longitud. Apenas había limpiado de insectos uno de estos sectores, pasaba tranquilamente a otro.

El 12 de octubre me pareció que estaba aflojando un poco y que se mostraba ansioso de aparearse. Aterrizó en un junco, dobló la cola bajo el cuerpo y cargó los receptáculos especiales de sus segmentos segundo y tercero con esperma procedente de los órganos verdaderos de su noveno segmento. Luego se lanzó en busca de compañera.

Lo vi poner por obra la romántica técnica del caballito del diablo,

que por cierto deja mucho que desear, pero por lo menos es muy eficaz. Mientras él trepidaba prendido a una pared, una gran hembra de color pardo apareció doblando la esquina de mi cabaña. Estaba todavía a tres metros de distancia cuando el macho se desprendió de la pared, saltó a lo alto con toda su antigua velocidad, alcanzó a la hembra en sonoro choque y la agarró del pescuezo entre sus pinzas.

Ambos cayeron al suelo, haciendo zumbir sus alas ruidosamente, como un trenecillo de cuerda que se hubiera dejado andando entre la hierba. La hembra parecía completamente vencida por el obstinado ardor de su pareja, y pronto ambos volvieron a levantarse en el aire sincronizando el batir de sus alas, y volaron a algún helechal donde la hembra enroscó la cola debajo de la del compañero y se aparearon. Durante 20 minutos volaron uno tras otro, apareándose dos veces más en el aire. Luego, como no se trataba de una damisela ni de un flechador (que por lo general retiene a la hembra a salvo mientras

pone los huevos), el macho la dejó ir a su albedrío.

Regresó tambaleante a la corteza de una de mis cajas de anidar y permaneció allí, sin fuerzas, mientras la hembra volaba por el bosque hacia la orilla del agua donde pudiera encontrar cañas. En los tallos de estas haría incisiones en las cuales poner sus huevos.

Vi por última vez a mi caballito del diablo el 16 de octubre. Evidentemente ya habían pasado sus días gloriosos de halconero, y al caer la tarde voló torpemente a posarse en el musgo, bajo las ramas de un viejo alerce. Al día siguiente cayó la primera nevada del invierno. Salí a buscarlo, pero había desaparecido, víctima de la nieve, del frío de la noche o quizá de algún pájaro hambriento.

Desde entonces, cuando veo jóvenes libélulas halconeras patrullando mi jardín, me hago la ilusión de que son su progenie, y que ellas a su vez producirán más ejemplares de estas criaturas maravillosas y útiles, los últimos piratas verdaderos de nuestros cielos estivales.

DEFINICIÓN de los abuelos hecha por un niño de 12 años: "Son la gente que se siente absolutamente llena cuando no queda más que un bizcocho de crema en el plato".

—B.A.T.

Érase una vez . . .

LA MUJER ciertamente ha progresado mucho. Hoy conduce aviones, maneja explanadoras y ejerce casi todos los oficios que pueden desempeñar los hombres. Hace menos de un siglo se convocó una conferencia médica para determinar si la débil constitución femenina podría resistir el tremendo esfuerzo de escribir a máquina, antes de que se permitiera a la Asociación de Jóvenes Cristianas ofrecer clases de mecanografía.

—H.P.



Robert Koch: enemigo de los microbios

Aunque murió hace más de medio siglo, nos sigue beneficiando su heroica lucha contra las epidemias que afligen a la humanidad.

POR CLAUD GAEDEMANN

EN 1974 apareció en Portugal una epidemia del temible cólera, que los turistas llevaron después a Alemania, el Reino Unido y otros países europeos. Los investigadores del Instituto Robert Koch, de Berlín, junto con sus colegas de otros centros científicos, identificaron inmediatamente la cepa bacteriana del cólera y transmitieron la información a la Organización Mundial de la Salud (Oms), en Ginebra. La Oms descubrió que el microbio provenía de Angola, y el brote fue sometido rápidamente.

Resultó muy apropiado que el Instituto Robert Koch desempeñara

un papel importante en este drama moderno, pues fue el médico y bacteriólogo alemán Robert Koch quien descubrió en 1883 el bacilo del cólera. También efectuó estudios que con el tiempo llevaron a contener el azote de la tuberculosis, dio al mundo métodos eficaces para combatir la infección de las heridas y señaló el rumbo para la mejor comprensión de graves enfermedades humanas y animales. Aún hoy su obra es fundamental para el estudio de las bacterias patógenas.

Robert Koch nació el 11 de diciembre de 1843 en una sencilla casa de madera en Clausthal (cerca de

Hanover), y fue el tercer hijo de los 13 de un ingeniero de minas de plomo. Era un muchacho tranquilo que dedicaba su tiempo a coleccionar insectos, plantas y minerales, y a disecar cadáveres de animales.

El dinero escaseaba en la familia de Koch, pero el joven, con ayuda de una modesta beca y observando una economía estricta, se matriculó en 1862 en un curso de ciencias naturales de la Universidad de Gotinga y pronto siguió estudios de medicina. A los 23 años, poco después de obtener el título, se casó con la hija del vicario general de Clausthal, Emmy, agraciada muchacha que se convirtió en su leal ayudante y madre de Gertrud, única hija del matrimonio.

Koch fue médico del ejército durante la guerra franco-prusiana de 1870 a 1871, luego presentó examen de funcionario de salud pública y, a los 28 años, lo nombraron jefe médico del condado, con residencia en Wollstein, pueblo de 3000 habitantes situado en la provincia prusiana de Posen. Tenía a su cargo dos hospitales, actuaba como médico forense en los litigios, inspeccionaba los servicios sanitarios y a veces atendía incluso las enfermedades del ganado. Por salario anual percibía 900 marcos, o sea unos 5400 marcos actuales (2200 dólares).

Robert Koch pudo haber dedicado el resto de su vida a estas ocupaciones. Pero, al cumplir 29 años, Emmy le regaló un microscopio excepcionalmente bueno.

No hubiera sido posible hallar

un presente mejor, pues entre los maestros favoritos de Koch figuraba Jakob Henle, anatomista y patólogo que ya en 1840 expuso la teoría de que las enfermedades contagiosas se transmiten por la acción de organismos microscópicos. Desde luego, tal teoría estaba aún por demostrar y despertaba controversias. Muchos médicos, inspirados por los antiguos griegos y romanos, creían todavía que las enfermedades eran causadas por algunos miasmas o efluvios malignos, pero al Dr. Koch no le satisfacía esa explicación, e inmediatamente comenzó a utilizar su nuevo microscopio para estudiar muestras de sangre de animales muertos de ántrax. Este misterioso mal mataba sin piedad ovejas, vacas, caballos, y de vez en cuando a seres humanos. Los bacilos que Koch vio a través de las lentes eran gruesos y en forma de bastoncito, y los solían llamar "cristales", que se suponían producidos en el curso de la enfermedad. Pero Koch pensó que quizá fueran su causa.

El investigador inoculó a un ratón blanco sangre con ántrax, y a la mañana siguiente lo encontró muerto. La sangre y el bazo de la víctima estaban llenos de bastoncitos cristalinos. Luego, agregando unos pocos de estos a un caldo de cultivo, observó fascinado que se multiplicaban con una rapidez asombrosa. Había probado que se trataba de organismos vivos. Otros experimentos revelaron que a bajas temperaturas los bastoncitos se convertían en largos hilos que conte-

nían esporas capaces de permanecer varios años inactivas, por ejemplo en campos donde no pastaba el ganado desde tiempo atrás. Pero no bien se introducían en sangre animal caliente, se convertían nuevamente en bacterias vivas.

Para poder dedicar más tiempo a la investigación, Koch pasó la mayor parte de sus enfermos a un colega y explicó a su esposa: "Estoy explorando un país nuevo, todavía rodeado de misterio".

Después de hacer durante tres años cientos de experimentos con ántrax, Koch demostró concluyentemente que un microbio específico causaba una enfermedad específica. Con su acostumbrada modestia, presentó sus hallazgos a Ferdinand Cohn, pero el famoso botánico de Breslau dudaba que aquel médico rural hubiese descubierto algo importante. Sin embargo, después de ver sus experimentos, exclamó: "¡Este hombre es el maestro insuperado en el campo de la investigación científica!"

Koch se entregó entonces a utilizar su rudimentario laboratorio de Wollstein para perfeccionar métodos nuevos que abrieron camino en la investigación bacteriológica. Por ejemplo, los investigadores médicos habían comenzado a teñir los especímenes de sus portaobjetos con tintes de anilina recién descubiertos, y Koch los utilizó para hacer más visibles las bacterias en su microscopio. Comprobó que absorbían ávidamente los colores y destacaban azules, rojas, pardas o violetas.

De joven le había interesado la fotografía; revivió entonces su afición, compró una cámara y la montó en su microscopio. Su esposa observaba el estado del tiempo y avisaba a su marido cuando no había nubes y las condiciones eran favorables para que él fotografiara los microbios. Koch, que llamaba afectuosamente a Emmy "espantanublados", dejaba entonces lo que estaba haciendo y se disponía a utilizar su equipo. Los resultados fueron sumamente satisfactorios y pronto pudo escribir entusiasmado al profesor Cohn: "La fotografía capta las bacterias mucho mejor que el ojo humano".

Jamás ocioso, Koch se dedicó entonces a investigar la infección de las heridas. Como médico militar había visto morir lamentablemente a muchos soldados por esa causa. Más del 75 por ciento de los amputados había sucumbido durante la guerra; en los hospitales las heridas infectadas causaban la muerte de un 40 a un 80 por ciento de los operados. El médico inglés Joseph Lister comenzaba a salvar muchos enfermos aplicando vendas impregnadas de fenol sobre las lesiones, pero sin saber a ciencia cierta cómo obraban. En 1878 Koch, tras pacientes investigaciones efectuadas con microscopio, tintes y fotografías, aisló seis tipos diferentes de bacterias que causaban infecciones.

Ya para entonces se extendía la fama del médico de Wollstein y de su obra. En 1880 el director de la Oficina Imperial de Sanidad de Ber-

lín lo nombró investigador de su equipo, y Robert Koch se encontró de pronto con que disponía de elementos científicos modernos, dos ayudantes, un sueldo anual de 6000 marcos y un cómodo apartamento de cinco habitaciones para su familia. Su primer objetivo fue encontrar el método más eficiente para combatir las bacterias que había aislado. Después de múltiples tentativas, consideró que el vapor (todavía usado actualmente para esterilizar) era el más indicado.

Luego dedicó su atención a la tuberculosis, entonces uno de los grandes males que afligían a la humanidad, causante de una muerte de cada siete entre los habitantes de Occidente. Aunque muchos médicos prominentes de la época la consideraban resultado de la desnutrición crónica, y no una enfermedad infecciosa, Koch estaba convencido de su origen bacteriano, y de que el contagio se debía a los microbios.

Durante semanas trabajó solo en su laboratorio, a veces 18 horas diarias, sin permitir a nadie que corriera con él el riesgo del contagio. Al cabo de seis meses, y mientras examinaba con su microscopio el portaobjetos número 271 de una serie de muestras, logró identificar el germen de la tuberculosis. Para probar que hasta el aire podía transmitirlo, puso en una jaula ratones, conejos y cobayos, e introdujo en ella una niebla que contenía bacilos vivos de la tuberculosis. Todos los animales perecieron por el ataque de esta enfermedad.

El 24 de marzo de 1882 Robert Koch, entonces de 38 años, presentó sus descubrimientos a los célebres científicos de la Sociedad Fisiológica de Berlín. Por primera vez en la historia de esta institución, no hubo discusiones. "Los hechos presentados son inobjetables", comentó uno de los participantes.

Pero Koch no estaba satisfecho. Consideraba que debía deducir conclusiones prácticas para que la humanidad pudiera sacar provecho de sus descubrimientos, y por tanto solicitó al gobierno alemán que impusiera medidas higiénicas de largo alcance, que informara al pueblo sobre las enfermedades infecciosas, y que cada caso nuevo de tuberculosis fuera declarado y puesto en observación médica. El resultado fue que la mortalidad por este mal disminuyó en Alemania un 50 por ciento en los 25 años siguientes.

Mientras tanto, se extendía por el mundo otra enfermedad temible. En 1883 se informó que había aparecido en Egipto un brote de cólera. De tiempo en tiempo esta epidemia invadía el Occidente desde la India. En 1866 ocasionó cerca de 115.000 víctimas en Prusia. En Niemegk, cerca de Berlín, uno de cada diez habitantes había perecido a causa de ella.

Decidido a encontrar el microbio del cólera, el gobierno alemán envió a Alejandría (Egipto) una comisión médica dirigida por Robert Koch. Allí el grupo inyectó a monos, perros, gatos y ratones especímenes procedentes de víctimas del

mal. Los tejidos de los animales de laboratorio, teñidos según los métodos de Koch, fueron examinados al microscopio en cientos de porta-objetos, hasta que se descubrió el bacilo vírgula del cólera o *Vibrio comma*.

El grupo de Robert Koch y 50 ratones blancos siguieron luego la epidemia hasta la India. Advirtiendo que a menudo aparecían brotes de cólera en caseríos cercanos a lagunas donde la gente se bañaba, lavaba la ropa y arrojaba basuras, y después bebía el agua, el investigador y sus colaboradores experimentaron y llegaron a la conclusión de que la enfermedad se transmite por el agua, los vestidos y los alimentos contaminados. Por tanto, Koch recomendó que se filtrara el agua de los sistemas de abastecimiento público y se mantuviera siempre bajo vigilancia.

En 1891 Koch fue nombrado director del nuevo Instituto de Enfermedades Contagiosas (que hoy lleva su nombre). Esta posición le permitió erradicar enfermedades en los más remotos y malsanos rincones de África, la India y las islas del Pacífico meridional. En 1896, por ejemplo, un llamamiento urgente de África del Sur para que ayudase a luchar contra una epidemia de fiebre biliosa hematórica que diezmaba al ganado, le dio ocasión de preparar una vacuna que salvó ese año dos millones de animales en la Colonia del Cabo.

En 1906 se encontraba en África Oriental, en un grupo de islas del

lago Victoria donde 20.000 personas de una población de 35.000 habían muerto por la enfermedad del sueño. Sabiendo que la causaba la picadura de la mosca tse-tse, Koch recomendó quemar las zonas infestadas por estos insectos. También elaboró un medicamento de dosificación elevada que redujo la mortalidad en un 90 por ciento.

En 1905, cuando estaba en el apogeo de su vida, Koch recibió el Premio Nobel de fisiología y medicina por sus investigaciones sobre la tuberculosis. En su honor se levantaron monumentos y se dio su nombre a varias calles. Pañuelos, jarros de cerveza y pipas con su retrato se vendieron por millares. En él Koch parecía el prototipo del profesor alemán de fin de siglo, con su gran barba y anteojos de montura de oro.

Debilitado por una vida entera de arduo trabajo, Robert Koch murió de un ataque al corazón en Baden-Baden el 27 de mayo de 1910. No solo dejó sus descubrimientos, sino también su tremenda influencia. Animados por sus originales logros en el campo de la bacteriología, otros investigadores han descubierto en el correr de los años los microorganismos causantes de muchas enfermedades: tífus, lepra, difteria, paludismo, tétanos, pulmonía, disentería y peste bubónica, con lo cual se pudieron dominar cada vez mejor estos enemigos de la humanidad. Como ha demostrado el brote de cólera de 1974, Robert Koch nunca ha dejado de servir a sus semejantes.



TEMAS DE REFLEXIÓN



EL TIEMPO es demasiado lento para quienes esperan; demasiado veloz para quienes temen; excesivamente largo para los que sufren; sobradamente breve para los que gozan. Mas para aquellos que aman, el tiempo no existe.

—Henry Van Dyke, clérigo norteamericano, educador y escritor (1852-1933)

HAY UN método magnífico para adaptarse a cualquier cambio. Es un simple ejercicio con efectos de largo alcance: hacer, durante algún tiempo, algo nuevo y distinto cada día. No tiene que ser nada en extremo desusado o sorprendente: basta hacer de manera diferente algo acostumbrado. Si siempre nos ponemos primero el zapato izquierdo, ensayemos comenzar por el derecho. Sigamos por el lado de la calle opuesto al que solemos tomar.

Tal cosa, nos dijo un amigo sicólogo, abre nuevos senderos en el cerebro. Así, al encontrarnos la próxima vez con un obstáculo en alguna dirección del pensamiento o la acción, estaremos en condiciones de aceptarlo en forma constructiva, o de idear una manera de salvar lo

que antes habríamos creído nos conduciría a un callejón sin salida.

Muy aparte de cultivar la habilidad de adaptarse, esa disciplina es también provechosa y grata, tanto al practicarla como al encontrar las nuevas puertas que nos abre.

—Jean Hersey, en *The Shape of a Year*

SI CORRE en el aire un rumor respecto a nosotros, será preferible tratarlo como si fuera una avispa: O lo pasamos totalmente por alto o lo aplastamos del primer manotazo. Cualquier otro expediente solamente conseguirá exacerbarlo.

—James Thom, en *Nuggets*

CUANDO una tropa de milicianos suizos inadvertidamente invadió la vecina Liechtenstein, en el curso de unas maniobras en la niebla, en agosto de 1976, se produjo un incidente que pudo degenerar en un grave conflicto si Liechtenstein hubiera tenido un pacto defensivo con Austria, por ejemplo, o Suiza con Italia.

Peor todavía: si cualquiera de los dos países dispusiera de uno de esos terribles botones que los jefes de

Estado de las grandes potencias están prontos a oprimir al acercarse cualquier invasor, los de Liechtenstein quizá ya habrían arrasado la cuarta parte de algún valle alpino. En vez de ello, ofrecieron café a sus inesperados huéspedes, sin duda con copa, y acompañado quizá por una rica torta.

La idea que en Alemania Oriental tienen de la frontera es diferente. En vez de café, ofrecen una glacial muralla y prometen una muerte instantánea a cualquier persona extraña (hombre, mujer o niño) que intente escalarla en una u otra dirección. Cada civilización tiene sus propias y orgullosas tradiciones.

—Editorial del *Times*
de Nueva York sobre las diferencias culturales

EL DESMEMORIADO no puede ser buen mentiroso; no puede contar cuentos muy largos; se olvida de las ofensas; y disfruta de los lugares y los libros por segunda vez.

—Montaigne, sobre las ventajas
de tener mala memoria

No PUEDO tolerar la clasificación general de los seres humanos en "burgueses", "bolcheviques", "capitalistas", "amarillos", "blancos", "hippies", "imperialistas", etcétera. A quien así se designa se le puede denigrar, torturar, meter en la cárcel, darle muerte o desterrarlo, pues no es ya un ser humano sino un símbolo. No sangra cuando lo punzan; no clama en la noche su corazón. Con este truco de prestidigitador se hace desaparecer la con-

ciencia. Es, tal vez, la más profunda corrupción de nuestro tiempo.

—Eric Sevareid, en *Not So Wild a Dream*

SI REALMENTE se tiene espíritu competitivo, no se ejercitará contra los hombres y las mujeres con quienes trabajamos. Nuestro verdadero competidor somos nosotros mismos. En vez de perder energía pensando qué hará este o aquel, o cuál será la reacción de un tercero, trataremos continuamente de superarnos. Buscaremos los estímulos que nos merecen más aprecio que una compensación económica. Intentaremos hacer algo socialmente provechoso y que redunde en una vida mejor para otros. Y si nuestro principal competidor somos nosotros mismos, nos llevaremos mucho mejor con todos los demás.

—John Mack Carter y
Lois Wyse, hablando del espíritu competitivo
en *How to Be Outrageously Successful
With Women*

MIENTRAS nosotros gastamos energía e imaginación ideando nuevos métodos para limpiar los pisos de nuestra casa, los japoneses resuelven el problema empezando por no ensuciarlos.

—Bernard Rudofsky, en *The Kimono Mind*

SOMOS capaces de hacer cualquier cosa por las personas a quienes amamos, menos aceptarlas tal como son.

—R.J.N.

LA EDUCACIÓN es algo muy relativo. Una persona es bien educada si sabe todo lo necesario para hacer su propia vida.

—Friedrich Hebbel

Adiós, camarada Brezhnev

Por ARNOSHT KOLMAN

Arnosht Kolman perteneció al Partido Comunista durante más de 50 años. Hace poco fue a visitar a su hija, radicada en Suecia, y allí solicitó asilo político, el cual se le concedió. Al renunciar al Partido explicó su posición en una carta, de la cual envió copia al Times de Londres, que ha autorizado la publicación de algunos extractos.

DESEO informar a usted que me separo del Partido Comunista de la Unión Soviética. Tengo 84 años de edad y he estado afiliado a él durante 58. Ingresé para luchar por la justicia social, por un futuro feliz para el género humano. Ahora, después de larga y penosa reflexión, he llegado a este difícil acuerdo.

Nací en Praga y vine a Rusia como prisionero de la primera guerra mundial. Como soldado del Ejército Rojo combatí en cuatro frentes por el establecimiento del poder soviético. En el decenio que comenzó en el año 1920 formé parte del comité central del Partido Comunista alemán. Durante la segunda guerra mundial trabajé en el mando polí-

tico del Ejército soviético. En 1945 fui nombrado jefe del departamento de propaganda del Partido Comunista checoslovaco en Praga, pero al cabo de tres años me arrestaron y me enviaron de regreso a Moscú, donde estuve encarcelado (sin enjuiciamiento) durante tres años y medio en la prisión de Lubyanka. Después de mi rehabilitación se me designó director del Instituto de Filosofía de la Academia Checoslovaca de Ciencias, en Praga. Desde 1968 he vivido en Moscú como pensionado.

Tras de que Jrushof reveló los sangrientos crímenes de Stalin, empecé a comprender la profunda deformación sufrida por el Partido Comunista y el poder soviéticos, y

que yo, como militante, debía reconocer mi parte de responsabilidad.

Sin embargo, 1968 marcó para mí la verdadera hora crucial. Cuando los tanques y los ejércitos de ustedes ocuparon a Checoslovaquia y la sometieron a su *diktat* político y a su despiadada explotación económica, perdí toda ilusión respecto a la índole del régimen. Ahora, en la Unión Soviética, el lugar correspondiente a las viejas clases explotadoras capitalistas y latifundistas ha sido ocupado por las castas privilegiadas del Partido y de las burocracias del Estado. Tales castas nadan en la riqueza, viven aisladas del pueblo, despreciando al común de la gente, indiferentes e insensibles ante sus necesidades y sus sufrimientos.

Después de 60 años bajo el poder soviético, el país sigue privado de los más elementales derechos democráticos. En vez de elecciones libres, se vota por candidatos impuestos desde arriba. No hay vida política pública. Están prohibidas las huelgas, y los sindicatos se hallan subordinados a los intereses del Estado. También están prohibidos los debates políticos y todo está vigilado por censores universales. La información se encuentra sujeta a los intereses de una propaganda mendaz.

Se pisotean descaradamente los derechos humanos fundamentales. A los disidentes se les persigue con rigor: se consumen por millares en las prisiones, en campos de concentración y hospitales-cárceles siquiátricos, y a muchos se les castiga

sólo por sus creencias religiosas. No hay libertades intelectuales, ni aun las más elementales, ni existe libertad para la creación artística.

Al mismo tiempo que predica la "distensión internacional" y la "coexistencia pacífica", la Unión Soviética en realidad acumula a paso creciente nuevas armas de destrucción en masa y se prepara para lanzar guerras de agresión. Sostiene enormes ejércitos fuera de sus fronteras. Se capacita de prestar "ayuda desinteresada" a los movimientos de liberación nacional y a los países en desarrollo, la Unión Soviética intenta una y otra vez infiltrarse en sus filas y establecer su propio dominio militar y político. También suministra armas y apoyo militar a regímenes reaccionarios y a terroristas que operan en el ámbito internacional.

No negaré los éxitos soviéticos en los campos de la educación, la ciencia, la tecnología y el mejoramiento del nivel de vida para un sector considerable de la población. Pero no sólo de pan vive el hombre.

El ser humano tiene derecho a decir y escribir lo que piense, leer lo que se le antoje, escoger a su gusto el lugar donde vivir e ir adonde le plazca. Pero una vez más nos sentimos temerosos; igual que en los tiempos de Stalin, ocultamos nuestros manuscritos, dejamos de confiar unos en otros, escribimos cartas sin sentido por temor de los censores y cortamos todo lazo con nuestros amigos.

¿No es inhumano apartar a los

niños de sus padres, impedir la reunión de las familias, negar visados de salida, privar durante años enteros a los familiares de los prisioneros políticos del derecho de ver a sus seres queridos, y hasta de que se comuniquen con ellos por carta? ¿Cuánto tiempo más podremos vivir de tal modo? A mí ya me es imposible.

He llegado a la firme conclusión

de que permanecer en las filas del Partido Comunista de la Unión Soviética sería traicionar los ideales de justicia social, de humanitarismo y del establecimiento de una nueva sociedad más humana, por el logro de todo lo cual me he esforzado, no obstante mis equivocaciones y los errores de mi conducta, y me seguiré esforzando hasta el fin de mi existencia.



Eterna gratitud

UNA CHIQUILLA de primer año de primera enseñanza estaba intrigada por la financiación del nuevo automóvil de sus padres. Cuando estos le explicaron que el banco había aportado la mayor parte del dinero para comprarlo, la niña preguntó a la madre:

—¿Cómo vamos a mostrarles nuestro agradecimiento?

—Todos los meses, hija, todos los meses.

—M.T.

Distinciones literarias

SIEMPRE he pensado que el plan de estudios universitario debería incluir una asignatura titulada: La falta de apreciación de la literatura. En ella se animaría al estudiante a pensar cuáles libros le aburren y por qué razón. El escribir una buena tesis sobre "Por qué no aguanto *La divina comedia*" podría muy bien llevar a disfrutar, con mayor conocimiento, de otros tipos de poesía. Pues aprendemos tanto de lo que rechazamos como de lo que aceptamos.

—C.F.

En torno al automóvil

EN LA vida pueden rectificarse muchos errores; en el tráfico, ninguno.

—S.N.

CONDUZCA el auto con precaución; ¿para qué morir en perfecta salud?

—T. T.

EN EL tráfico actual, usted puede salvar una vida: la suya propia.

—Sigi Sommer, Janik Press Service

EL AUTOMÓVIL acabó con los caballos; ahora está a punto de darnos la puntilla a todos los demás.

—F.F.W.

Tesoros de la tumba de Tutankamón

HACE UNOS 3350 años, a los 18 de edad, murió Tutankamón, rey divino de Egipto cuyo reinado había durado nueve años. Atestaron la tumba del soberano de objetos destinados a aligerar su vida en el más allá: desde joyas suntuosas y semillas para el jardín hasta un cuchillo con horqueta para atrapar serpientes.

La tumba de Tutankamón permaneció intacta hasta noviembre de 1922, cuando la descubrieron el arqueólogo británico Howard Carter y su patrocinador, lord Carnarvon. Los esplendores que aparecieron a sus ojos electrizaron al mundo. Menos de cinco meses después murió Carnarvon en el Cairo, y desde entonces se habla de la maldición que sufren todos los que osan entrar en la tumba de Tutankamón. Sin em-

bargo, nadie ha pensado siquiera que la cólera del faraón se extienda hasta quienes contemplen fotografías del glorioso tesoro funerario.



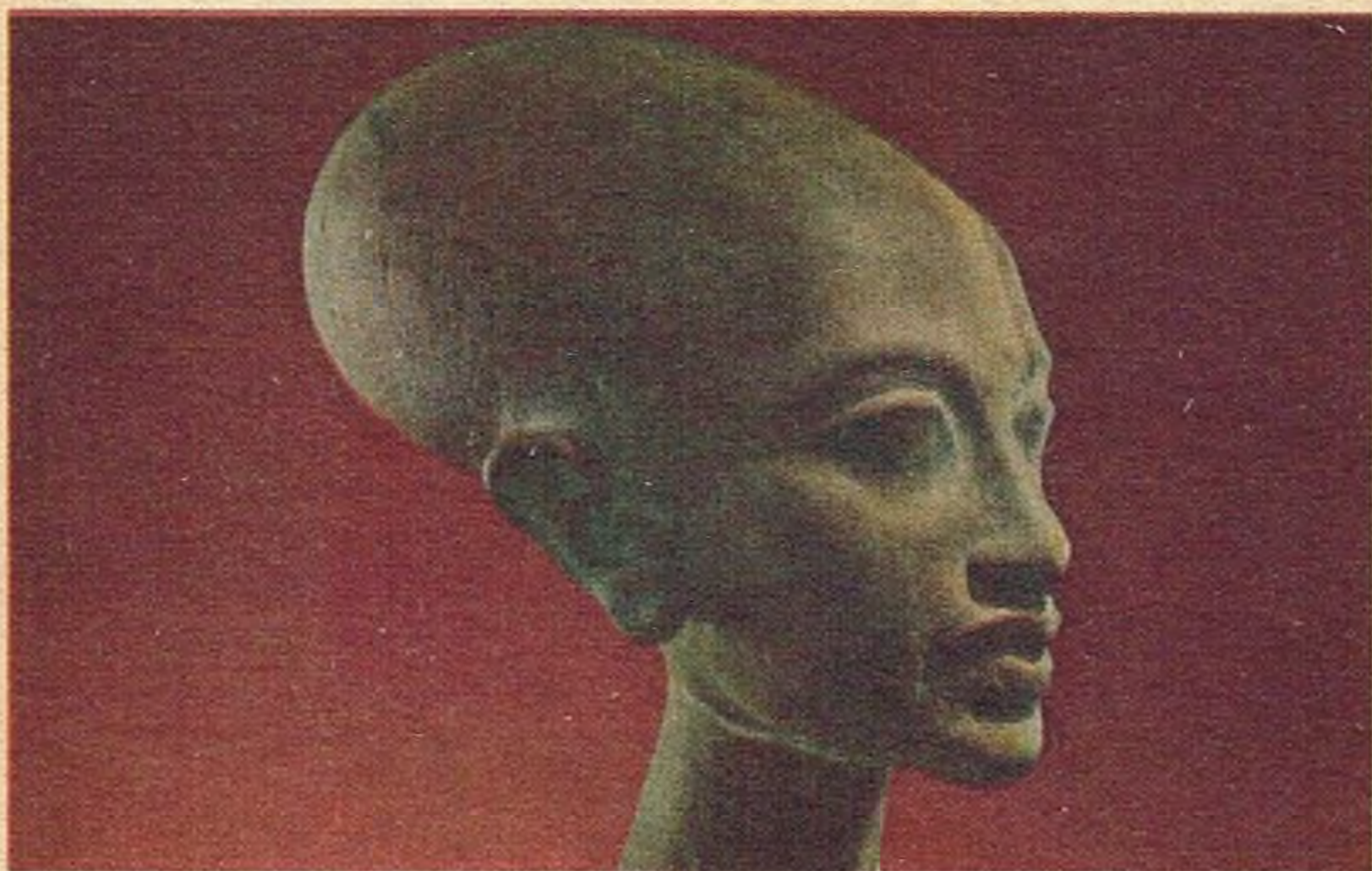
Para los egipcios, el escarabajo (arriba) era símbolo del Sol y de su poder.

Las obras de arte aquí reproducidas se cuentan entre las 55 más espléndidas que se exhiben actualmente en los Estados Unidos. Los productos obtenidos de la exposición, que llegará a seis grandes museos, se aplicarán a la restauración del Museo del Cairo, donde estos tesoros se pueden encontrar en custodia permanente.

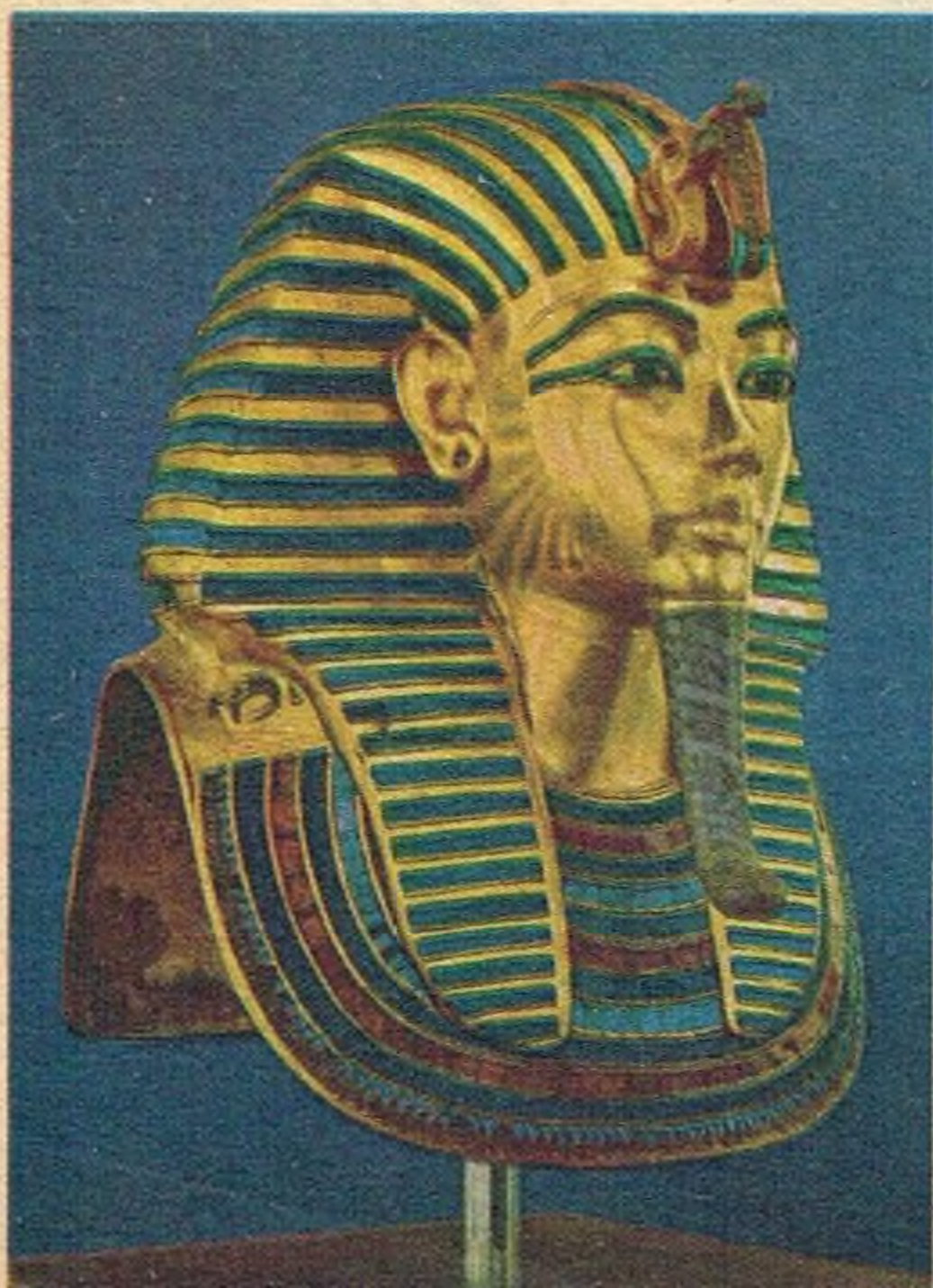
Estatuilla dorada de la diosa Selquet, coronada por su símbolo, el escorpión.

Era vital en los ritos del parto y el embalsamamiento. Thomas Hoving, director del Museo Metropolitano de Nueva York, la llama "la más bella diosa en pequeño que el hombre haya creado jamás".





*El rey Tutankamón
probablemente jugaba
con esta dama,
hija del faraón
Akenaton, en cuya
corte pasó su
niñez el primero.*



*Máscara funeraria
de oro del
joven faraón*

FOTOS: LEE BOLTIN

*La cabeza del leopardo, ritualmente
decisiva para devolver
la vida a los restos momificados.*



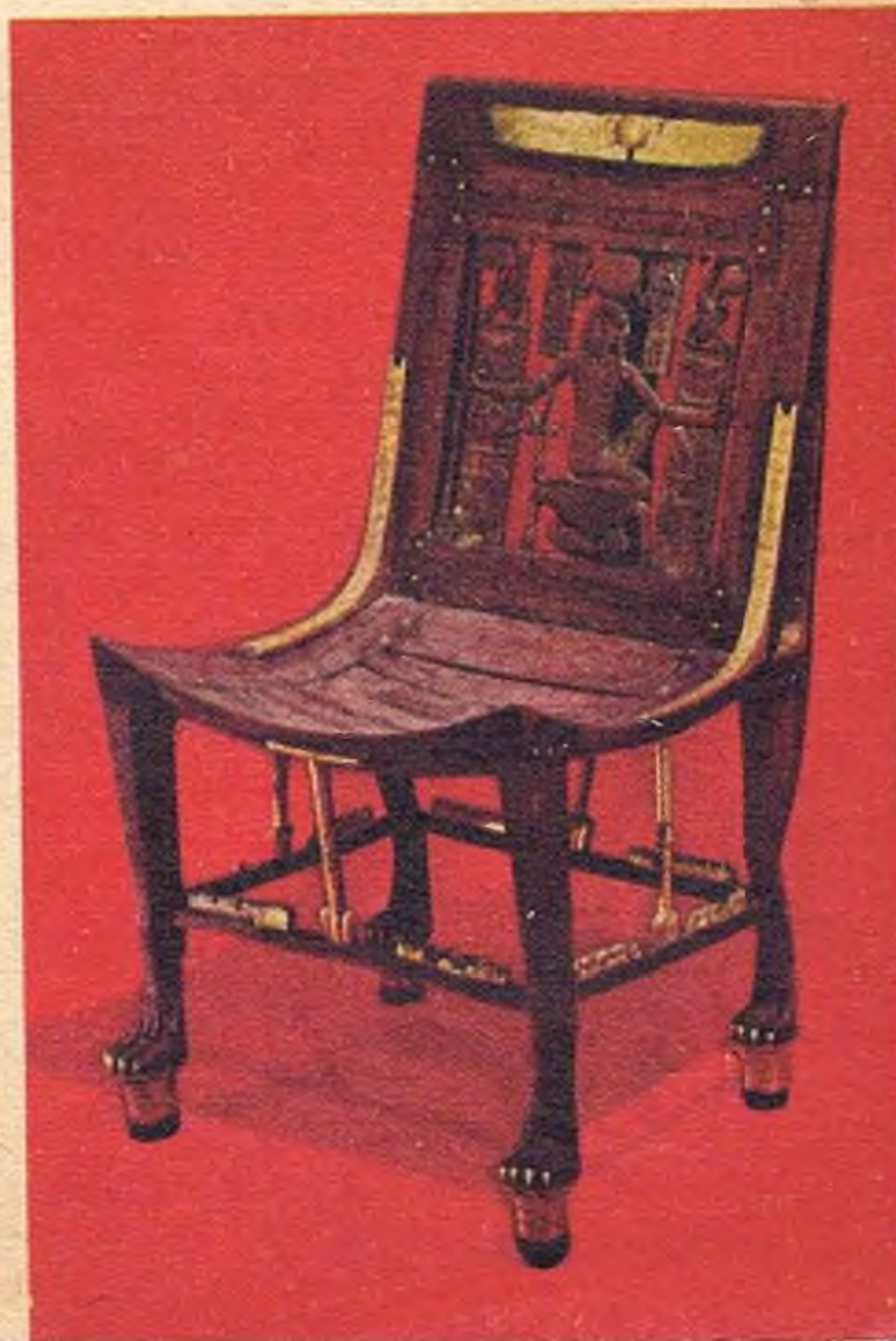
*Este amuleto de oro macizo se
encontró pendiente de una cadena,
al cuello de la momia real.*



*Los egipcios, que suponían en la cabeza
el asiento de la vida, dispusieron este
cabezal de marfil (abajo) para
proteger a Tutankamón en ultratumba.*



*Silla ceremonial, para
comodidad del faraón, hecha
de madera traída del Líbano.*



Muchas enfermedades mortales revelan su presencia cuando aún es tiempo de tratarlas eficazmente. He aquí algunos síntomas fundamentales que no debemos pasar por alto.

Atienda las señales de alarma de su organismo

POR STANLEY ENGLEBARDT

HACE UNAS cuantas semanas falleció un amigo mío a la edad de 52 años; un cáncer de la próstata lo llevó a la tumba. Poco después tuve oportunidad de hablar con su médico, que fue amigo común nuestro. Y comentó conmigo con ira y amargura: "Veamos las cosas con franqueza: la muerte de John probablemente pudo haberse evitado. Durante meses tuvo síntomas de advertencia, pero no se sometió a reconocimiento médico. Si se lo hubieran practicado en cuanto notó algún cambio en su forma habitual de orinar, quizá a estas horas habría salvado la vida".

¿Por qué tanta gente desatiende las primeras señales de alarma del organismo hasta que es ya demasiado tarde y no pueden evitarse los estragos irreparables de la enfermedad? El Dr. Thomas Hackett, jefe de siquiatria del Hospital Ge-

neral de Massachusetts, en Boston, que ha investigado centenares de casos de cáncer desde hace ocho años, explica: "Una razón es el temor a confirmar que en realidad algo anda mal en nuestro organismo: algún padecimiento que pudiera necesitar hospitalización, una operación quirúrgica, hasta un cambio en la manera de vivir".

Pero el miedo no es el único factor. El Dr. Hackett comprobó que la mayor parte de las personas muy instruidas (médicos y otros profesionales obligados a saber que el tratamiento oportuno significa generalmente la curación del mal) no acuden al médico con mayor prontitud que alguien que abandonó la escuela cuando cursaba la enseñanza elemental. ¿Por qué? "Porque se resisten sencillamente a creer que algo anormal les pueda ocurrir", responde el Dr. Hackett.

Para comprender por qué es de vital importancia atender desde el principio a las señales de alarma (sobre todo si se trata de tumores malignos), baste considerar que el cáncer se inicia típicamente como anomalía en una célula de la superficie de un tejido o del revestimiento interior de un conducto. La célula alterada se reproduce dividiéndose en otras dos que a su vez se dividen, y así sucesivamente. Pero antes de invadir los tejidos circundantes, la mayor parte de los tumores cancerosos permanecen durante un tiempo más o menos prolongado en el sitio de su origen, y es precisamente durante esta fase estacionaria cuando hay mayores probabilidades de curarlo.

Aunque las señales del organismo no son nunca prueba concluyente de la existencia de un cáncer, sí son advertencias de alguna anomalía, y conviene someterse a un reconocimiento médico concienzudo.

Cáncer de la próstata. Estos tumores suelen afectar a los hombres cuando llegan a la madurez o a los años que marcan el comienzo de la vejez. Las autopsias indican que, entre los varones mayores de 50 años, uno de cada cinco tiene cáncer incipiente de la próstata, y la mitad de los individuos de 70 presentan alteraciones cancerosas en esa glándula.

Como la próstata circunda el cuello de la vejiga precisamente donde sale la uretra o conducto por el que se expulsa la orina, la mayor parte de los síntomas se relacionan

con cambios en la forma habitual de orinar. A este respecto pueden mencionarse: la necesidad apremiante de levantarse al baño por la noche; dificultad para empezar a orinar; poca presión del chorro de orina durante su expulsión; sensación de ardor; escurrimiento de gotas una vez que ha concluido la micción propiamente dicha y, en ocasiones, un dolor sordo en las regiones pélvica o anal. Si bien es cierto que los síntomas varían y que pueden deberse a afecciones que no son cancerosas (inflamación, infección, quistes o tumores benignos), no lo es menos que todo cambio en los hábitos urinarios requiere siempre reconocimiento médico. Es más, conviene a los hombres mayores de 50 años hacerse una exploración de la próstata cada año, pues el cáncer en este órgano puede extenderse antes de que aparezca cualquier señal.

Cáncer del pulmón. El cáncer pulmonar inminente quizá se manifieste con signos de alarma insistentes e inequívocos. A manera de ilustración, el Dr. William Cahan, del Centro Memorial Sloan-Kettering de Cancerología de Nueva York, saca de su archivador el expediente de una ama de casa de 42 años que fuma con exceso, y a la que no hace mucho operaron para extirparle un tumor maligno en el pulmón. "La primera manifestación que debió alarmarla apareció casi tres años antes, cuando advirtió que ya no tenía la tos seca de fumador, que era lo normal cada mañana

al despertar, sino que se le acumulaba en la garganta una abundante secreción de flemas. Al principio atribuyó este cambio a una sinusitis con mucosidad crónica posnasal. No le dio mayor importancia a aquella manifestación patológica y siguió fumando dos cajetillas y media de cigarrillos todos los días.

"Es muy probable", añade el Dr. Cahan, "que la modificación de la tos seca fuera señal de una alteración patológica en la membrana de los bronquios. Algunas anomalías son reversibles si se deja de fumar; otras quizá sigan su curso inexorable hasta convertirse en cáncer. Con demasiada frecuencia interpretamos mal los síntomas y creemos que se trata de una afección crónica, pero benigna. De esta manera dejamos evolucionar la enfermedad y, cuando buscamos por fin la asistencia médica, ya no es factible una operación quirúrgica".

Claro está que el mejor momento para descubrir el cáncer pulmonar es mientras hay aún pocos síntomas. Por tanto, los que fuman con exceso deberán hacerse periódicamente radiografías del tórax y un análisis microscópico del esputo. En algunos casos el cáncer del pulmón puede disfrazarse de otro padecimiento: bronquitis iterativa, ataques frecuentes de pulmonía, dolor parecido al de la bursitis en uno de los hombros, angina de pecho (dolor en esa región asociado a enfermedades cardíacas), dedos en "pallito de tambor", o sea, un notable engrosamiento de los tejidos que

rodean las uñas de las manos. A este respecto aconseja el Dr. Cahan: "Si no pudiera identificarse la causa de cualquiera de estos síntomas, lo indicado será hacer al paciente un estudio radiológico de tórax. Esto es importante sobre todo cuando se trata de fumadores empedernidos".*

Cáncer de la piel. La superficie cutánea es el sitio donde se localiza más frecuentemente el cáncer. La forma más mortífera de la enfermedad es el melanoma, que en algunos casos puede observarse a simple vista durante un tiempo que va de cinco hasta 15 años o más, antes de que comience a invadir los tejidos subyacentes. En ese período de aviso, los tumores cancerosos de la piel son generalmente curables.

"La mayoría de los melanomas comienzan como simples pecas o lunares de aspecto normal", informa el Dr. Martin Mihm, dermatólogo del Hospital General de Massachusetts y de la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard. "El paciente lo descubre al mirarse al espejo o en el cuarto de baño, y de mirarlo a diario acaba olvidándose de él. Como resultado de esta indiferencia, la persona probablemente no se entera de que la mancha o el lunar empiezan a cambiar de forma o de color".

¿Significa acaso lo anterior que sea necesario examinar las pecas o lunares todos los días? Por suerte, no hace falta ser tan minucioso. El

* Véase *Cuidado con esa tos de fumador* en SELECCIONES de diciembre de 1976.

melanoma suele manifestar el comienzo de su degeneración maligna por un cambio de color. Se recomienda acudir sin tardanza al médico si aparece una mácula roja, blanca o azul (esto último es lo más alarmante) en un lunar que se ha tenido durante mucho tiempo. Asimismo merecen atención particular de parte del médico los lunares cuya coloración sea uniformemente azul negruzca, azul grisácea o azul rojiza, o bien cuando tienen superficie notoriamente irregular. "En resumen", explica el Dr. Mihm, "basta con buscar cualquier irregularidad o cambio de color que ocurra en lunares o pecas para que se pueda detectar a tiempo este tipo de cáncer cutáneo".

Cáncer del colon y del recto. He aquí algunos signos que deberán comunicarse al médico en cuanto se adviertan: cualquier cambio en los hábitos de evacuación intestinal; la presencia de sangre o moco en las heces fecales; espasmos dolorosos inusitados en el bajo vientre.

Cáncer de la matriz. Los tumores malignos del cuerpo de la matriz se manifiestan frecuentemente por un signo oportuno: la hemorragia anormal. El mejor consejo que puede darse es el siguiente: que el ginecólogo interprete lo que ese sangrado significa; pero debe hacerlo cuando aún sea posible la curación del mal. En el cuello uterino se desarrollan con mucha frecuencia esos mismos tumores malignos y, a pesar de que no suelen dar síntomas al principio de su evolución, es posible

diagnosticarlos a tiempo para lograr su curación radical, gracias al citodiagnóstico o prueba de Papanicolaou, examen de laboratorio que debería incluirse en el reconocimiento médico anual de la mujer.

Cáncer mamario. En este caso también puede atajarse el curso de la enfermedad con la autovigilancia y la exploración médica periódica. Toda mujer debería vigilar la aparición de los signos siguientes: endurecimientos o engrosamientos anormales en los senos; alteración en la forma de los mismos; toda secreción por el pezón. Estos signos pueden obedecer a otros padecimientos ajenos al cáncer, pero, si se presentan, hay que consultar inmediatamente con el médico para un examen definitivo.

Los tumores malignos, sin embargo, no son los únicos padecimientos catastróficos que dan manifestaciones tempranas. Desde hace años los cardiólogos saben que la mayor parte de los ataques al corazón suelen ir precedidos, semanas y aun meses antes, por diversos signos sutiles. Si una persona está atenta a ellos, pueden adoptarse medidas para prevenir la crisis. Cuatro signos primarios de oportuna advertencia son: 1) El sentimiento de vivir bajo una constante tensión nerviosa a causa del trabajo y los compromisos sociales. 2) La coincidencia de los clásicos factores de riesgo cardíaco, tales como aumento del peso corporal e hipertensión arterial. 3) Molestias en el pecho que hasta entonces habían sido poco frecuentes, dolor persis-

tente y vago, y sensación de saciedad. 4) Una fatiga abrumadora que se siente "hasta en los huesos". Este último síntoma sobreviene casi siempre unas cuantas horas antes de la crisis cardíaca. Es el momento de acudir al médico sin pérdida de tiempo.

"OCURRE a menudo", comenta el Dr. Hackett, "que la persona más calificada para advertir oportunamente una de estas señales de alarma es la esposa, el marido, un amigo o compañero de trabajo".

Para darme un ejemplo, me contó: "Hace dos semanas mi esposa Eleanor me llamó por teléfono para decirme que la aquejaba un dolor raro en el pecho. Muy pocas veces habla de sus indisposiciones menores, así que inmediatamente quedé sobre aviso". Cuando la señora Hackett añadió que además sentía pesados los brazos, él fue inmediatamente a casa y la llevó al hospital.

El reconocimiento demostró que se trataba precisamente del inicio de un ataque cardíaco.

Hay algo que me parece muy significativo: cuando he pedido a los médicos que me orienten respecto a los signos de enfermedad, hay ciertas palabras que todos ellos repiten una y otra vez: *inusitado, diferente, alteración*. "No proponemos a nadie que se haga hipocondríaco y corra a consultar con el médico por el menor achaque o la más leve indisposición", aclara el Dr. Howard Ulfelder, director adjunto de los servicios de cancerología en el Hospital General de Massachusetts. "Pero toda alteración prolongada o extraordinaria de los hábitos y funciones del organismo deberá ser estudiada por un médico. Obrando de esta manera, lo más probable es llegar a descubrir signos patológicos mucho antes de que se conviertan en una enfermedad de las que ponen en peligro la vida".



A LORD Ramsey, antiguo arzobispo de Canterbury, le preguntaron si al tomar la palabra en la Cámara de los Lores, solía alzar la mirada a las galerías para ver si había alguien escuchándolo. Y lord Ramsey respondió con un guiño: "Siempre acostumbro alzar la vista para ver si hay alguien allá arriba".

—*Sunday Express*, de Londres

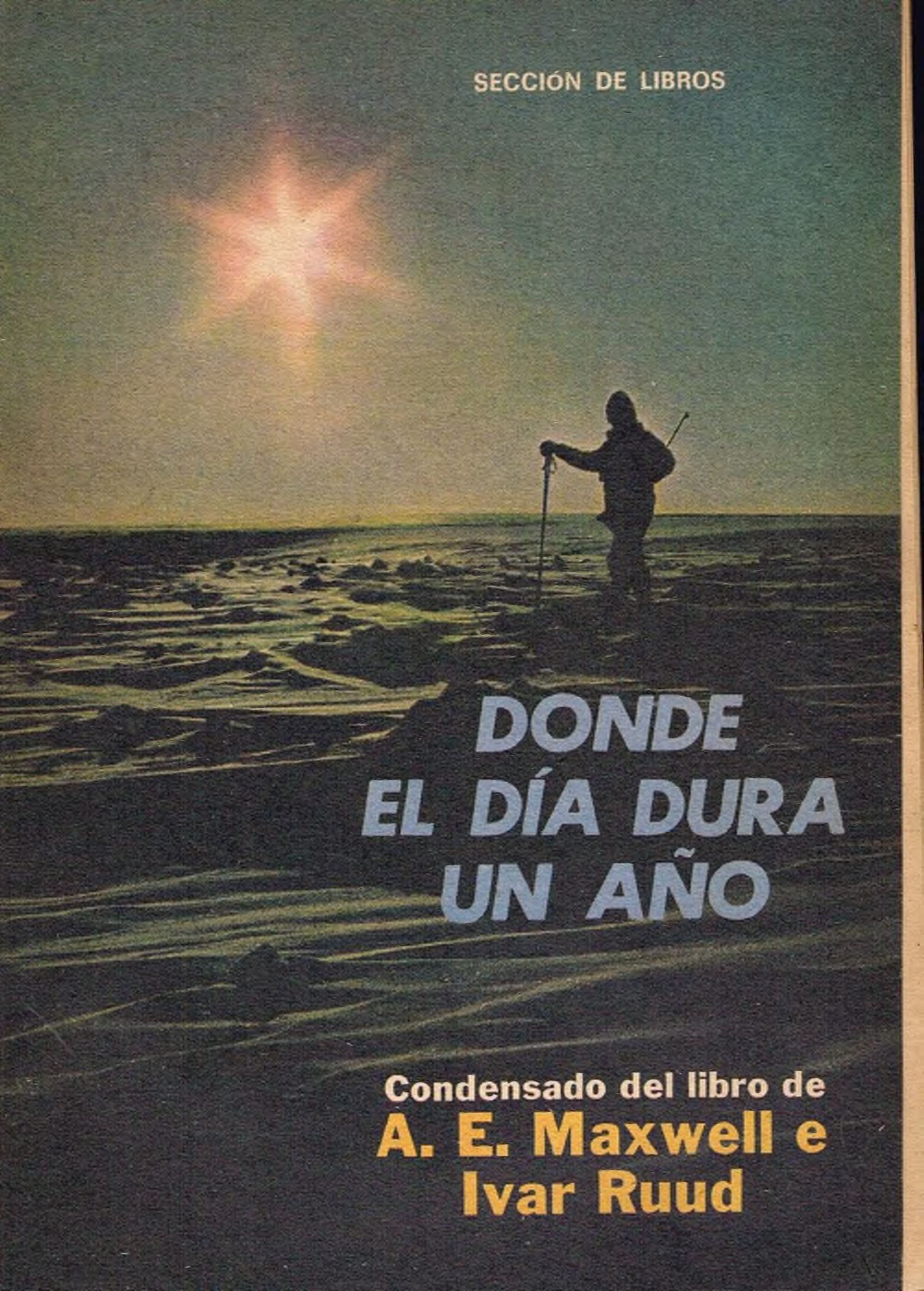


DESDE que compramos un televisor para colores, mi familia se ha vuelto mucho más aficionada a la televisión que antes. Una mañana decidí hacer que se calmara un poco aquella "fiebre", y le quité un fusible al aparato. Sin embargo, al regresar a casa ese mismo día, encontré a toda la familia muy contenta viendo un programa.

—¿Ha sucedido algo? —pregunté desconcertado.

—Nada de particular —me contestó mi esposa con sencillez—. Sólo que la televisión se estropeó, y el taller de reparaciones cobró cien pesos por componerla.

—G.T.

A full-page photograph of a person in a dark, hooded winter outfit standing in a vast, flat, snow-covered landscape. The person is holding a long pole or stick in their right hand. The sky is a mix of green and blue, with a bright, hazy orange light source (the sun) low on the horizon, creating a long, soft glow across the scene. The ground is uneven with small mounds and depressions in the snow.

SECCIÓN DE LIBROS

**DONDE
EL DÍA DURA
UN AÑO**

Condensado del libro de
**A. E. Maxwell e
Ivar Ruud**

DONDE EL DÍA DURA UN AÑO

Por A. E. MAXWELL
e IVAR RUUD



*Ivar Ruud, a la entrada de la cabaña principal,
con la barba cubierta de escarcha.*

El verano es el mediodía de las regiones árticas, con un Sol que no baja a su ocaso. Pero ya en septiembre la luz es más tenue; es la tarde, y poco a poco vendrá el anochecer. En noviembre comienzan tres meses de noche ártica, de oscuridad sin tregua. Finalmente llega el alba y después la mañana. . . y así se completa "el día que dura un año". El noruego Ivar Ruud vivió este ciclo durante más de cinco años solitarios, a unos 1500 kilómetros del polo norte. Como cazador, ganaba el sustento de la tierra y los mares congelados. En una época en que la civilización parece oprimirnos por todas partes, la aventura de Ivar nos abre una singular ventana al atávico impulso de la caza, mezclado en el ser humano con un amor eterno y contradictorio a toda criatura viviente.

"Un moderno Robinson Crusoe de las nieves".

—Ernest Gann

"Su historia está repleta de terror, acción y ansiedad suficientes para el más voraz aficionado a los relatos de aventuras".

—Publishers Weekly

EL REFUGIO de la Montaña del Ave mostraba las cicatrices del invierno. En la pared se observaban los arañazos verticales y largos de un oso polar que merodeó por el lugar y rasgó casualmente el papel embreado. Sobre la nieve, cerca de la puerta, yacía una foca abandonada que tiraron del tejado donde la habían puesto para conservarla como alimento de los perros. Alrededor se veían muchas huellas de plantígrados.

En el interior de la cabaña había una capa de escarcha, que Ivar Ruud barrió antes de atizar el fuego. Hecho esto, la salita de dos por dos metros se calentó rápidamente.

Ivar guardó su rifle en la alacena de la entrada. Allí no le llegaría el calor de la estufa, y el arma no estaría sometida a los calentamientos y enfriamientos sucesivos que condensan agua y forman hielo con grave daño del mecanismo de disparo.

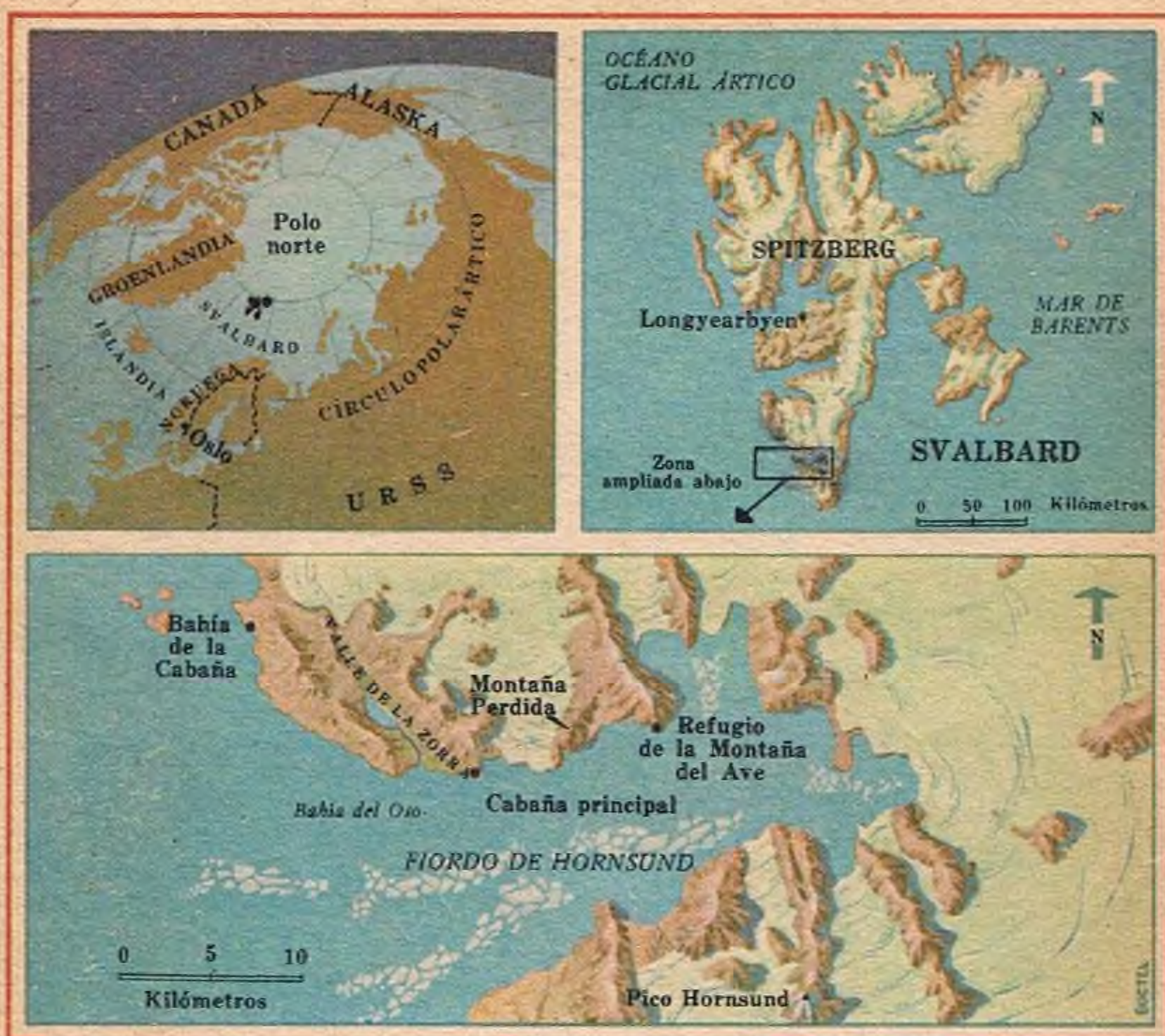
Después de comer, Ivar se puso la *parka* (chaquetón de piel con capucha que usan los esquimales) y volvió a la entrada donde guardaba equipo y provisiones. Abrió hacia adentro la mirilla de la puerta exterior, se asomó y no vio nada afuera. Tomó entonces un martillo y una lata de clavos, y volvió a clavar el papel embreado que cubría por fuera la cabaña.

Al día siguiente recorrió sus cepos, y desenterró y armó 20 para zorras. Cuando regresaba a la cabaña, el viento había arreciado lo suficiente para gemir en los aleros. Sin embargo, a pesar de su fuerza, el aire no parecía anunciar tormenta. No traía consigo afilados cristales de hielo, ni nieve que ahoga y ciega, ni sorda y sostenida violencia. Era como cualquier viento de las tierras árticas que barre el helado fiordo de Hornsund.

Calándose trabajosamente la *parka*, salió a examinar la contraventana de madera y la aseguró con fuerza para que nadie pudiera abrirla, salvo algún oso muy tenaz.

Otra vez dentro del refugio, Ivar arrimó más el asiento a la estufa improvisada con un barril de petróleo. Cuando se consumiera el fuego y sólo quedaran los rescoldos, la temperatura del aposento descendería bruscamente. Ya se había formado una capa de hielo sobre la cubeta; y al amanecer estaría el agua como una piedra.

Por fin Ivar se metió dentro de su saco de dormir, sobre un camastro que ocupaba toda una pared de la cabaña, frente a la ventana. Deslizándose en el interior, alzó las manos sobre la cabeza y ató la boca del saco lo más apretado que pudo desde dentro. Tenía ya los dedos



entumecidos de frío y sus movimientos eran torpes. El resultado fue un nudo, pero él no se molestó en desenredarlo. Durmió con sueño intranquilo durante una hora o más.

En esto, lo despertaron unos ruidos estridentes de madera astillada

y vidrios rotos. Sólo un oso blanco podría demoler con tal presteza la ventana cerrada con su pesada contra. Y rotas estas, el intenso olor de la comida que había en la cabaña escaparía fuera y enloquecería al oso hambriento.

Ivar levantó las manos sobre la cabeza, buscando a ciegas el cordel del saco de dormir. Tardó menos de un segundo en recordar que había hecho un nudo y comprender que estaba atrapado. De pronto le cayó un gran peso sobre el pecho. El oso, con medio cuerpo dentro,

A. E. MAXWELL es la firma de Ann y Evan Maxwell. Ann cultiva como escritora independiente la literatura de fantasía científica. Evan es periodista del *Times* de Los Ángeles y trata temas de la vida real. IVAR RUUD, noruego de nacimiento, ha vivido como explorador, aventurero y fotógrafo en Dinamarca, Suecia, Alemania, España, Francia, Italia, Canadá, Iberoamérica y Estados Unidos.

había metido las patas delanteras por la ventana del diminuto aposento y tanteaba el extraño bulto que sentía moverse, pero no parecía ser de carne. La adrenalina inundó el organismo de Ivar, y le desató un torrente de fuerza. Golpeó con los brazos contra el saco, una vez, dos, y el resistente nailon se rasgó.

El hombre se estiró cuan largo era sobre el camastro, tratando de evitar las garras de la fiera mientras se desembarazaba del talego. Al comenzar a incorporarse, dio de cabeza contra algo que parecía una piedra y comprendió que era la quijada del animal; entonces volvió a tenderse.

El oso se retiró un poco e Ivar se levantó precipitadamente del camastro. Apoyó los pies descalzos sobre un montón de cristales rotos. Se puso de rodillas. El olor de la sangre incitó al plantígrado, una de cuyas zarpas le pasó zumbando junto al cuerpo. Si Ivar hubiera estado de pie, el oso le habría destrozado el pecho, pero afortunadamente logró arrastrarse hasta la puerta de la habitación, resuelto a alcanzar el rifle.

En el espacio contiguo de la entrada la temperatura era de 30° C. bajo cero. Tomó el rifle del armero y, metiendo un cartucho en la recámara, Ivar se deslizó hasta la puerta exterior. Escuchó... y nada. Contuvo el aliento, pero seguía el silencio. Entonces empezó a abrir lentamente la mirilla de la parte superior de la puerta.

La cabeza y el cuello de la fiera irrumpieron por la abertura. Ivar

saltó atrás, esquivando por un pelo aquella boca abierta con su mortífera dentadura. En dos pasos se encontró pegado contra la puerta cerrada de la habitación. El aliento cálido del oso le bañaba la región del estómago. No había espacio para abrir la puerta y escapar al otro cuarto; y menos para echarse el rifle al hombro. El diminuto recinto parecía estar lleno de garras y dientes.

Levantó Ivar el arma por encima de la cabeza y disparó. El culatazo lo lanzó contra la pared. Atontado y ensordecido, abrió el cerrojo del rifle y metió otro cartucho en la recámara. Pero el oso había desaparecido. Estaba tendido inmóvil fuera de la puerta, ya muerto.

Ivar pasó la palma de la mano por el calor animal de aquella tosca cabeza blanca y aspiró lentamente, saboreando el aire helado que le hirió la garganta. Se sentía sin peso, como volando, y total e increíblemente vivo. A la pálida luz de las estrellas, la tierra era preciosa; Ivar distinguía perfectamente todos sus detalles: los dibujos de escarcha sobre el papel embreado, el resplandor de peltre de los cristales de nieve, la fuerza milenaria del viento; todo de una perfección jamás soñada.

A pesar del intenso frío, no hubiera querido volver la espalda a aquel instante sin tacha; pero entró de nuevo en la cabaña. Tras de hacer lumbre, se puso los pantalones y la *parka* y se examinó los lastimados pies. Hirvió una olla de agua sobre la estufa, se lavó las heridas y las bañó con whisky. Se sentía muy

afortunado: ninguna requería sutura. Coserse con hilo y aguja estaba muy lejos de constituir su pasatiempo favorito.

Afuera había pasado ya el momento de perfección de la noche, pero a Ivar no le importaba. Aquel instante de éxtasis se le quedó grabado en el alma y en parte explicaba el que hubiera decidido vivir en las soledades árticas.

Recogió los diversos trozos de la contraventana y los clavó sobre la ventana rota. Luego tomó sus cuchillos de desollar y se aproximó al oso. Salvo la cabeza, la piel estaba en excelentes condiciones. Unas cuantas puntadas diestras bastarían para cerrar el agujero abierto por la bala. Aquel defecto quitaría valor a la piel, pero eso importaba poco. En caso necesario, la cortaría con mucho gusto para hacerse una manta. Este oso blanco lo había llevado más cerca de la muerte que nunca... y también más cerca de la vida.

Región implacable

IVAR RUUD estuvo a punto de quedarse sin conocer siquiera el fiordo de Hornsund. Spitzberg, isla del archipiélago de Svalbard, estaba bajo la administración del gobierno de Noruega. Para cazar con arma de fuego o con trampas Ivar debía obtener un permiso. Pero en 1965, al llegar por primera vez a Longyearbyen, el caserío de Spitzberg, el gobernador del archipiélago se lo negó. La razón que le dieron fue que estaba mal preparado para hacer frente a los rigores árticos.

Ivar protestó larga y duramente. Fue inútil. Tenía apenas 19 años y le faltaba tacto, como después comprendió. No estaba preparado para enfrentarse a los obstáculos de una burocracia despótica. A los 14 años había abandonado el hogar (sin que nadie se lo impidiera) para vivir en las calles de Oslo. En cuanto cumplió los 15, se enganchó en la marina mercante. Conoció a Roma, París, Londres, Nueva York, Río Janeiro: toda una aventura emocionante para un chico campesino noruego.

Luego se inscribió en la última expedición ballenera noruega que partía a la Antártida. Durante siete meses no conoció otra cosa que el barco y sus tripulantes. El tiempo le hubiera parecido interminable a no ser porque conoció a Fredrik Rubach, que había vivido durante varios años en Svalbard y gozaba tanto al contar sus experiencias como Ivar al escucharlas. Al final de la expedición habían acordado asociarse durante un año para cazar como tramperos en el fiordo de Hornsund.

La época a que nos referimos (en 1970 y 1971) fue su cuarto año allí, y ya había comprendido por qué el gobernador se mostró tan reacio a soltar solo en las regiones árticas a un joven inexperto. Hornsund puede ser implacable. Situado a 77 grados de latitud norte, a menos de 1500 kilómetros del polo y a unos 180 por avión desde Longyearbyen, la población más cercana, Hornsund no era lugar para incau-

tos: el viento y el frío, intensos; las montañas, yermas salvo musgos, líquenes, rocas y hielo. El árbol más grande de la isla era un abedul de 20 centímetros de altura.

Todos los años Ivar pasaba seis semanas del verano en Noruega, tomando cerveza y aprendiendo a hablar de nuevo con otros seres humanos. Volvía a Spitzberg en agosto, por el atardecer ártico, de largos meses de duración en que el Sol nunca se pone. Llevaba ciertos lujos para todo el año: libros, margarina y whisky escocés; algunos artículos de primera necesidad, tales como armas de fuego, medicinas y cuchillos de desollar. De las perreras de Longyearbyen también llevaba sus perros esquimales y su perra de pastor alemán, Naika. Después aprovisionaba sus cabañas.

Habían construido la principal de ellas en 1957 unos científicos que vivieron en Hornsund algunos meses durante el Año Geofísico Internacional. A fines del verano la abandonaron y estuvo deshabitada durante un decenio. Cuando Fredrik Rubach e Ivar Ruud llegaron por primera vez a Hornsund en 1967, el alargado albergue estaba hecho una ruina. Los osos polares habían derribado las puertas y destrozado las ventanas, dejando así paso franco a las tormentas. Pero la estructura fundamental aún se sostenía en pie. Después de repararlo, el edificio les había servido bien. Fredrik ya no utilizaba la cabaña principal; prefería vivir en la Bahía de la Cabaña, más al norte, y más allá

de la ancha boca del fiordo de Hornsund, en las costas del tormentoso océano Glacial Ártico.

Una vez aprovisionada la cabaña principal, Ivar se dedicaba a hacer otro tanto con el refugio de la Montaña del Ave. Mantener y abastecer dos albergues ocasionaba complicaciones de avituallamiento. La cabaña principal se hallaba a unos 11 kilómetros de la desembocadura del fiordo; la segunda quedaba 15 kilómetros más al este, cerca de donde termina el fiordo, tierra adentro. Viajando a pie, en esquís o en trineo tirado por perros, se tardaba a veces varias horas en recorrer tan sólo un kilómetro, especialmente en mal tiempo, pero el esfuerzo valía la pena a cambio de otra cabaña. Cuanto más extensos fueran sus cazaderos, más oportunidad tendría Ivar de atrapar zorras y osos blancos. Hubiera podido acampar a cielo raso cuando andaba de cacería, pero una tienda de campaña o una cueva en la nieve no podía remplazar a las paredes sólidas de una cabaña, y era mucho más fácil abastecer durante el verano la despensa del refugio de la Montaña del Ave que cruzar cargado de provisiones las tormentas del invierno.

Pero lo más importante era que, durante la larga noche invernal, cuando sus pensamientos le acompañaban con demasiada insistencia o, al revés, dejaban de acudir, cuando aquello de la "fiebre de cabaña" no era broma sino realidad, él escapaba simplemente de una a otra.

Ese año, el de 1970, la marea se

había llevado gran parte del hielo de la costa; en vez de cargar a cuestras con los abastos hasta la Montaña del Ave, pudo llevarlos en el bote. Mas a pesar de la luz y el buen tiempo, y de que el motor de fuera de bordo le ahorraba fatigas, el Hornsund le parecía gigantesco. En la mayoría de los mapas las islas Svalbard aparecen como puntitos; el fiordo de Hornsund, si acaso figura en ellos, no pasa de un accidente innominado en la mitad inferior de Spitzberg. La fidelidad de los mapas es muy relativa. Los cartógrafos rodeaban las islas a bordo de un barco, o bien las sobrevolaban disparando sus cámaras fotográficas. Ivar usaba tales cartas, comprendía sus limitaciones y le causaban risa o cólera los errores que observaba en ellas.

Al oriente de la cabaña principal hay una hermosa montaña de dos picos gemelos que constituyen un rasgo sobresaliente del terreno y difícil de pasar por alto; sin embargo, un cartógrafo no la había visto. Ivar dio a este error el nombre de Montaña Perdida.

No vacilaba en bautizar individualmente otros accidentes geográficos del Hornsund: Valle de la Zorra, Bahía del Ganso, Bahía del Oso, Cuesta de la Tortilla, Paso del Rufián. Por donde los cartógrafos habían ido en barco o en avión, Ivar pasaba a pie o en esquís. Su Hornsund era diferente del de ellos, y él lo conocía mucho más a fondo.

Ahora se ocupaba en organizar mentalmente lo que habría que hacer en el curso de las próximas se-

manas. La cabaña principal requería algunas reparaciones; había que trasportar por mar el resto de los abastos para la Montaña del Ave mientras reinara el buen tiempo. Y tendría que cazar algunos patos y gansos antes que emigraran. La lista era larga; el tiempo, corto. Y en las pocas semanas que faltaban de la tarde ártica sólo podría estar seguro de una cosa: de que el tiempo cambiaría rápida y frecuentemente, siempre para empeorar.

El cazador

SOBRE la cabaña principal se oyó un lastimero graznido de ganso, un grito apremiante y solitario que despertó a Ivar. Hacía una semana que lo esperaba. Las ventanas de la cabaña brillaban de escarcha; la luz de octubre tenía un color gris pálido. El ganso graznó de nuevo en lo alto. Ivar sonrió, en alegre respuesta al reclamo del ave. La llegada del invierno le emocionaba.

Se había iniciado la migración; y así como las aves obedecían a su apremio, él sentía el suyo: pasaría un largo invierno de hambre si no cazaba algunos gansos. Hoy sería un día prolongado, y el de mañana también. Después se irían los gansos: la migración se iniciaba un día y terminaba al siguiente.

El frío de la mañana había cedido un poco cuando llegó a la llanura, debajo del Valle de la Zorra. Allí un grupo de peñas formaba un puesto ideal para el cazador, desde el cual se vigilaba el agua y el terreno donde las aves alzaban el vuelo. Las

sombras de las peñas le permitían levantar la escopeta sin espantar la caza. Los gansos tienen en la vista su mejor protección, pues pocos movimientos burlarán su agudeza.

A través de la bruma que cubría el firmamento, oía Ivar el paso de las bandadas, pero volaban demasiado altas. Tuvo un instante de inquietud. ¿Y si hubiesen partido ya todos los gansos? Le hacía falta su abundante carne para nutrirse, le era preciso ver sus gruesas formas almacenadas al frío de la despensa y saber que el hambre no sería una ingrata compañera en los meses venideros. ¡Eran tan grandes las bandadas!, y las necesidades de Ivar, ¡tan pequeñas en comparación! Sin duda la tierra no negaría el alimento a un cazador que no malgastaba a sus criaturas.

Cinco gansos, muy gordos, descendieron por entre la capa de nubes a 40 metros de distancia, volando quizá a nueve o diez metros sobre el suelo y enfilando hacia la tundra, donde comerían por última vez antes de emprender el largo vuelo. No vieron que Ivar levantaba sigilosamente su escopeta y la encaraba para disparar ambos cañones, que abatieron a la tercera y cuarta de las aves.

En momentos como aquel era cuando Ivar entendía menos a los que cazan por puro placer. Para él la parte mejor de la caza era saber que los gansos le proporcionarían alimento, y la esperanza de que las pieles de zorra y de oso que cobraría le produjeran suficiente dinero

para vivir un año más en las zonas árticas. Mataba lo que era necesario y daba gracias por lo que la tierra le proporcionaba.

Sin embargo, había conocido personas que se apartaban de él con disgusto al enterarse de que cazaba para vivir. Esa gente se consideraba moralmente superior, puesto que un tercero mataba lo que ella comía. Al principio molestaba mucho a Ivar esa manera de pensar, pero después empezó a pasarla por alto y finalmente aprendió a reírse de ella.

Las regiones árticas le habían enseñado a tener paciencia y a amar la vida. También le habían revelado una vieja verdad olvidada: Todos los seres vivos comen, y el matar es parte de la comida.

La espera se prolongaba, pero al fin terminó al aparecer sobre el agua otras cinco aves que rápidamente se acercaban a tierra, planeando derechas hacia la tundra. Pasaron frente a él, volando ya con más lentitud e inclinando la cabeza a un lado y otro para examinar el lugar donde deberían posarse a comer. Las dos últimas eran más pequeñas, de patas más claras, rosadas, reveladoras de juventud, y volaban paralelamente, muy cerca una de otra. Llevándose el arma al hombro, el cazador disparó, calculando que los perdigones, al abrir el tiro, abarcaran a aquellos dos gansos, que vinieron a tierra rápida y silenciosamente.

Triste tarea

APENAS tuvo tiempo de cargar de nuevo antes de que aparecieran otros

dos gansos, a mayor altura pero aún a distancia de tiro. El cazador alzó suavemente la escopeta, siguió a la presa con la mira... y se detuvo. Eran dos animales grandes, con patas de un color rosa pálido y grisáceo; gansos adultos, quizá una pareja. La probabilidad de hacer un doblete era mínima. Estas aves forman pareja para toda la vida. Ivar no tenía deseos de oír el trémulo y estridente graznido del ganso que busca a su compañero muerto.

Durante las seis horas siguientes estuvo disparando, cobrando las piezas, volviendo a cargar y esperando. Derribó 17 aves mientras duró la luz del día otoñal. Ya habían pasado millares de gansos y miles más volaban ahora a favor de los vientos helados mientras él los miraba y escuchaba, por momentos más maravillado. ¿A qué mecanismo obedecían que los impulsaba hacia los fríos vientos y los mantenía en formaciones de peculiar geometría? ¿Como escogían a sus guías? ¿Cómo conservaban los intervalos que los separaban, si no era de común

acuerdo? Sus costumbres revelan una fascinante lógica natural.

La bruma descendía por las laderas de los montes; pronto Ivar tendría que encaminarse de regreso a su cabaña. Le dolía el hombro de los fuertes culatazos de la escopeta. Mañana estaría peor, al volver en busca del resto de las aves que requería para el invierno. Pero con 40 gansos y unos cuantos patos podría guardar la escopeta durante el resto de la temporada.

Al ver que la bruma bajaba hasta unos 15 metros, resolvió partir. En esto salió de la niebla un bando pequeño de gansos que tendieron las alas y se deslizaron hacia una loma, a la izquierda del cazador. Sus abultadas pechugas relucían a la luz moribunda del día. Ivar se echó la escopeta a la cara, apuntando al ave delantera; hizo un disparo y enseguida apuntó a otra mientras caía la primera.

Pero el segundo disparo quedó algo corto. El ganso que había escogido se elevó, alarmado, en el momento de tirar el cazador, y pasaron

*El Sol retorna a mediados de febrero:
en primer término el refugio de la Montaña del Ave.*



bajos la mayoría de los perdigones, aunque no todos.

Ivar vio caer lentamente al ave herida, que sólo emitió un graznido breve y forzado; luego dio contra el suelo rocoso con fuerza suficiente para romperse el grácil pescuezo. El alivio de Ivar se desvaneció al recordar que, durante aquella caída en barrena, vio unas patas más grises que rosadas. Sólo podría abrigar la esperanza de que el animal fuera menor de tres años y aún no tuviera pareja. Pero un solo reclamo angustioso le hizo abandonar aquella esperanza.

Ruud lanzó un juramento al oír los chillidos desgarradores del ave que buscaba a su compañera caída. Los otros gansos huyeron y dejaron solo a aquel cuyo graznido se oía y volvía a perderse entre la bruma. Ivar sabía que el ganso volvería, volando en redondo en busca de su compañera. En efecto, allí estaba el animal: una sombra negra que salía de la niebla.

El ganso emitía de nuevo su graznido, buscaba, hacía una pausa; volvía a graznar y a aguardar la respuesta que ya nunca llegaría. Al fin se vería obligado, por el frío y la falta de alimento, a seguir al sur.

Así pues, Ivar esperó, casi sin respirar, mientras el ganso hacía oír su reclamo, volando en círculos a 200 metros de distancia. Luego el pájaro comenzó a acercarse: 150, 100 metros.

Tendría que aproximarse a unos 50 metros, y a 40 sería más seguro. Pero el viejo ganso no mostraba de-

seos de acercarse tanto. Ivar, moviendo apenas los ojos, examinaba el horizonte. Ya casi se había extinguido la luz.

"Date prisa, mi triste amigo", pensaba Ivar.

El ganso remontó el vuelo otra vez y luego, de pronto, bajó planeando hacia donde estaba su compañera caída, apenas debajo del velo de bruma. Al aproximarse el ave, Ivar contuvo el aliento; levantó luego la escopeta y disparó ambos cañones. Sesenta metros; tiro largo, pero no imposible. El ganso recibió la perdigonada en pleno vuelo y murió en el aire, con las alas extendidas y firmes.

Ivar bajó la escopeta, dando gracias de que la tarde ya no quedase malograda por el dolor de los vivos que buscan a sus muertos.

Pero al salir del aguardo le pareció ver que la pieza se movía. Forzó la vista a la incierta luz. Sí, el ganso se movía, pero no por sí solo. Una zorra se lo llevaba arrastrando por la tundra.

La zorra había mudado ya la mayor parte de su piel de verano, y su blanco abrigo invernal le hacía aparecer tan grande como la presa que había encontrado. Pero Ivar podía advertir, por los tirones con que avanzaba el animal, que su comida pesaba bastante más que él.

Le gritó, pero la zorra no estaba dispuesta a abandonar su tesoro. Durante un momento pensó Ivar en la escopeta que llevaba al hombro, pero consideró que era un castigo demasiado severo para un sim-

ple acto de ratería. Corriendo al trote, ganó unos 15 metros de distancia al zorro. Le gritó de nuevo con fuerza. El animal dio un salto y dejó un instante la presa, pero en seguida agarró otra vez la cabeza del ganso y echó a correr con renovada resolución.

Finalmente, a menos de 30 metros de la entrada de su madriguera, la zorra aminoró la carrera. Ivar se acercó a 10 metros de ella y, sin detener el paso, se agachó para tomar una piedra que lanzó contra la ladrona fugitiva. La piedra le cayó delante, y tanto la alarmó que soltó el ganso, se echó a un lado y acto seguido corrió velozmente hacia su guarida.

Jadeante, Ivar fue de prisa hasta donde estaba el ganso muerto. Zorra y cazador cambiaron miradas fulminantes, y el segundo comprendió entonces lo airado que estaba. Pero no por su encuentro con la zorra ladrona, sino por haber matado una gansa que tenía compañero. Retrocedió un paso y soltó con alivio una sonora carcajada que espantó a la zorra.

Sonriendo todavía, hincó una rodilla al lado del ganso, sacó el cuchillo de debajo de la *parka* y con gran destreza destripó el ave para tirar las vísceras al suelo.

La nariz color de azabache de la zorra asomó a la boca de la madriguera, estremeciéndose al olor de la comida tan cercana.

"Sí, ladronzuela: es tuya", pensó Ivar. "Te la has ganado. Pero cuidado con hacerlo otra vez".

Un oso entre las trampas

A PRINCIPIOS de diciembre el viento aullaba con áspera cacofonía por las esquinas y a través de las contraventanas de la cabaña principal. Durante los últimos días del atardecer ártico se había congelado la bahía abierta frente al refugio. Ya las tinieblas hiperbóreas se mezclaban con los remolinos de nieve en un hirviente potaje de color pizarra que hacía desaparecer toda señal visible. Durante tres días Ivar estuvo encerrado en la cabaña, de la que salió sólo una vez con un frío que calaba los huesos para dar de comer a sus perros esquimales.

Mataba las horas interminables remendando arneses, lavando ropa, afilando estacas para hacer trampas, hablándole a Naika. Dormía hasta hartarse. Cuando el aburrimiento le agobió, hizo pan suficiente para un mes, amasando vigorosamente para aflojar los músculos agarrotados.

La ventisca mató en Hornsund la última luz del atardecer y dejó atrás una vastedad de tinieblas y nieve. Pero Ivar estaba ansioso de salir y hacer algo. Reunió, pues, sus aparejos: un saco lleno de cabezas de perdiz blanca que servirían de carnada, una pala, su máuser y una caja de cartuchos. Y con todo esto, Naika.

El aire estaba absolutamente inmóvil cuando Ivar salió en esquís y, describiendo un arco, se dirigió hacia las llanuras del Valle de la Zorra, donde había colocado la primera fila de trampas. La nieve, apretada

por el viento, crujía bajo el peso del esquiador. En lo alto brillaban las estrellas con luz fría y dura. Durante una hora, a mediodía, desaparecerían en una tenue luz de color pizarra, pero estarían visibles el resto del día, como otras tantas cabezas de alfiler en el sudario de la noche ártica.

La primera trampa estaba rodeada de nieve. Era muy sencilla: una rejilla de madera aserrada, de 75 centímetros por lado, puesta de canto y con 35 kilos de piedras amontonadas encima. La carnada, una cabeza de perdiz blanca (lagópodo), estaba atada a un puntal. Si este se movía, la trampa se derrumbaba. El cebo estaba intacto, pero él no lo cambió. Cuanto menos lo tocara, mejor para los efectos deseados.

El principio del invierno es la época de las zorras jóvenes que por primera vez salen a corretear solas. Se muestran llenas de energía, curiosidad y hambre, y se lanzan a explorar grandes extensiones. Aquellas corredoras serían las primeras en descubrir las trampas. Más adelante, después de caer las más incautas, la caza con trampas sería menos fructífera. Sólo quedarían sagaces zorras adultas y las crías cautelosas. Entonces Ivar tendría que cuidar de no dejar el más leve olor propio y disponer el mecanismo de la trampa para que funcionara al mínimo roce.

Al dirigirse esquiando al armadijo siguiente, oía crujir el hielo del mar al ceder bajo el reflujo de la marea. Forzaba la vista en las tinie-

blas matutinas, pero no podía ver nada. La noche polar se había tragado a todo ser viviente. Sin embargo, la experiencia y el instinto le decían que el hielo marino era bastante espeso para sostener a los osos errantes.

Cerrando los ojos, se estuvo absolutamente quieto, atento a lo que hubiera podido escapar de su vista o su oído. Nada. No sintió la inquietud de ser observado por otro ser viviente.

La inspección inicial de la serie de trampas fue larga e infructuosa. Las tormentas habían hecho caer algunas; otras estaban tan cubiertas de nieve que tuvo que desenterrarlas y armarlas de nuevo en terreno más alto. Fueron 12 horas fatigosas trabajando en la oscuridad. Cuando ya había completado el círculo de su inspección, se encontraba entumecido de frío y hambre.

Echó a esquiar adelante con alegría, saboreando de antemano las compensaciones del trabajo en las tierras árticas: un buen fuego, comida caliente, café con un poco de whisky escocés. Sin embargo, la prisa que llevaba no le impedía estar alerta. Escudriñaba con los ojos las tinieblas, pasando la vista por las rocas y los hielos marinos en busca de alguna señal de oso. Ningún movimiento; ningún peligro todavía. Paseó en torno una mirada penetrante. La nieve recién caída aumentaba el brillo de la luz estelar dando a la tierra un resplandor azulado, fantasmagórico.

Naika venía rezagada. Había cu-

bierto doble distancia que él y estaba cansada. Mantenía la cola a nivel del lomo. De pronto la perra hizo alto y dejó escapar un gruñido sordo que estremeció al trampero de pies a cabeza. ¡Un oso!

Deteniéndose en seguida, Ivar descolgó el rifle del hombro. Sabía que el oso estaba cerca, pues Naika lo había olfateado, pero no tenía idea de dónde ni a qué distancia... quizá al otro lado de la rocosa prominencia que se alzaba a unos 75 metros adelante. Aunque en ese momento no la distinguía con la vista, muchas veces había seguido aquel sendero.

Tras encajar en la nieve los palos de esquiar, se hincó para desanudarse los cordones. Se las arreglaba con una mano, pues en la otra sostenía el máuser, y vigilaba el pequeño círculo de tierra que alcanzaba a ver. No percibía el menor movimiento hasta que oyó, distantes y apagadas, las pisadas de un oso. Naika respondió emitiendo un gruñido sordo.

Libre ya de los esquís y los palos, Ivar se encaminó en círculo hacia el montículo buscando huellas del animal. Se imaginaba al oso detrás, consciente de que otros seres vivientes se aproximaban, moviendo la cabeza sobre el ágil pescuezo, "cargándose de aire", esperando.

Naika volvió a gruñir, pero su amo no hizo nada para obligarla a callar. Si la perra ahuyentaba al oso, tanto mejor. No tenía Ivar el menor deseo de vérselas con una fiera de media tonelada de peso

cuando apenas distinguía a tres o cuatro metros delante de él. Se pasó el arma a la mano izquierda y se inclinó a recoger una piedra de la ladera. El pedrusco voló silenciosamente, describiendo un arco sobre el promontorio. Por fin el trampero oyó al oso. Se encontraba entre él y la única ruta hacia la cabaña. Sería imposible evitar al plantígrado o esperar que se marchara. Cuanto más aguardaba el hombre, más frío sentía. Pronto no podría fiarse de sus reflejos. Tenía los pies entumidos, y helados los huesos por el hambre.

Avanzó lo más sigilosamente posible el tramo de pocos metros que faltaban hasta lo alto del promontorio, pero al darle cima encontró vacío el sitio donde debía de estar el oso. Echó un vistazo a la derecha, hacia el fiordo congelado, y lo vio desierto. Sintió luego un movimiento muy leve hacia su izquierda.

Dando media vuelta, a menos de cinco metros de distancia, Ivar se encontró cara a cara con el oso blanco que acometía saliendo de detrás de un peñasco y avanzando amenazadoramente, veloz como un gato.

Ivar disparó a tenazón. Adelantó el máuser y oprimió el gatillo. El cañón del arma parecía tocar lo alto del lomo del oso en el momento del fogonazo, y la bala de punta de plomo de 19 gramos penetró atravesando huesos hasta el corazón.

Antes que el animal acabara de rodar por el suelo, Ivar accionó el cerrojo y metió otro cartucho. Luego recorrió en redondo unos 15 metros

hacia la izquierda para examinar las huellas de la bestia. El oso había venido solo. Los primeros merodeadores nocturnos casi siempre van solos. Pero "casi siempre" no basta para tranquilizar a nadie si se trata del oso polar. Ivar examinó el animal: era un macho, de talla más bien pequeña, quizá de no más de 300 kilos. Afortunadamente no había matado a una hembra, y se alegraba de ello. Se echó hacia atrás saboreando la satisfacción de saber que su vida había estado en peligro y que él había vencido. Fue lentamente hasta un peñasco cercano y se dejó caer sobre él.

Naika se acercó a Ivar y se sentó entre sus piernas. Jadeaba nerviosamente, arrojando cálidas nubes de vaho a la cara del amo, quien le hablaba en voz queda y le frotaba las orejas. Al fin él se puso en pie con aire de cansancio. Aún había mucho que hacer. Tendría que cubrir al oso hasta regresar con los perros esquimales para arrastrarlo a la cabaña principal. Si dejaba la presa sin protección, otros osos podrían hallar el cadáver y devorarlo. En la larga noche ártica no se desperdicia ninguna fuente de proteínas.

Echándose el rifle al hombro, subió con torpeza la pendiente para traer su pala. Había estado levantado desde las 6 de la mañana; si se daba prisa a trabajar, podría volver a casa antes de medianoche.

Sobre hielo delgado

DURMIÓ apenas unas cuantas horas. No había dispuesto de suficiente

nieve para tapar bien al oso. Tendría que regresar antes de que llegaran los animales que comen carroña y echaran a perder la piel.

Al verlo salir de la cabaña con los arneses en mano, los perros esquimales se alborotaron. Svarten, el guía, se esforzaba en mantener el orden durante la operación de engancharlos, pero no podía estar en todas partes a la vez. Bumpsa y Grisen, normalmente apacibles, se mostraron de pronto reacios a que los pusieran juntos en el tiro. Surly y Lazy también provocaron dificultades. Ivar tuvo que intervenir para restablecer el orden con unos cuantos puntapiés y un torrente de palabrotas. Sus perros esquimales nada tenían de falderos; eran capaces de matarse unos a otros si no los sometía a tiempo.

Durante el primer kilómetro y medio, Ivar no hizo más que ir prendido al trineo, sabiendo que no podría hacer otra cosa. Los perros estaban muy excitados con su primera carrera de la temporada. Sólo respondían a su propio impulso de correr. Si él se cayera entonces, los animales no se detendrían a esperarlo. Seguía aferrado, con las rodillas dobladas, las mejillas encendidas, la sonrisa en los labios helados. Ni el frío, ni la oscuridad, ni las rocas ocultas podrían malograr la violenta belleza de los perros esquimales y del chirriar de los esquís sobre la nieve helada.

La desbocada carrera se tornó a 1500 metros en vigoroso y constante galope. Era hora de comprobar

si Svarten recordaba la voz del amo. Ivar le gritó que virara a la derecha. El negro perrazo respondió al instante. Le dio orden de doblar a la izquierda, lo cual también hizo en seguida. Ivar quedó muy complacido. No quiso, sin embargo, arriesgarse a ordenar el alto. Los perros esquimales tendrían que correr un poco más antes de hacer caso a una petición tan absurda. Mejor darles rienda suelta ahora para que no se mostraran rebeldes cuando el amo cargara el trineo con el oso.

Al aproximarse al promontorio Ivar esperaba que los perros olfatearan al oso, pero siguieron su desenfrenada carrera. Probablemente nadie había tocado el cadáver del oso. Para mayor seguridad, Ivar dejó que los perros corrieran con el viento otros 700 u 800 metros antes de ordenar a Svarten virar hacia la izquierda.

Pero cuando ya la jauría había dado a medias la vuelta y enfilaba hacia el fiordo, se vio un resplandor blanco detrás de un témpano de hielo estancado cerca de la orilla. Habían sorprendido a una zorra blanca que andaba en busca de carroña, y comenzó la persecución. La zorra viró a la derecha, hacia el fiordo.

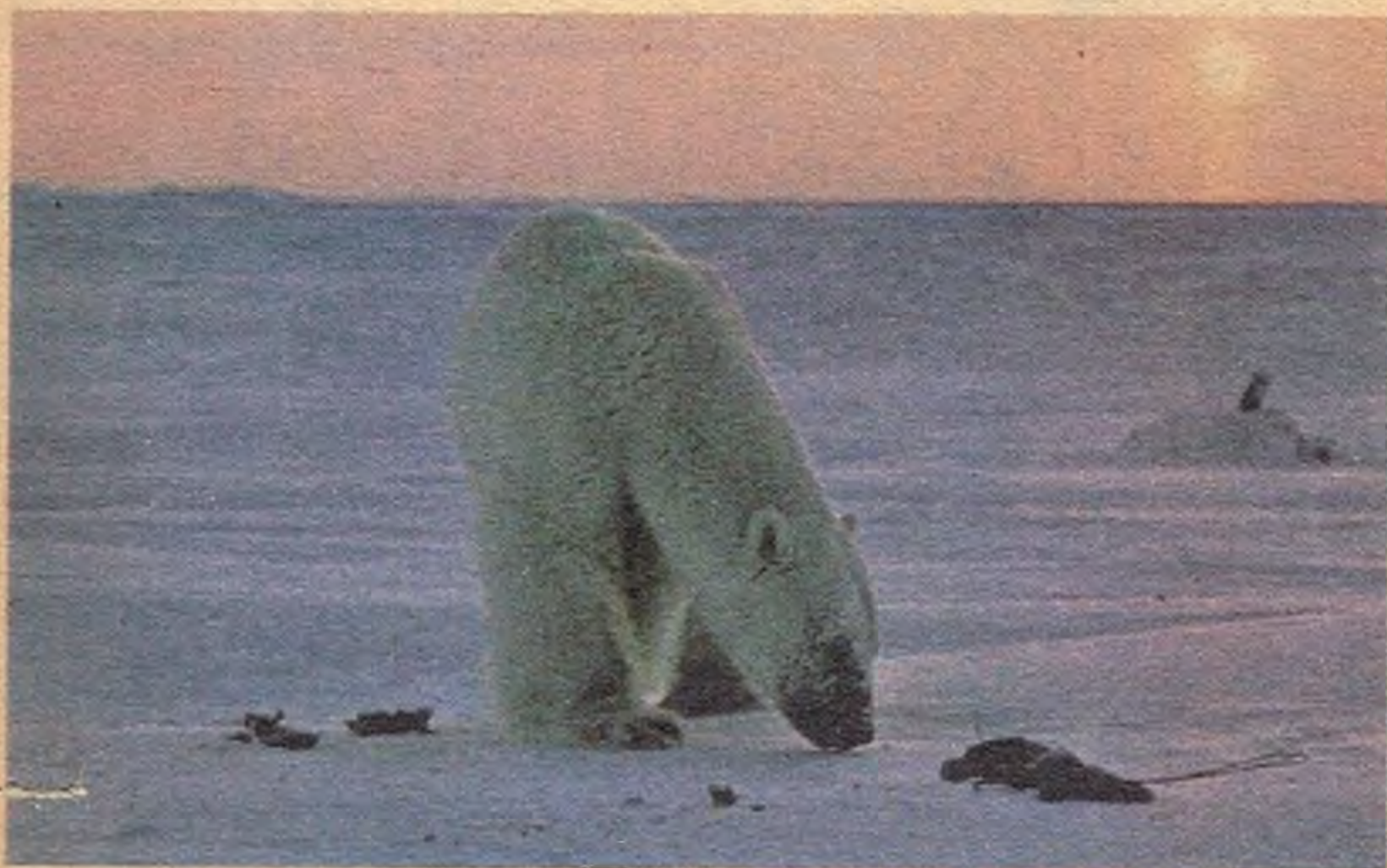
Ivar daba a gritos la orden de detenerse, pero Svarten no hacía caso: el olor fresco a zorra era irresistible. De repente Ivar se encontró remontado en el aire al salvar una elevación de 75 centímetros de altura que marcaba el límite de la tierra y el principio del hielo marino. Por una combinación de suerte y acto

reflejo se libró de volcar sobre el hielo de la bahía y cayó de pie.

El hielo formado sobre el agua era grueso, y sin embargo no muy firme. En todas direcciones Ivar percibía vagas formas, restos de témpanos flotantes del verano que se habían solidificado en el nuevo hielo. Algunos le llegaban a la altura de la rodilla, otros a la cintura, otros a la cabeza, formando una pista de obstáculos que él tenía que recorrer a gran velocidad y en tinieblas. Sin esperanza de ser obedecido, gritó a Svarten que parara.

Todavía estaba dando voces cuando la zorra se escurrió por un angosto paso entre dos bloques. Svarten pasó justamente por la abertura, pero Bumpsa y Grisen se vieron obligados a correr por encima de los témpanos. Ivar tuvo por un momento la esperanza de que el trineo quedara atascado entre las masas de hielo, obligando a los perros a detenerse, pero la frenética agitación de Bumpsa había inclinado el trineo sobre uno de los patines, y pasó de lado, arrastrado violentamente por los desbocados perros. El tirón hizo perder el equilibrio a Ivar, que se vio en peligro de estrellarse contra un témpano. Pero se encogió y, hurtando el cuerpo hacia la derecha y aferrándose a la rienda, salvó la cima del iceberg.

Abrió la boca para gritar de nuevo y en esto oyó algo que le heló el aliento en la garganta. El ruido parecía venir de muy lejos, como si alguien estuviera desencajando clavos lentamente de la madera verde:



El oso blanco olfatea un trozo de carne de foca

el hielo reciente cedía bajo el peso acumulado de los perros, el trineo y el hombre. La zorra los había llevado hasta aquel campo de hielo delgado.

Ivar trató de virar a la izquierda, hacia hielos más compactos y la seguridad de la tierra, y daba voces y tirones a la jauría. Pero los perros esquimales eran demasiado fuertes y la presa estaba demasiado cerca. Los animales siguieron adelante.

El hombre se sentía impotente. Si aflojaba, quedaría desamparado sobre hielo frágil. Es más, los perros estarían perdidos. Mientras se aferrase, quedaba la esperanza de que Svarten respondiera. La zorra ayudaría con sólo que volviera hacia tierra. Pero precisamente el grave peligro que acechaba a los pesados

perros esquimales brindaba seguridad a la pequeña zorra ártica, y ésta bien lo sabía.

El hielo iba cediendo bajo los esquís de Ivar, estirándose como una sábana elástica, formando eminencias que se convertían en montecillos. La única esperanza era seguir en movimiento, sin detenerse, para no dar tiempo a que el hielo cediera. Y debía hacer virar a los perros; era preciso. Ivar les gritaba una y otra vez, hasta que por fin el cansancio, o quizá la advertencia del peligro, hizo que Svarten desistiera de su terca persecución de la zorra ártica.

Svarten viró hacia la izquierda; el hielo se rizaba, se alzaba y bajaba. Mas al ronco latigazo de la voz de Ivar, el vigoroso perro mantuvo a sus fatigados compañeros en cons-

PARA VENDER HAY QUE SABER PERSUADIR.

Y para ello, amén
de sólidos argumentos,
hay que lograr hacerse
escuchar. Interesar.

Seducir. Convencer.

Y todo, naturalmente.

En Radio Continental
lo sabemos. Y lo logramos.

Radio Continental
es lo mejor que le puede
pasar a sus productos.

Analícenos de dos formas.

Como oyente.

Como anunciante. Después
optimice su presupuesto
y paute Radio Continental.

Se habrá dispuesto a
vender de la mejor manera,
persuadiendo.

59

6 7 9 11 14 16

RADIO
CONTINENTAL
LA RADIO IDEAL

tante carrera, describiendo un gran arco hacia la costa. Poco a poco el hielo dejó de bambolearse y crujir, y al fin Ivar se encontró nuevamente corriendo sobre los témpanos de la bahía, donde el hielo era suficientemente firme para sostenerlo. Al ver la orilla, gritó a Svarten que parara. Así lo hizo el perro al instante: un modelo de obediencia... y de cansancio.

Aún quedaba el oso por desenterrar, para cargarlo en el trineo y llevarlo arrastrando a la cabaña. También había que revisar la fila entera de trampas. Mascullando en voz baja, Ivar ayudó a los perros a pasar el trineo sobre la barrera de hielo hasta llegar a tierra. Sería aquel un día muy largo.

Música milenaria

FREDRIK Rubach e Ivar Ruud hubieran podido vivir juntos, pero ninguno de los dos había ido a las tierras árticas en busca de compañía. Y era preferible eso: el territorio que rodea a la cabaña no basta para mantener a dos cazadores. Y durante los meses de oscuridad, las cabañas resultaban aun más raquíticas de espacio.

Ivar echó un vistazo por la sala de la cabaña principal. Por lo que veía, comprendió que se había vuelto desaliñado: había libros tirados; trastos de cocina en desorden; la azucarera, el salero y los recipientes para la avena y la harina aparecían sobre la mesa, en vez de estar en los anaqueles de la cocina.

Con una exclamación de disgusto,

comenzó a arreglar la casa. Por naturaleza era persona ordenada, y, aunque no lo fuera, la región lo hubiese hecho cambiar. Su bienestar y aun su propia vida dependían demasiado a menudo de hallar cada cosa en su sitio. El desorden en la cabaña resultaba peligroso.

Pensó en los primeros colonos ingleses, desventurados prisioneros condenados a muerte. Cierta burócrata del siglo XVII, percatándose de las posibilidades de Spitzberg, ofreció perdonar la vida a los presos a cambio de que colonizasen la isla. Y así arribó a fines del verano un barco lleno de voluntarios. Con la llegada del invierno les fue pareciendo cada vez más difícil escoger entre la muerte y las tinieblas eternas. Por fin la colonia entera perdió el ánimo. Todos sin excepción optaron por volver a Inglaterra, donde les esperaba la horca, antes que enfrentarse a la noche implacable.

Después de trabajar tres horas sin descanso, Ivar había vuelto a su sitio los elementos de su vida. Era ocasión para preparar una cena especial, en celebración de... ¿de qué? En fin, por celebrar. Pronto la cabaña quedaba impregnada del aroma de pato asado y puré de papas, de espesa salsa dorada, de duraznos calientes adobados con miel y canela, y de café lo suficientemente cargado para levantar a un muerto. El ruido de la silla que Ivar acercó a la mesa del festín, atrajo la atención de Naika.

La muda súplica que el cazador leyó en los ojos de la perra, venció

a las tinieblas que aún lo envolvían. Ivar advirtió que desde hacía días no dirigía la palabra al animal. Su abstracción no sólo era peligrosa, sino también manifiestamente injusta. Le habló, pues, tranquilamente, dándole disculpas y le ofreció gruesas sobras de pato. Más tarde, al colgar él de un clavo el paño de la cocina, Naika le dio un diestro empujón en las corvas. Ivar alargó la mano, pero la perra escapó, arañando el piso de madera con las uñas. Al poco tiempo los dos rodaban juntos por el suelo: el can decidido a doblegar a su amo y a acabar con él a lengüetadas; Ivar contorsionándose desesperado para evitar tan ignominioso fin.

Cuando ambos quedaron sin aliento, Ivar se puso de pie, dando por terminado el juego. Antes de irse a la cama se preparó un trago de rubio whisky escocés, de sabor ahumado, fuerte, con un trozo de hielo de los glaciares, de mil años de antigüedad, denso por el peso del tiempo y las toneladas de nieve compacta. El inexorable proceso glacial había formado diminutas burbujas de aire en el interior del hielo, y, al derretirse en el whisky, el aire escapaba en tenues chasquidos y silbidos, como una música de milenios en vivo contrapunto con el crepitar del fuego en el hogar. De momento el mundo de Ivar estaba por entero en su cabaña, con fuego, luz, comida y la compañía de Naika. Pero también sabía que a pocos pasos se abría la noche cargada de viento, de frío y soledad.

Dejó su vaso a un lado y se puso una chaqueta. Seguido de cerca por Naika, entró en el túnel de nieve: la salida de la cabaña en el invierno. Cuando retiró la puerta de trampa que había armado en la nieve, una fina lluvia de cristales le cayó sobre la barba y los hombros. Hacia el sur distinguía, condensándose en las tinieblas, una brillantez verdosa que ocultaba las estrellas. Cual si vientos distantes soplaran sobre ella, la cortina de luz verde se hinchaba y se plegaba; y Svarten y los otros perros esquimales unían sus aullidos en pavorosa armonía, más antigua que el hombre. Un rizo azul pálido apareció en la aurora boreal, convirtiéndose en una silenciosa catarata de zafiro en medio de remolinos de esmeralda. Delgadas cintas de topacio, fantasmagóricas, aparecieron tras la cascada de luces, y entonces la aurora se esfumó, y sólo la ondulante elegía de Svarten comentaba el fenómeno.

Salió el brillante disco de la Luna, esparciendo por tierra su delicada luz argentina entre sombras de azabache. Durante un momento intensísimo, Ivar se sintió en paz. Pasó luego aquel instante, y el hombre se encontró solo y transido de frío, asediado por la terrible belleza de la noche ártica.

La ciencia de sobrevivir

LA VÍSERA de la Navidad, temprano, Ivar reunió su equipo y cargó el trineo que tiraban los perros. Iba a la Bahía de la Cabaña a pasar con Fredrik la fiesta navideña. Una vez

amarrados todos los objetos necesarios y enganchados los perros, volvió a su cabaña.

Había dejado apagar el fuego matinal mientras trabajaba afuera. Apiló cuidadosamente el carbón, leña y grasa de ballena con que haría su próxima lumbre. El secreto estaba en armar la base de tal manera que con un solo fósforo pudiera prenderse. Cada vez que regresaba a la cabaña, era muy cómodo disponer de calor rápidamente. Pero no lo preparaba con tal esmero nada más por comodidad; trabajaba en previsión del momento en que un solo fósforo pudiera ser la frontera entre la vida y la muerte.

Terminado el ritual, Ivar se puso en marcha, y no tardó en caer en el ritmo del viaje nocturno: la mente divaga, el cuerpo responde automáticamente a las exigencias del camino; los ojos nada enfocan, pues no hay donde fijarlos.

Fredrick lo acogió con una amplia sonrisa y fuertes palmadas en la espalda. Esa noche y al siguiente día ambos charlaron, comieron, tomaron whisky, se contaron sus aventuras, jugaron al ajedrez y cantaron sus villancicos predilectos. Luego llegó la hora de que Ivar regresara. Fredrick comentó que el tiempo no era muy favorable. Ivar puso oído al viento y se encogió de hombros.

Durante horas viajó sin pensar, sin verdadera conciencia de sí. Su sentido del clima le indicaba que se avecinaba una tormenta, y empezó a gritar a Svarten que apurara el paso. La tempestad, sin embargo,

los sorprendió a kilómetro y medio al oeste de las llanuras del Valle de la Zorra. Los primeros copos húmedos, blandos, pasaron por encima de la cabeza del cazador, paralelos al suelo, impelidos por un viento que soplaba con fuerza. La nieve le cubría la cara y le dificultaba la respiración. Resolvió seguir adelante de todas maneras, aunque su mundo no medía más de un metro a la redonda.

Se dio cuenta de haber llegado al Río de la Zorra al sentir la inclinación de sus esquís en el declive de la ribera. Allí resbaló de espaldas durante unos segundos y fue a parar a un hacinamiento de perros, trineo, arneses y esquís. La nieve blanda se había amontonado en la parte más honda del terreno y el cazador tardó algunos minutos en ponerse de nuevo en pie.

Pasó revista a la situación: durante las dos horas últimas él y su jauría habían cubierto apenas 1500 metros y aún les faltaban más de seis kilómetros y medio para llegar a la cabaña. Ivar estaba fatigado. Aunque el movimiento le había mantenido caliente, comprendía que tarde o temprano el frío agotaría sus últimas fuerzas y el calor que le quedaba.

La temperatura descendía de manera perceptible y el viento afilaba los suaves copos de nieve cual diminutas hojas de afeitar. La ventisca se venía encima. Era preferible quedarse allí que seguir adelante hasta que la tormenta lo despojara de su voluntad, dejándole sólo el

deseo de acurrucarse a dormir. Cuanto más pronto hiciera una cueva en la nieve para ponerse al abrigo, tanto mayor probabilidad tendría de sobrevivir.

A tientas se buscó en el bolsillo una linterna y en el trineo una pala. Los vientos anteriores habían formado sobre la orilla del río un talud de nieve, largo e inclinado, que tenía por lo menos tres metros de espesor. A paletadas cavó Ivar un túnel de un metro de anchura en dirección a la ribera. Al final del túnel formó una cámara de unos dos metros a lo largo, por uno a lo ancho y otro metro y pico a lo alto.

En seguida, cubriéndose la nariz y la boca con la mano enguantada, fue a ver a los perros. Se habían agazapado al escaso abrigo que ofrecía la ribera, con la cola sobre el hocico y vueltos contra el viento, y ya sus cuerpos desaparecían rápidamente bajo la nieve que el viento arrastraba. En pocos minutos estarían tan abrigados como Ivar en su cueva de nieve, si no más.

Del trineo sacó su talego de dormir, su tienda y su infiernillo. Montó la tienda sobre la entrada del túnel, sujetándola con estacas a la nieve. Bien hubiera podido armarla afuera y ahorrarse el trabajo de abrir una cueva, pero habría terminado aterido de frío, pues el nailon no tiene las cualidades aislantes del calor que caracterizan a la nieve.

Dentro de la cueva, encendió el infiernillo de alcohol y recogió un poco de nieve en una vasija peque-

ña, la derritió al fuego y la bebió con ansia. También la hubiera podido derretir en la boca, pero habría sido tan insensato como correr desnudo entre la ventisca. Tenía demasiado frío para gastar calor corporal en licuar la nieve. A continuación se metió en el talego de dormir, de pluma de ganso, y se puso a esperar.

Poco después de las 8 (hora en que debería estar llegando a la cabaña principal a cenar) comenzó a gruñirle el estómago. Pensó en las pastillas de chocolate que llevaba en uno de los bolsillos de la *parka*, pero no se movió a recogerlas. El chocolate se reservaba para alguna situación crítica, y la actual distaba mucho de serlo. Así pues, hizo caso omiso de su estómago.

El hambre volvió a hacerse sentir en las primeras horas de la madrugada. Ivar lió un cigarrillo y lo fumó saboreando cuidadosamente cada chupada, en la esperanza de engañar al estómago con sabor en vez de nutrición.

Prestó oído al viento, que seguía soplando violentamente y miró el reloj: habían transcurrido diez horas. Se incorporó en el saco de dormir, apartando a un lado a Nai-ka, que estaba a sus pies, y alzó la puerta de la tienda. La nieve aún hervía en el aire. Volvió a bajar la lona, se deslizó de nuevo en el saco y se echó a dormir.

Cuando despertó, la nieve aún caía con fuerza. Derritió una escudilla de nieve, lió otro cigarrillo y esperó. Más tarde, al librarse de la

somnolencia inducida por el frío y la oscuridad, abrió nuevamente la puerta del túnel: todavía nevaba, pero la tempestad amainaba. Encendió el infiernillo y se bebió varias tazas de nieve derretida, desoyendo las quejas de su estómago. Dos días sin alimento no eran nada en mitad del invierno. Luego reunió sus cosas en la cueva sin luz.

En la última etapa del viaje tardó tres horas. Al llegar a la cabaña se encontraba helado hasta los huesos, pero eso era normal. Dio de comer a los perros, hablándoles a gritos para hacerse oír sobre el silbar del viento. Cuando los animales terminaron, Ivar se hincó al lado de cada uno frotándole la piel. Dentro de la cabaña, tomó una escoba y limpió de escarcha el techo, las paredes y el piso antes de encender la estufa. Hecho todo esto, comió. A la mañana siguiente reanudaba su recorrido de las trampas.

EL DÍA de Año Nuevo de 1971 fue seguido por tres semanas de viento y tormenta, de trabajo en las trampas y de intensa inquietud. Ya se aproximaba el fin de la larga noche ártica, pero esto a Ivar no le alegraba. Inconscientemente había relajado el estricto dominio que ejercía sobre sus emociones y ahora se le adelantaban como un tiro de caballos desbocados, impulsándolo en diversas direcciones. Habían pasado casi tres meses sin más luz que la proyectada por las diminutas estrellas de un firmamento raras veces despejado o por una Luna llena

que escatimaba aun más sus apariciones. Y no era suficiente eso. Sin lugar a dudas, no lo era.

Ivar luchaba contra su sensación de soledad, sabedor de que se desvanecería al primer rayo de sol. Pero era una lucha difícil. Las satisfacciones que le brindaba la cabaña principal ya no le interesaban. Era hora de ir a la Montaña del Ave. Y fue en aquella visita cuando el oso blanco irrumpió en su vivienda mientras él dormía. Era el cuarto oso que cazó durante la noche ártica. Arrastrando la piel de 70 kilos, regresó Ivar a la cabaña.

Poco antes de mediodía se detuvo a beber de la cantimplora que llevaba dentro de la *parka*. Levantó la vista. Las estrellas aparecían pálidas, casi invisibles. Volvió los ojos al lado opuesto del fiordo, pestañeó y se quedó mirando. Allí se alzaba inconfundible el pico de Hornsund, cuyo perfil se recortó un momento contra una tenuísima luz azul.

Tanto hacía que no veía las montañas del otro lado del fiordo, que empezaba a creerlas irreales; pero en verdad existían: las había visto ya. La larga noche tocaba a su fin.

Amanecer

A PRINCIPIOS de febrero Ivar estuvo atrapado en la cabaña principal por una tormenta que duró cuatro días. En alguna parte, a gran altura sobre el hielo y la nieve arremolinados, la luz que precede al amanecer prestaría pálidos colores al firmamento, pero Ivar no podía ver más allá de su brazo extendido. Se

esforzaba en persuadirse a sí mismo de que en realidad no importaba eso, pues tarde o temprano las nubes se disiparían y él vería el Sol. Su razonamiento, sin embargo, no tenía el menor efecto; mañana sería el amanecer y él ansiaba intensamente contemplarlo.

Abrió los ojos tras haber dormido apenas unas horas, y permaneció acostado y en silencio preguntándose qué lo habría despertado. Entonces advirtió que el viento había cesado casi por completo. Volvió a quedarse dormido, sabiendo que el día de la aurora sería tranquilo, frío y despejado.

En la oscuridad de las 6 de la mañana tuvo cuidado de tomar un buen desayuno, pues sabía que no regresaría hasta la hora de la comida. Mientras se desayunaba mantenía la vista fija en la ventana sin contra. Sobre la nieve brillaban las estrellas en un cielo de obsidiana.

Fue esquiando hacia el extremo de su serie circular de trampas, que llegaba a la orilla del mar. Mientras Naika esperaba a prudente distancia, Ivar desenterró las que habían sido derribadas por la tormenta y les puso nuevo cebo. No encontró ningún zorro. Cuando quedaban lisos los armadijos, seguía adelante.

Eran las 10.

Con pasos rítmicos el trampero se abrió camino hasta el Valle de la Zorra. Tendría que dejar las trampas en buen estado de funcionamiento lo antes posible, pues las zorras estarían hambrientas y saldrían a merodear pasada la última

tormenta. Sin embargo se retrasaba en su marcha por echar vistazos hacia el firmamento.

Las 11 de la mañana.

Ivar fue subiendo penosamente la ladera de la montaña por el lado oriental del Valle de la Zorra, hasta donde pudo llegar en esquís; luego se detuvo y miró hacia el sur. El orto del Sol había comenzado cuando él trepaba. Ante sus ojos, las cumbres de las montañas se trocaron en nítidas líneas negras sobre un firmamento de color de peltre bruñado.

Se zafó los esquís con una sacudida y echó montaña arriba. Poco antes de las 12 del día llegó a la cima de un macizo desnudo, barrido por el viento. Se sentó en una roca helada, y se mantuvo inmóvil, de cara al sur. En lo alto, el cielo era una sábana de raso gris. Apareció un pálido resplandor azul que fue cobrando intensidad paulatinamente. Las montañas se convirtieron en moles negras con contornos de suaves matices, coronadas de ondulantes banderas de color pastel. Los picachos más altos irradiaban un púrpura que se encendió en carmesí y luego en oro. La luz fluía por las cumbres y collados en silencioso tropel de colores.

El Sol salió incandescente.

Ivar pestañeó. Entonces se dio cuenta de que estaba en pie con el sombrero en la mano y lágrimas congeladas en las mejillas. Volvió a calarse la gorra y se sentó nuevamente, saciándose de los colores de un mundo que el Sol le había de-

vuelto. Mientras permanecía sentado, la sinfonía de color se fue esfumando. Una marea de oscuridad lamía el pie de las montañas y subía inexorablemente para dejar los picachos convertidos en islas de luz. El Sol moría: medio disco... luego un hilo de fuego... hasta desaparecer. El día de media hora había terminado.

Sutil advertencia

LA LUZ del Sol de mediados de marzo, dura, de ribetes azules, bañaba el Hornsund. Las hileras de trampas estaban cerradas, pues pronto las zorras comenzarían a buscar compañero. Desde entonces hasta que la nieve y el hielo desaparecieran con los primeros vientos cálidos de mayo, junio o julio, Ivar estaría en constante actividad, corriendo de un extremo al otro del fiordo en busca de osos polares.

Si Ivar hubiese sido lo suficientemente rico, hubiera vivido en Hornsund sin cazar; pero tenía que costearse los gastos de los años que pasaba en la región y necesitaba cobrar los 10 plantígrados que le permitía el gobierno, además de todas las zorras que pudiera atrapar. El matar no le proporcionaba ni agrado ni repugnancia. Había aprendido que, si uno ha de vivir como el oso polar, debe, como este, matar sin placer ni remordimiento.

Hacia fines de abril Ivar había cobrado nueve osos. Le preocupaba el décimo. No contaba ya ni con tiempo ni con hielo suficiente para más de una última cacería.

La luz de la mañana ya no abandonaba al Hornsund. Donde las rocas formaban cavidades que atrapaban y reflejaban el sol, la temperatura subía casi al punto de descongelación. A Ivar le gustaba especialmente esta época del año.

Cierto día se hizo el propósito de disfrutar de una comida de perdiz blanca fresca, y se lanzó en esquís a cruzar el campo de hielo que había detrás de la cabaña principal para dirigirse hacia la Cuesta de las Perdices. Estas aves ya estarían escarbando con el pico entre la nieve, recogiendo las semillas del verano anterior antes de que volvieran las bulliciosas aves marinas.

Cerca de la cima de la cuesta, Ivar lió un cigarrillo y se puso a examinar el terreno que se extendía a sus pies. El fiordo aparecía aún como una mancha plateada de hielo, excepto en los lugares donde las mareas habían abierto grietas que derramaban agua salada sobre la nieve. Aquellas finas grietas que lo atravesaban eran presagio del inminente desgajamiento.

Una hora más tarde Ivar se encontraba casi al pie de la ladera, cuando el viento le trajo los aullidos y ladridos de una agitada jauría. El creciente furor de los perros sólo podía significar que un oso se encontraba muy cerca de ellos. Cuando el cazador llegó a los animales, sin embargo, el plantígrado ya había desaparecido. Sólo se veían sus huellas que, por lo grandes, despertaron la emoción de Ivar. El oso no podía estar lejos.



Panorama desde la cabaña principal, antes de que el fiordo se congele. La Montaña Perdida llena el fondo, en la parte superior derecha.

El rastro llevaba fiordo adentro. Dejando la escopeta y tomando el rifle, Ivar escudriñó el hielo hasta avistar al oso blanco que se alejaba hacia las remotas alturas. Ya iba demasiado avanzada la estación para dejar escapar tan excelente ejemplar macho. Estaba a tiro demasiado distante, incluso para su máuser de cañón largo, pero no se le presentaría mejor ocasión de jugar el lance.

Hincó una rodilla, afirmó el rifle y oprimió suavemente el gatillo. El oso pareció tambalearse. Luego salió a galope, aparentemente ileso. El segundo y el tercer disparos levantaron apenas esquirlas de hielo detrás de la fiera, lo que aceleró su fuga. Ivar creía haber fallado los tres tiros, hasta que por la mira te-

lescópica observó un brillo rojo de sangre sobre el hielo. El oso iba herido. Con el máuser terciado en bandolera, el cazador se lanzó en esquís a la persecución del plantígrado en fuga.

No tardó en encontrarse muy adentrado en el fiordo. Recordaba el centro de aquel estrecho golfo tal como lo había visto desde lo alto de la Cuesta de las Perdices: una extensión de delgadas grietas negras y relucientes manchas de color azul oscuro, que eran charcos de agua salada sobre hielo quebradizo. Pero bajo sus esquís sentía firme el hielo, y el oso herido no podría seguir corriendo indefinidamente.

Al cabo de una hora el rastro de sangre se había reducido a una que otra gota del tamaño de un dedo



YES!



HABLE INGLÉS EN 16 LECCIONES

**CON ILVEM: La Manera Veloz de
Aprender y Triunfar.**

Valor del Curso: \$ 21.400
Oferta Especial por Pago Contado.
(30 % descuento)

\$ 15.000

(Exterior: Dls. 50)

Oferta Financiado

Anticipo: \$ 6.400.—y 3 cuotas de \$ 5.750.—
o Anticipo: \$ 6.400.—y 6 cuotas de \$ 3.260.—

**ILVEM, SU APRENDIZAJE
EN LIBERTAD.**

Los métodos tradicionales no satisfacen a las personas interesadas en dominar el Inglés rápidamente. Son complicados, exigen muchas horas de estudio durante un periodo demasiado prolongado. El Curso Autodidáctico YES, creado y desarrollado en el Depto. de Investigaciones de ILVEM, es el único que le ofrece estas ventajas:

RAPIDEZ: Dominio garantizado del idioma inglés en 16 lecciones.

TECNICAS DE AVANZADA: La utilización de los últimos conocimientos mundiales sobre la capacidad de retención y asimilación de la mente.

**AHORA CON ARANCELES
SUPER PROMOCIONALES,
PARA QUE USTED TAMBIEN
PUEDA DARLE UN NUEVO
CURSO A SU VIDA.**

**PARA UTILIZAR RAPIDAMENTE
EL INGLÉS EN EL
COMERCIO, TRABAJO,
VIAJES, ESTUDIOS, ETC.**

ILVEM 
INTERNACIONAL
la manera veloz

DIAGRAMACION ESTRUCTURAL:
Programa dividido en etapas que cubren los giros y modalidades de la actividad cotidiana del hombre.

MATERIAL DIDACTICO GRATUITO:
Incluye, además de los textos y material de pruebas, moderno cassette para practicar desde el comienzo los conocimientos adquiridos, y aplicarlos en cualquier momento y actividad, hablando y pensando en Inglés.

TURISMO EDUCATIVO:
La posibilidad de acceso a Turismo Internacional con planes especiales.

YES!



HABLE INGLÉS EN 16 LECCIONES

Y UN PREMIO POR SU INTELIGENTE ELECCION!

Todos aquellos que aprovechen esta oferta especial por pago contado, recibirán gratuitamente, junto al material del Curso, una tarjeta ILVEM-CARD. Para obtener importantes descuentos en todos los rubros de consumo y en todas las empresas adheridas al Sistema. (Ej.: turismo, próximos cursos por correo, útiles escolares, libros, etc.)



Los mejores profesores de cada especialidad enseñándole donde usted quiera, a través de un material didáctico de excepcional calidad.

Duración del curso por correo: 90 días.

Duración de la Matrícula para consultas gratuitas: 12 meses.

EDIFICIO I: Av. de Mayo 950.

EDIFICIO II: Riobamba esq. Viamonte.

CENTRO: Lavalle 415, 1º piso.

BELGRANO: Monroe 2413, esq. Cabildo, 1º piso.

FLORES: Galería San José (Sector Bajo).

AVELLANEDA: 25 de Mayo 21, esq. Av. Mitre.

SAN MARTIN: Galería Colonial - Frente a Estación (Lic.).

HAEDO: Rivadavia 16243, 1º piso.

MARTINEZ: Alvear 222.

LA PLATA: Calle 8 N° 862, 1º piso.

Teléfonos: 38-5669 y 38-4235.

ILVEM



INTERNACIONAL

la manera veloz

**SOLO CORTE Y REMITA ESTE CUPON
HOY MISMO A INSTITUTO ILVEM SAEAFICI.
C.C. 3785 - CORREO CENTRAL.**

DESEO RECIBIR EN MI CASA EL CURSO YES
DE INGLÉS EN 16 LECCIONES.

Nombre

Dirección Tel.

Localidad

Provincia País

Vigencia de esta oferta: 45 días.
Ya están incluidos los gastos de embalaje,
matrícula, certificado de estudios y envío.

OFERTA CONTADO

(30 % de descuento ya incluido)
Adjunto cheque/giro
a la orden de
INSTITUTO ILVEM SAEAFICI.
por \$ 15.000.—
(Dls. 50)

OFERTAS FINANCIADO

Adjunto cheque/giro
correspondiente al anticipo
de \$ 6.400.— para
el plan de crédito.
Total a pagar en 3 cuotas
de \$ 5.750.— ☐
o 6 cuotas de \$ 3.260.— ☐

pulgar sobre la nieve, pero la longitud del paso del oso parecía haber disminuido. Enfrente se veía el perfil dentado de las rugosidades formadas en el hielo por las presiones. Ivar siguió internándose cuanto pudo por la selva de agujas heladas y luego se quitó los esquís, que clavó verticalmente en un montón de nieve. Con paso cauteloso trepó hasta la cima de un bloque de hielo inclinado y desde allí escudriñó el terreno. A menos de 400 metros, en un trecho llano entre dos elevaciones, estaba el oso.

El cazador se deslizó por la pendiente opuesta del bloque y siguió a buen paso el rastro. Dejó atrás el trecho llano de hielo, pero el animal no estaba a la vista. Otra media hora de carreras y brincos lo condujo a una meseta de nieve rodeada por picachos de hielo. A 10 metros de distancia estaba el oso tendido sobre la nieve. Al sentir llegar al cazador, se incorporó con celeridad.

Ivar encaró el arma y repercutió sobre los hielos una sola detonación. El oso volvió a caer entre la nieve. Con paso cauteloso Ivar dio la vuelta alrededor del plantígrado, atento a cualquier movimiento. Le tocó ligeramente un ojo con la punta del cañón, pero la bestia no reaccionó. Mirando por última vez en torno, en previsión de que otros osos hubiesen acudido al olor del animal recién muerto, sacó el cuchillo de desollar y se arrodilló.

Trabajaba con las manos expuestas al crudo frío y levantando la vista con mayor frecuencia que de

costumbre. En la conciencia, sus instintos le ponían en guardia. Ya llegado a la mitad de la faena del desuello, sus vagas prevenciones cobraron fuerza de exhortaciones urgentes. Soltando el cuchillo de desollar junto a los guantes, empuñó el máuser y trepó al bloque de hielo más próximo para echar un vistazo alrededor.

Entonces vio una lengua de agua de 20 metros de anchura que lo separaba de la orilla norte del Hornsund, y durante un momento interminable sintió que las fuerzas le abandonaban.

El milagro del fuego

AUNQUE se resistía a creer que estaba aislado en medio de una masa de hielo flotante que comenzaba a romperse, se deslizó bloque abajo y echó a correr por la orilla de la quebrada lengua de agua, que se iba ensanchando por momentos. Solo una vez miró hacia atrás, y lo que vio le hizo apresurar la carrera: a sus espaldas, la brecha era dos veces mayor. Siguió corriendo hasta llegar a un punto donde la negra lengua dentada tenía sólo seis metros a lo ancho.

Más adelante la separación se ensanchaba otra vez. Sin detenerse a pensar ni a tomar aliento, arrojó su arma al lado opuesto del brazo de agua y, antes que el máuser hubiera caído en la otra orilla, él ya estaba nadando en el mar helado. De tres brazadas y pataleando con las pesadas botas, llegó a la otra parte y buscó con las manos desnudas un

no sólo los niños
preguntan...

también
los adultos
tenemos
muchas
dudas



Encuentre en SEXO Y EMBARAZO una autorizada respuesta a todas las interrogantes que usted tiene sobre: Fisiología, Anatomía y Función de los Organos de la Reproducción, el Parto y la Educación Sexual.

Selecciones del Reader's Digest le ofrece ahora (¡por sólo 400, pesos!), su nuevo y valioso Selelibro: Sexo y Embarazo.

Conozca todo lo referente a los órganos de la reproducción, su estructura y funciones; el proceso de la menstruación y sus variantes clínicas; el impulso sexual y sus manifestaciones naturales; la regulación de nacimientos; una detallada descripción de los síntomas y manifestaciones físicas que permiten el diagnóstico del embarazo; el parto, cuidadosamente descrito, desde su preparación hasta el

momento del alumbramiento.

Además, la vida sexual de la mujer; y toda una sección dedicada a un problema de suma importancia en la actualidad: la adecuada instrucción sexual que debemos impartir a nuestros hijos, en un capítulo titulado: Cómo decírselo a los niños. Y todos estos particulares tratados bajo una visión rigurosamente científica y confiable.

- 128 páginas de información
- Magníficas ilustraciones
- Esquemas anatómicos

SEXO Y EMBARAZO
UN SELELIBRO DE
Selecciones
del Reader's Digest

sexo y embarazo
y embarazo
sexo

¡ YA ESTA A LA VENTA !

Algunos digestivos le ofrecen una sola razón para tomarlos **sólo Alikal** le da **2 buenas razones**



1

Una tableta analgésica que calma el dolor de cabeza, que acompaña casi siempre al malestar estomacal, despeja y reanima.



2

Una sal efervescente, digestiva y refrescante, que alivia el malestar estomacal proporcionando una estimulante sensación de frescura.

**primero
la tableta**



**después
la sal...**

...y rápido alivio al malestar!

lugar para asirse en la plancha de hielo, de un metro de altura. Sus manos insensibles resbalaban, hasta que por fin pudo agarrarse lo suficiente para izarse sobre los brazos y salir del agua en un impulso desesperado.

Terciándose el rifle a la espalda, volvió a emprender la carrera, mientras se golpeaba con las palmas de las manos los hombros y los muslos, tratando de hacer llegar la sangre a los dedos, que ya no sentía. Al correr veía caer trozos de hielo de su ropa congelada; sentía que bajo sus pies el hielo vacilaba, mientras alrededor se abrían nuevas grietas.

Corría saltando sobre las oscuras aguas de un témpano a otro, se detenía un instante para recobrar el equilibrio, reanudaba la carrera, sin dejar de golpearse con las manos la ropa helada. El corazón le palpitaba violentamente mientras se precipitaba hacia una orilla que él sabía a más de dos horas de distancia de allí. Detrás de él se escuchaban el estrépito de los hielos al romperse, los prolongados gemidos de las arrugas de presión, que cedían y se derrumbaban, y el matraquear sin fin de la desintegración del hielo.

En determinado momento advirtió que había vuelto a cruzar sus propias huellas y había virado automáticamente para seguir las. Batía las palmas una contra otra, haciendo contrapunto a los latidos de su corazón, y corría, y corría, desandando sus propios pasos, hasta que las piernas y los pulmones le dolían, hasta pensar que siempre había es-

tado corriendo sobre hielos flotantes y saltando sobre imprevistas aguas oscuras, corriendo hacia una orilla en que ya no tenía fe.

Se precipitaba sin levantar la vista de los pasos que iba siguiendo a la inversa, dándose golpes en el pecho con las manos entumecidas, corriendo hasta que la barba se le cubrió de una gruesa corteza de escarcha blanca producida por su propio aliento, salvando kilómetros y más kilómetros, hasta que le parecía que ya no podría correr más.

Por fin, levantando la vista, divisó su cabaña. Delante de él estaban el hogar, el fuego, la vida. Unos pasos más y ya había dejado de correr y se apoyaba contra la puerta, tanteando el pestillo con manos entorpecidas por el frío, hasta que por fin la puerta se abrió hacia adentro, haciéndolo caer en el interior de la cabaña. Había estado ausente más de 12 horas, por lo cual el refugio se había quedado tan frío como el hielo del fiordo.

De un puntapié abrió la tapa de la estufa y luego tomó una cajita de fósforos que había en la repisa. No sintió siquiera haberla tocado, pero la caja cayó al piso. Agachándose frente a la estufa, intentó cuidadosamente recoger la esquiada caja. Poniéndole una mano encima para que no se moviera, con los dedos insensibles de la otra golpeó uno de los extremos hasta que la caja se abrió y los fósforos se desparramaron por el suelo. Pero cuando trató de asir uno, los dedos no le respondieron.

Con un grito inarticulado de frustración, se dio repetidos golpes con las manos en las rodillas, pero nada logró sentir.

Volvió a la faena de los fósforos, y al cabo de un rato descubrió que podía levantar uno apretándolo torpemente entre los cantos de las manos. En esta forma recogió con cuidado la caja, que se colocó verticalmente entre las rodillas. Después apretó ambas palmas sobre el fósforo más cercano y lo frotó contra el esmeril de la caja. El palo se rompió.

Lenta, pacientemente, Ivar halló y levantó otro. Lo raspó cuidadosamente, pero se le escapó de las manos. El tercero se le cayó al piso, e igual ocurrió con el cuarto y el quinto. Pero siguió insistiendo, sin titubear ni dejarse dominar por un sentimiento de inutilidad. Al fin, una de las cerillas encendió.

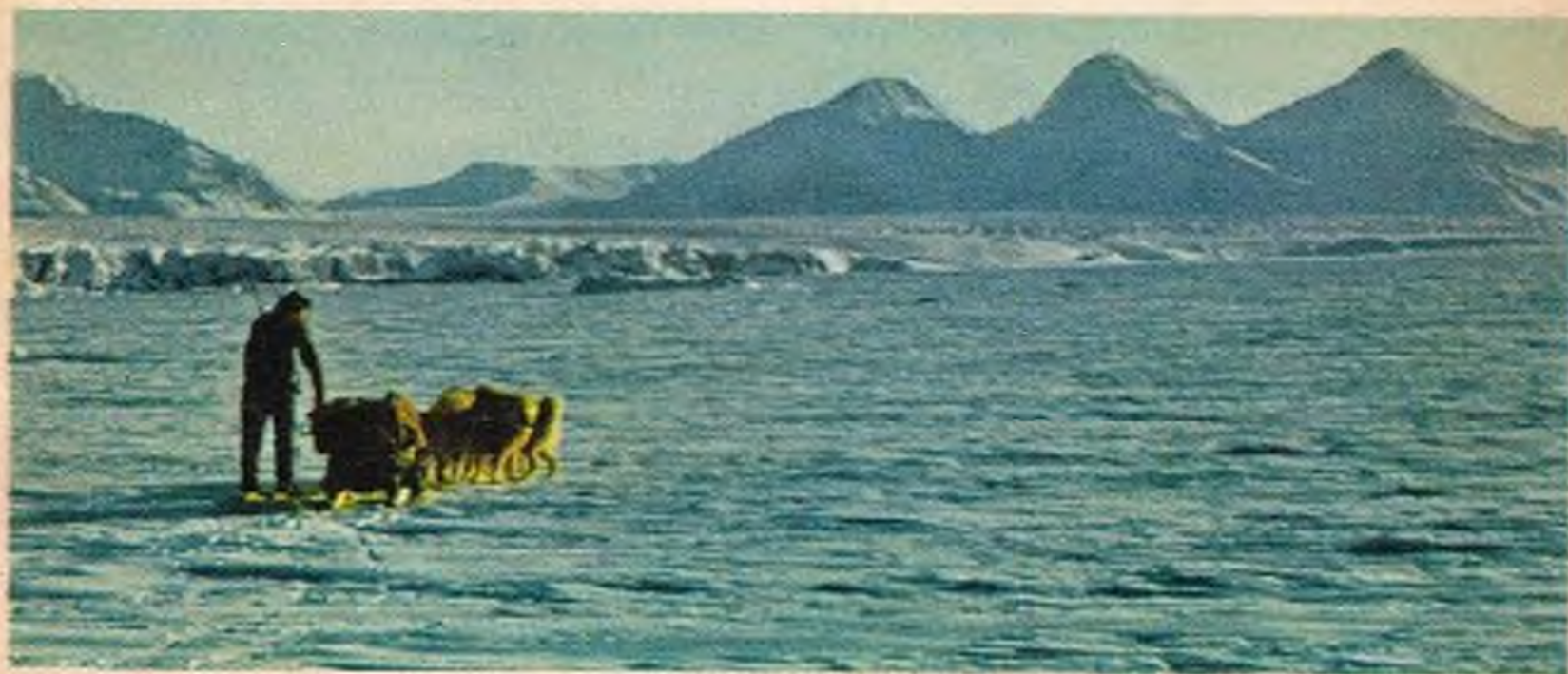
Con angustiado cuidado llevó la llamita hasta la estufa. El fósforo cayó entre la leña menuda. Ivar con-

tenía el aliento por temor de que el más leve soplo apagase la lumbre. Un fino trozo de leña menuda se ennegreció y luego emitió diminutos puntos de llama azul. Las pálidas lenguas de luz vacilaban, se extendían, ardían con un color rojizo y anaranjado que luego adquirió un hermoso tono dorado. El calor comenzaba a dar en el rostro al hombre, como el de un Sol naciente. Ivar se estuvo inmóvil, arrodillado frente a la estufa mientras en sus ojos se reflejaba el milagro del fuego.

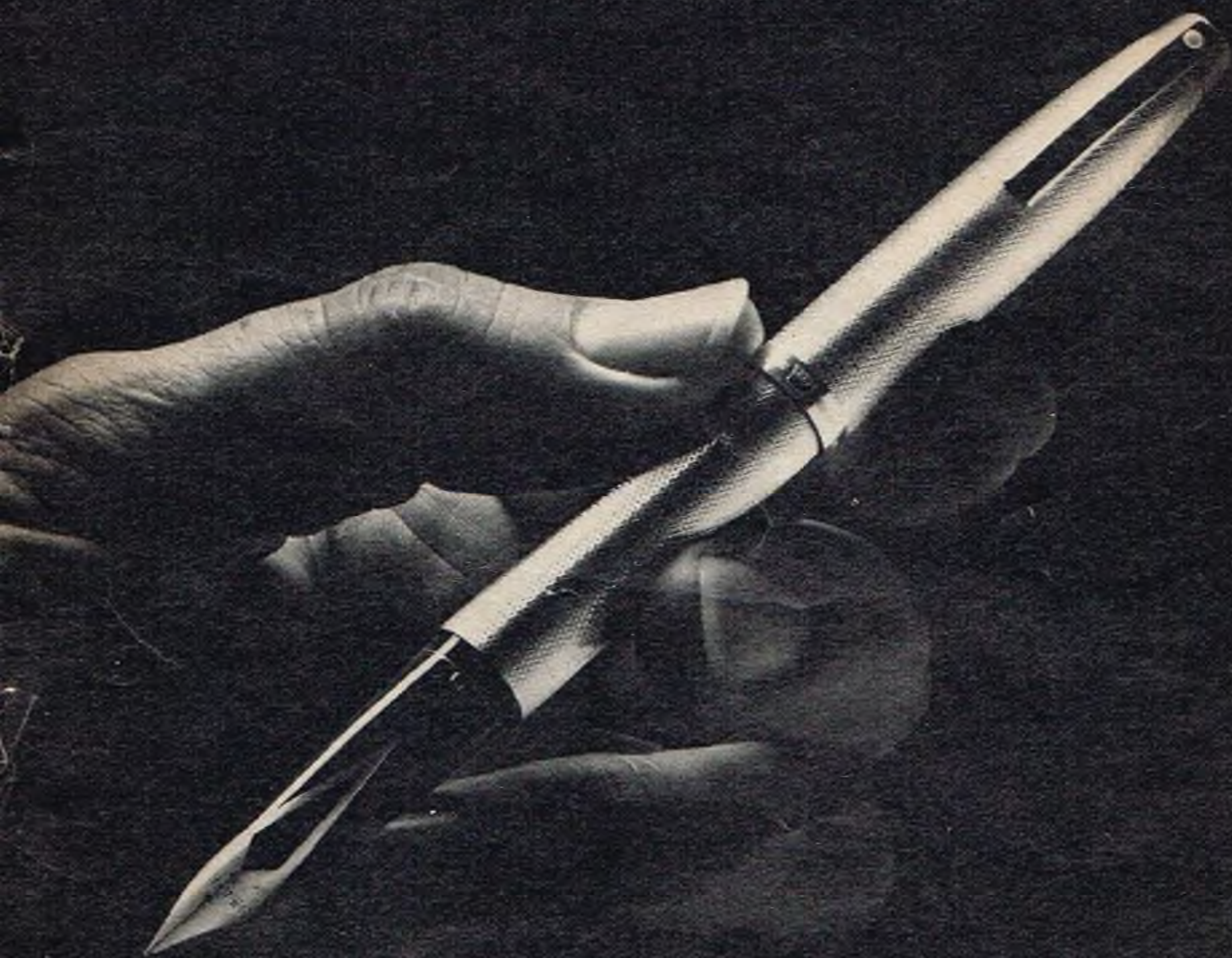
Un equilibrio perfecto

DURANTE las tres semanas siguientes, Ivar recorrió el fiordo buscando osos polares sobre el hielo, que aparecía cada vez más delgado. Aquellas semanas trascurrieron rápidamente y habían sido muy hermosas, pero los osos no se dejaban ver... hasta que ayer los perros esquimales se desataron en gruñidos feroces al Sol de medianoche. Y un

Por la mañana del día-año polar sale Ruud con su tiro de perros sobre el mar congelado



COMO PLUMA FUENTE,
PUEDE SER COSTOSA.
PERO COMO HERENCIA, NO LO ES.



Pasarán los años, y su Sheaffer conservará las mismas condiciones óptimas que tiene ahora. Su bello diseño escultural continuará cultivándolo. Así que no piense que Sheaffer es una extravagancia. Piense que es una herencia que comienza.

SHEAFFER •

SHEAFFER EATON **TEXTRON**

Sheaffer Eaton Division of Textron Inc.

plantigrado que se había propuesto hartarse de perro esquimal quedaría convertido en una gruesa piel blanca por obra del cuchillo de Ivar.

El cazador hizo pausas en su labor y, flexionando los dedos, se volvió a mirar la caleta abierta frente a la cabaña. Brillaban en la superficie de la nieve, que iba derritiéndose, algunos charcos de agua salada. Más allá, cerca del centro del fiordo, resplandecía una cinta de agua azul oscura entre dos riberas de hielo blanco.

Aquí y allá, a lo largo de la orilla, en las tierras llanas y en las laderas de las altas montañas, las primeras aves migratorias se apretujaban en la nieve, chillando con impaciencia en espera del deshielo a favor del viento cálido. No tendrían ya mucho que esperar. Bajo el hielo y la nieve se iniciaba un nuevo ciclo que sacaba su energía del viento del sur y del alto Sol amarillo.

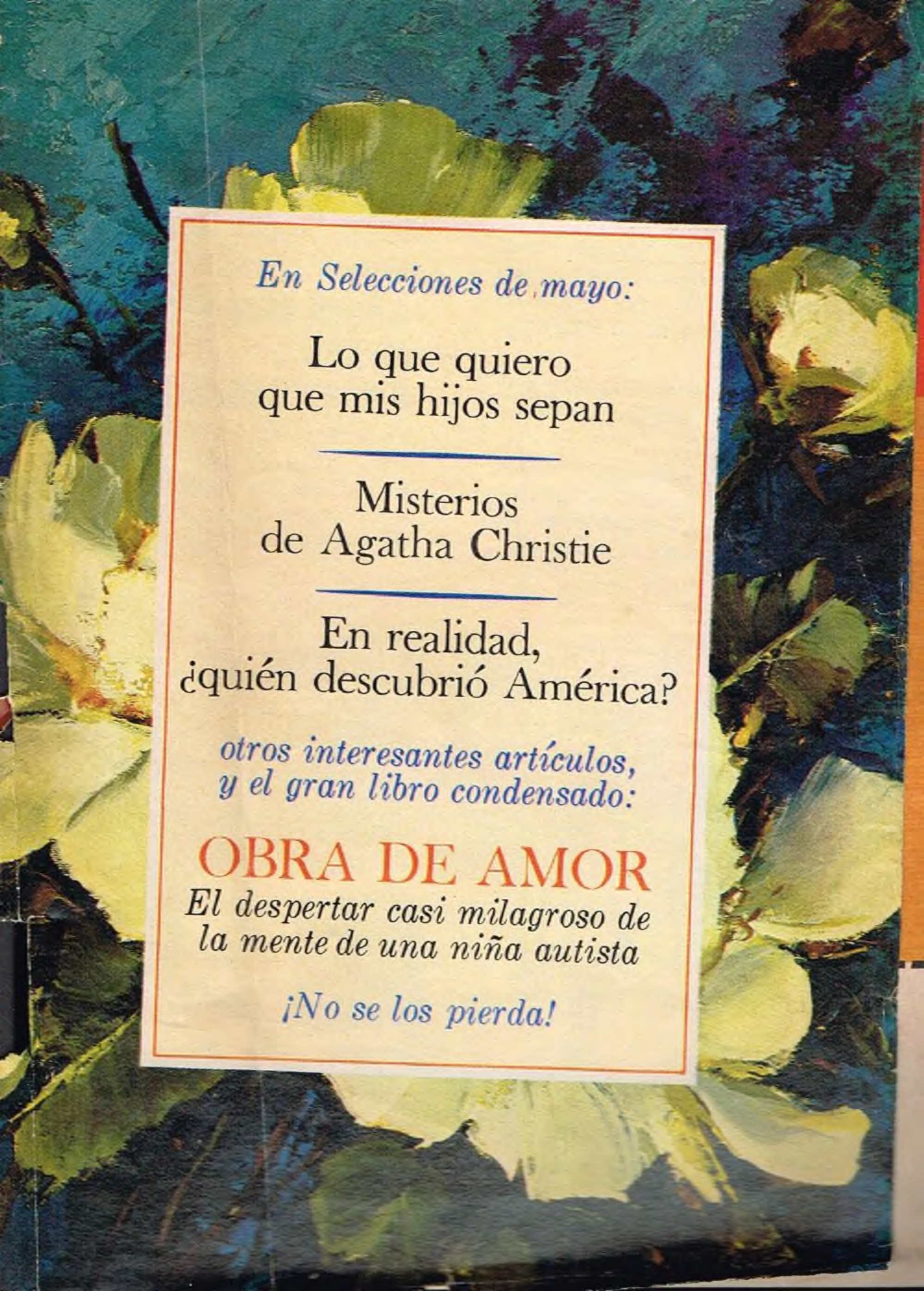
Ivar volvió a inclinarse sobre la piel, percibiendo el fin de la primavera en el gotear de los aleros de la cabaña. Mientras trabajaba, el rumor del agua se vio ahogado por gemidos distantes: anuncio de los dolores de parto del Río de la Zorra. El cazador dejó el cuchillo a un lado y aguzó el oído: la corriente fluvial ponía a prueba la fuerza de su matriz invernal. Los lamentos eran de urgencia, más fuertes que los de la víspera, mucho más que los de anteayer. Calándose los guantes, Ivar Ruud echó a correr hacia el río.

Los gemidos fueron convirtiéndose en chillidos prolongados, seguidos por un silencio y luego por estridentes alaridos al arrancarse el hielo de las orillas de roca. Cuando Ivar llegó a la cima de la cuesta que miraba al río, se habían abierto en la superficie nevada del hielo las primeras grietas, largas y sinuosas.

Vio que las cavidades llenas de nieve se desplomaban interiormente y desaparecían en hoyos abiertos de repente, por los cuales fluía el agua en corriente invisible. El río tomó descanso y el hielo guardó silencio durante algún tiempo. Luego se oyeron plañidos sordos, leves conmociones en el río escondido, y por último el violento cañoneo de los hielos desgarrados. Con un rugido atronador y prolongado, el Río de la Zorra se precipitaba hacia el mar helado, desplegándose como un abanico turquesa sobre el rellano bajero de la Bahía del Oso.

El hielo de la bahía no tardaría en romperse también. A cada marea el abanico se abriría y extendería, barriendo ante sí el hielo, abriendo grietas y canales hasta que, una vez más, las olas se alzarán a lo largo de todo el fiordo y llegará un vapor cabalgando las crestas de mares distantes. Ivar alzaría la mirada y avistaría la nave a lo lejos, en las aguas azul pizarra, esperándola en medio de hielos flotantes, de los hielos bajos, fríos y traslúcidos.

Y contemplando el deshielo, Ivar comprendió que había tocado a su fin el día que dura un año.



En Selecciones de mayo:

Lo que quiero
que mis hijos sepan

Misterios
de Agatha Christie

En realidad,
¿quién descubrió América?

*otros interesantes artículos,
y el gran libro condensado:*

OBRA DE AMOR

*El despertar casi milagroso de
la mente de una niña autista*

¡No se los pierda!

Rulos y moños

El mejor programa de la mañana
(modestia aparte)



LR3 Radio Belgrano

LUNES A SABADOS
8 A 12 Hs.

Rafi

Miguel Angel Merellano

Roberto Maidana

Rubén Corbacho

Mario Trucco

Leo Sala

Dr. Raúl López Biel

José Gobello

Prof. Juan Carlos Dermácola

Alicia Barrios

Nora Páez

Adalberto Ricciardelli

Rubén Hugo Ibáñez



diagrama

Producciones Publicitarias S.R.L.
Paraná 933 / 5º y 6º piso
Tel. 41-4694 / 41-4751 / Capital

HP-319

SS-310



Fiesta del Sony

Este es un sistema musical estereo de la Sony de uso totalmente doméstico.

Nosotros lo llamamos el HP-319.

Uds. podrán llamarlo fiesta.

Le reproduce sus discos favoritos.

Le reproduce sus cassettes favoritos.

Le reproduce sus programas radiales favoritos.

FM y AM. Le reproducirá aun los sonidos crea-

dos por Ud. mismo. (Todo lo que Ud. tiene que

hacer es llevarlo a cabo o reproducirlos. Y la

Sony HP-319, con micrófono opcional los

grabará). Lo mejor de todo:

Sony hace todo esto por Ud.

A través de la más fina

tecnología de Sony, en cuanto

a ingeniería de sonido se

refiere, que puede Ud. adquirir.

Simplemente vea Ud. lo que

colocamos dentro de la HP-319:

Un amplificador estado-sólido

que produce 40 vatios de la más pura potencia musical.

Un sintonizador frontal FET para una recepción clara y estable.

Un controlador automático de nivel de grabación (muy útil cuando Ud. está grabando sus propios sonidos).

Un dispositivo de cierre automático para desconectar la energía al final de la cinta.

Un notable par de alto-parlantes Sony (SS-310) para llevar toda la magnificencia de nuestra

tecnología a vuestros oídos.

Y mucho más. Todo esto para

asegurarle a Ud. la alta

performance que Sony HP-319

le brinda. Y sin trabajo.

¿Y no es así como debe ser

una verdadera fiesta?



SONY

AL AÑO siguiente le permitieron de nuevo cazar diez osos. Al otro, ninguno; ni tampoco zorras, ni focas, ni gansos, ni patos. Ivar no se oponía a las nuevas leyes. Pero sí le dolía tener que abandonar la morada de su elección por la imprudencia de los "cazadores" veranieros que registraban los mares en lanchas de motor y mataban a los osos que sorprendían nadando indefensos. Con demasiada frecuencia el oso se hundía antes de que pudieran cobrarlo, y en todo caso la piel de verano era inútil como trofeo que exhibir. Para el gobierno, la manera más práctica de poner coto a semejantes excesos era prohibir totalmente la caza de osos.

Pero hasta la veda establecida era insuficiente. Los osos blancos necesitan por entero de las tierras árticas para vagar libres en su condición natural. La destrucción del medio geográfico por la caza de focas y la pesca en escala comercial, por la explotación del petróleo y la minería, es tan peligrosa para la supervivencia del oso blanco como la caza irrestricta... y aun más cruel.

Ivar Ruud comenta: "En el verano de 1973 todo cambió. El turismo, la minería, y la prospección petrolera en las islas fueron objeto de los titulares de los periódicos durante los dos años últimos. El des-

arrollo llegó con demasiada rapidez y el gobierno noruego se apresuró a proteger la vida silvestre y ciertas regiones, entre ellas Hornsund.

"Yo hice lo que me cumplía al abandonar las islas, mis cabañas y todo lo que había edificado en varios años de arduo trabajo, a pesar de que no entendía la política de excluir de tal región a un hombre solo, cuando las compañías petroleras y otros grupos conservaban sus derechos casi sin límites donde habían hecho sus denuncias. Yo me podía entender con el ambiente ártico, pero no así con la civilización invasora.

"Durante los años que viví en Svalbard, de 1967 a 1973, llevé un diario y grabé en películas y fotografías mi modo de vivir en las insólitas condiciones naturales de las islas: con los millones de pájaros de su cielo; los osos blancos, las zorras y los renos que habitaban la tundra congelada; las focas, los peces y los crustáceos de sus mares... todos ellos en perfecto equilibrio, persiguiéndose entre sí y dependiendo unos de otros para sobrevivir.

"En aquel gigantesco teatro, sentado en butaca de primera fila, pude observar, oír y sentir las leyes de la naturaleza, que me atraieron allí año tras año hasta que descubrí mi propio papel en el drama".

EN UNA reunión familiar, me encontré sentada en el sofá junto a un escolar sobrino mío a quien no había visto en mucho tiempo.

—¿Qué edad tienes ahora, David? —le pregunté.

Volvió a mí los ojos por entre la maraña de sus cabellos.

—¿Cuál quieres saber? ¿La que tengo cuando viajo en autobús o cuando voy al cine, o la que tengo en la vida real?

—M.A.B.

RECIBA EN SU HOGAR A MITAD DE PRECIO

LOS GRANDES ENIGMAS DEL MUNDO ANIMAL.

Una colección de libros sin precedentes por su magnitud.



GOMEZ FERRAN

**RESPUESTAS POSTALES
PAGADAS**

**EL FRANQUEO
SERA PAGADO
POR EL
DESTINATARIO**



División Libros Especiales

Apartado Especial Nº 112

BUENOS AIRES

Selecciones

del Reader's Digest

PUBLICADA MENSUALMENTE EN 30 PAÍSES Y 13 IDIOMAS

Los doscientos años próximos	17
Así se asesina en las carreteras	22
Gasto público excesivo: la experiencia de Australia	26
Renacentista de la música	32
Enriquezca su vocabulario	37
El fin es la vida	39
King Kong regresa a la pantalla	43
"Mujeres y niños primero"	48
Apuntes de todas partes	53
La "Rosa del Norte" de Tailandia	55
Algún día se lo diré a mis hijos	61
Se puede dejar de roncar	62
El proyectil que más temen los rusos	65
Sentido para mi existencia	70
Llevó el ballet a los tugurios de Harlem	74
Citas citables	79
¡Cuán lejos están las estrellas!	80
Terapia para matrimonios enfermos	82
El mundo del caballito del diablo	86
Robert Koch: enemigo de los microbios	92
Temas de reflexión	97
Adiós, camarada Brezhnev	99
Tesoros de la tumba de Tutankamón	102
Atienda las señales de alarma de su organismo	106
Gajes del oficio	3
Noticias del mundo de la medicina	5
El chico de la máscara negra	9
Instantáneas personales	15

Sección de libros

DONDE EL DÍA DURA UN AÑO

Crónica de un moderno Robinson Crusoe de las nieves ..	111
--	-----

